
INDOMABLE
como tú
DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE


INDOMABLE
como tú
DYLAN MARTINS & JANIS SANDGROUSE

Primera edición.
Indomable como tú
©Dylan Martins. Janis Sandgrouse
©abril, 2026
©Imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1

Kelly

"Hay heridas que nunca se ven, pero que pesan más que cualquier carga. Y aún podía sentir que algunas todavía latían en silencio."

El sol comenzaba a despuntar sobre los pastos del rancho Callahan, y el aire fresco de la primavera me golpeaba la cara mientras montaba a Relámpago.

Sus músculos se tensaban bajo mi peso, su aliento se mezclaba con el mío, y en ese instante, mientras galopábamos por la extensión infinita de hierba verde, sentí que nada en el mundo podía alcanzarme.

Bandit corría a nuestro lado, y sus patas levantaban pequeñas nubes de polvo que brillaban como oro en los primeros rayos de luz. Su ladrido era un eco de mi propia adrenalina, un recordatorio de que no estaba sola.

El rancho se extendía como un océano de verde, salpicado de establos amplios y cercas blancas que delimitaban nuestro pequeño universo. Los corrales crujían bajo el peso de los caballos inquietos, y el lago reflejaba los colores del cielo en calma, aunque dentro de mí todo era un torbellino.

Relámpago giró con una precisión que solo él y yo entendíamos. Había algo en su mirada negra azabache, en su elegancia indomable, que me devolvía la confianza que a veces sentía perdida.

Había perdido mucho, especialmente después de que mi exnovio me humillara frente a toda la comunidad de rodeos. Esa traición todavía ardía, pero al menos aquí, en el rancho, podía sentirme libre.

—Vas a matarte un día de estos —dijo una voz detrás de nosotros.

Jake. Siempre, Jake. El capataz, musculoso y tatuado, con esa mirada dura que se suavizaba solo conmigo. Me volví sin bajarme del caballo y le lancé una sonrisa sarcástica.

—Peor sería aburrirme.

Su ceja se arqueó, y su mirada permaneció demasiado tiempo sobre mí, como si quisiera decir algo que ninguno de los dos se atrevía. La tensión entre nosotros era un juego silencioso, lleno de proximidad y miradas que duraban más de lo que debería.

Después de una última carrera, regresamos al rancho. La casa principal, de madera clara y porche enorme, ya estaba llena de vida.

El olor a café recién hecho y a pan tostado llenaba la cocina cuando entré, todavía con el polvo de los pastos pegado a las botas. Bandit trotaba a mi lado, meneando la cola como si supiera que algo estaba a punto de cambiar.

—¡Buenos días, mis queridos niños! —exclamó la abuela Evie desde su silla favorita en la esquina de la cocina, con esas gafas de sol que nunca se quitaba, aunque el sol estuviera justo en la ventana—. ¿Quién dejó que los caballos se metieran en la cocina esta vez?

No pude evitar sonreír ante su humor ácido. Mi abuela siempre tenía la manera de romper la tensión con un comentario descarado o una observación inesperada.

Mi hermano Liam estaba sirviendo café a mi padre, con esa seriedad que lo caracterizaba. Sus manos grandes y firmes se movían con precisión, y su barba oscura parecía más imponente bajo la luz del sol de la mañana.

Nuestro hermano Noah, en cambio, estaba más relajado, apoyado contra la barra, jugueteando con una cucharilla mientras Bandit trataba de atrapar cualquier migaja que cayera al suelo.

—¡Bandit! —gruñí, riéndome al mismo tiempo—. Que no es momento de desayunar a lo loco.

—¿Qué pasa, Kelly? —preguntó Noah, con esa sonrisa fácil que siempre conseguía que alguien cayera en su juego—. Solo intento enseñarle modales.

Mi padre no dijo nada, pero sus ojos seguían cada movimiento, evaluando, protegiendo. Había algo en la manera en que miraba que siempre me recordaba que, a pesar de todo, el rancho era nuestro refugio.

María, nuestra ama de casa, estaba en su elemento: organizando los platos, repartiendo el desayuno y murmurando instrucciones que, aunque suaves, eran imposibles de ignorar. Su cabello oscuro recogido y su figura maternal llenaban la cocina de calma entre el caos que ocasionábamos los tres hermanos y las bromas de la abuela.

—¡Kelly! ¡No te voy a poner el desayuno hasta que no te laves las manos! —me regañó, mientras yo me limpiaba el sudor de la frente con la manga—. ¡No voy a repetirlo!

Me encogí de hombros y sonreí con ironía. Nunca podía tomarme las cosas demasiado en serio con María cerca. Su forma de cuidar del rancho y de nosotros tenía algo de mágico, aunque su carácter mandón se asegurara de que nadie se relajara demasiado.

—Hay rumores por el pueblo —comentó mi padre y sentí que me estremecía de pies a cabeza.

—¿Qué rumores? —curioseó la abuela—. Porque yo he oído algo sobre el nieto del viejo Reginald que no le haría gracia a ese gruñón.

—Las tierras del vecino ya se han adjudicado, un inversor, me han dicho.

—Dicen que viene de ciudad. Traje y sonrisa falsa —murmuró Liam entre sorbo y sorbo, y la tensión en su voz era inconfundible.

—¿Y qué? —preguntó Noah, arqueando una ceja—. Que venga, que vea cómo se hace un rodeo de verdad.

—Hijo, dudo mucho que ese hombre venga para conocer la vida en un rancho abandonado de Texas.

Mi corazón se tensó al imaginar a un extraño intentando meter mano en nuestras tierras. El rancho no era solo un negocio o un pedazo de tierra: era nuestra vida, el legado de mis padres, el lugar donde cada risa y cada lágrima habían dejado su marca.

Mi abuela soltó una carcajada, con esa energía que parecía desafiar al tiempo.

—Perfecto. Carne fresca para el desastre, y vosotros los Callahan vais a disfrutarlo.

Liam me lanzó una mirada fugaz, protectora, mientras Noah volteaba los ojos, divertido ante la previsión de mi abuela. Era un desayuno caótico, como siempre, lleno de vida, pero también de amor, de historia y de esa sensación de que, por mucho que el mundo cambiara, nosotros éramos el corazón del rancho.

Clara llegó poco después, entrando en la cocina con su bata de veterinaria manchada de polvo de caballos. Su pelo rizado recogido de manera informal y su sonrisa luminosa le daban un aire de energía contagiosa. Me saludó con un gesto de mano y un guiño cómplice, mientras que su mirada se desviaba hacia Noah con una curiosidad que ambos disimulaban con dificultad.

—Hora de revisar los caballos —dijo Clara, levantando sus herramientas de veterinaria como si fueran armas mágicas—. ¿Quién viene conmigo?

—Yo —dije al instante, sin pensar—. Relámpago necesita un repaso, y no voy a dejar que se relaje demasiado.

Clara sonrió, divertida por mi competitividad, y me siguió hasta los establos.

Era mi mejor amiga desde que tenía uso de razón, y nunca nos habíamos separado. Bueno, sí lo hicimos, cuando ella se fue a la universidad para doctorarse en veterinaria y seguir los pasos de su madre.

Fuimos al mismo colegio, al mismo instituto, lloramos por los chicos y por el primer desamor, y nos prometimos que jamás dejaríamos de ser como hermanas y nos contaríamos todo. Tanto era así que cuando me confesó que le gustaba mi hermano Noah, la abracé y le dije que ya era hora de que me lo dijera porque se le veía a leguas.

Mientras caminábamos, Noah y Liam se quedaron en la cocina, hablando con mi padre y la abuela, dejando que la rutina del rancho siguiera su curso.

Cada rincón del rancho tenía su propio latido: los establos con olor a heno y sudor de caballo, el lago reflejando el cielo matutino, las cercas blancas que brillaban bajo el sol. Todo formaba parte de mi mundo, y la idea de que alguien ajeno pudiera alterar ese equilibrio me hacía apretar los dientes.

Bandit trotaba junto a mí mientras me acercaba al corral de Relámpago. Su lealtad era inquebrantable, su energía una extensión de la mía. El caballo relinchó al verme, y su mirada parecía decirme: “Hoy, como siempre, somos uno”.

—Vamos, chico —susurré, acariciando su cuello oscuro y brillante—. Es hora de un repaso matutino.

Clara se colocó a mi lado, comprobando los cascos y revisando la salud de los caballos con la precisión de alguien que entendía cada músculo, cada respiración, cada gesto. Su cercanía me tranquilizaba, y aunque a veces me dolía un poco la intensidad que Noah y ella compartían en silencio, me alegraba ver cómo ella se preocupaba por nosotros, por el rancho, por cada vida que pasaba por allí.

Después de revisar a los caballos con Clara, todavía sentía el hormigueo de la carrera matutina recorriéndome las piernas. Relámpago estaba inquieto, como si percibiera que algo en el aire había cambiado, y Bandit no dejaba de girar la cabeza hacia el horizonte con las orejas erguidas. Yo también lo miraba, intentando localizar cualquier signo de amenaza, cualquier movimiento que no encajara en la rutina del rancho.

—¿Has oído lo del inversor? —me preguntó Clara mientras dejaba sus cosas en el coche.

—Sí, y espero que no venga con ganas de mucha guerra.

—Mi tío dice que si es de los que tiene hambre de negocios, puede cambiar el pueblo.

—Pues esperemos que tenga el estómago y los bolsillos tan llenos que no arruine la paz de este lugar.

—¿Nos vemos mañana?

—Eso no se pregunta. Ya sabes que no me pierdo por nada del mundo el pastel de carne de tu madre —contesté mientras le daba un abrazo.

Me despedí de ella y caminé dispuesta a ir a la casa, darme una ducha y organizar algunas cosas.

—Kelly —dijo Jake desde el porche del establo, cruzando los brazos sobre su pecho—. Tenemos que hablar.

Me giré, encontrando su mirada intensa y ligeramente preocupada. Su cabello oscuro, corto y despeinado por la brisa, y los tatuajes que trepaban por sus brazos, parecían contar historias de fuerza y de lucha. Él siempre parecía tan seguro de sí mismo, pero en esos momentos, había un leve rastro de incertidumbre que no estaba acostumbrada a ver.

—¿Qué pasa? —pregunté, sujetando a Relámpago por la rienda—. Porque si es por entrenar, ya sabes que hoy no me vas a ganar.

Jake negó con la cabeza y, por un instante, su dureza se suavizó.

—No es eso… es lo de las tierras vecinas. He visto a alguien por allí. Los rumores del pueblo eran ciertos. Inversor de ciudad, con traje, coche negro, todo muy elegante. —Su voz era baja, pero cada palabra caló como un golpe—. No sabemos si viene solo a mirar o a cambiar las reglas del juego.

Mi pecho se apretó. No podía dejar que nadie pusiera en peligro lo que era nuestro. Cada pasto, cada establo, cada recuerdo de mi madre, todo estaba en juego.

—Que ni se le ocurra tocar lo que es nuestro —dije, apretando la rienda de Relámpago. Mi voz sonó más dura de lo que pretendía—. Este rancho es nuestra vida.

Jake me miró más tiempo del habitual, con esa mezcla de preocupación y algo no dicho, un secreto entre nosotros que ninguna de las dos partes se atrevía a confesar. Luego suspiró y se giró hacia los trabajadores que comenzaban a reunirse en el corral.

Tom, el veterano del rancho, apoyaba una mano sobre su bastón, observando la escena con ojos sabios y cansados. Billy, bromista y joven, lanzaba un comentario mientras ajustaba la montura de un caballo, intentando aligerar la tensión. Hank gruñía algo que nadie entendió del todo, y Lewis permanecía silencioso, atento, observando todo sin mover un músculo. Cody, impulsivo y aún aprendiz, parecía estar a punto de estallar de curiosidad.

—Escuchad todos —dijo Jake, con esa voz que imponía respeto—. Hay alguien fuera que podría interferir con nuestras tierras. Necesitamos mantener los ojos abiertos y estar listos para actuar.

Todos asintieron, algunos con entusiasmo, otros con preocupación. Yo sentí un nudo en el estómago: el rancho siempre había sido fuerte, pero la idea de un forastero que no comprendiera nuestra historia me llenaba de una furia silenciosa.

Capítulo 2

Kelly

Más tarde, mientras regresaba al porche principal, con Bandit trotando a mi lado y Relámpago caminando a mi lado, su respiración ya más calmada. Mis pensamientos giraban en torno a las posibles amenazas, pero también a Jake, a su cercanía, a la tensión que siempre existía entre nosotros. Cada roce accidental, cada mirada prolongada, me recordaba lo que podía ser y lo que no debía permitirme.

Subí a la colina que dominaba los pastos fronterizos. Desde allí podía ver todo el valle, la extensión de nuestro rancho, los establos, el lago y, más allá, las tierras vecinas que ahora estaban bajo control de un extraño. El viento me golpeaba la cara, llevándose mis pensamientos y dejando solo la determinación.

A lo lejos, levantando polvo, apareció un coche negro. Su presencia era un desafío silencioso, un intruso que se atrevía a acercarse a lo que siempre había sido nuestro. Relámpago relinchó, y Bandit ladró, mientras yo apretaba los dientes.

El sol se reflejaba en el coche, y por un instante todo el paisaje parecía congelarse. Sentí la misma mezcla de miedo y adrenalina que cada vez que montaba a Relámpago en plena carrera, solo que esta vez la amenaza no era el polvo bajo nuestros cascos: era alguien que no entendía lo que significaba proteger lo que amabas.

El viento me trajo el aroma de la hierba recién cortada y del establo, mezclado con el leve humo de la chimenea de la casa principal. Cerré los ojos un momento, cogiendo aire, recordando cada instante que hacía que este rancho fuera más que tierra. Era historia, familia, memoria… Era todo lo que me quedaba de mi madre.

—*No permitiré que destruyan esto* —susurré, con el corazón latiendo con fuerza—. *Nadie.*

La colina me dio perspectiva, pero también un recordatorio de que la guerra por proteger lo que amaba no había hecho más que empezar. Relámpago movió la cabeza, como si me entendiera, y Bandit se acercó, apoyando su frente contra mi pierna. Era nuestro equipo, nuestra fortaleza, y nadie vendría a arrebatárnoslo sin luchar.

El viento seguía arrastrando polvo desde los pastos mientras me mantenía en la cima de la colina, con Relámpago inquieto y Bandit sentado a mis pies, alerta como un centinela. Mis dedos acariciaban el cuello del caballo, buscando calmar tanto su nerviosismo como el mío.

La vista de las tierras vecinas, ahora propiedad de un desconocido, me llenaba de una mezcla de rabia y determinación que me hacía apretar la mandíbula hasta sentir los dientes rechinar.

Sentí un movimiento a mi lado y, antes de que pudiera girarme, Jake apareció. No había llamado, no había ruido que delatara su presencia: simplemente estaba allí, con esa seguridad que parecía rodearlo como un aura invisible. Sus brazos cruzados, la camiseta ajustada que marcaba sus músculos, el tatuaje que se asomaba por la manga… todo en él me recordaba que, aunque tuviera carácter impulsivo, no podía permitirme perder la calma ante él.

—¿Sigues hablando sola o es que esperas que alguien te escuche? —preguntó, con un hilo de humor que no conseguía ocultar su preocupación.

—Hablo con quienes me importan —respondí, sin bajar la guardia, acariciando a Relámpago—. Y si quieres escuchar, tendrás que ganártelo.

Su ceja se arqueó, y la tensión entre nosotros se sintió más intensa que nunca. Había algo en la forma en que sus ojos verdes, duros y cálidos a la vez, me miraban, que hacía que mi corazón latiera demasiado rápido. Ninguno de los dos dijo nada más, y, sin embargo, la cercanía era palpable, como si un hilo invisible nos mantuviera conectados, tirando de nosotros hacia algo que ninguno se atrevía a nombrar.

—¿Y ahora qué? —pregunté, señalando con la cabeza hacia las tierras vecinas—. ¿Esperamos a que el forastero decida que quiere nuestro rancho?

Jake suspiró, mirándome como si comprendiera más de lo que decía. Su mano se movió hacia la empuñadura del cinturón, casi como un gesto inconsciente de protección.

—Haremos lo que siempre hacemos —dijo finalmente—. Protegeremos lo nuestro.

No pude evitar sonreír, una sonrisa que mezclaba orgullo, desafío y un toque de complicidad. Estaba agradecida por tenerlo a mi lado, aunque eso también hiciera que cada roce accidental o mirada prolongada fuera un recordatorio de lo que no podía permitirme.

—Eso… no me gusta —susurré, apretando la rienda cuando vi que llegaba otro coche con lo que sin duda parecían maletas.

Jake asintió, con esa seriedad que podía congelar el aire a nuestro alrededor. Sabía que estábamos a punto de enfrentar algo que no sería solo un desafío físico, sino un golpe directo a nuestro territorio, nuestra historia y nuestra familia.

Respiré hondo, dejando que el aire fresco llenara mis pulmones, y me recordé que no podía dejar que el miedo me paralizara. Cada carrera con Relámpago, cada entrenamiento, cada batalla en el rodeo me había enseñado a enfrentar lo imposible. Y esto… esto no sería diferente.

El sol se elevaba, iluminando el rancho y las tierras vecinas, y en ese instante supe que todo estaba cambiando. La calma de la mañana se había esfumado, reemplazada por la tensión, la expectativa y la promesa de guerra.

Relámpago relinchó, Bandit ladró, y yo apreté las riendas, lista para lo que viniera. El rancho era mi mundo, mi memoria y mi corazón, y no permitiría que nadie lo destruyera.

Mientras el coche negro se acercaba, su silueta recortada contra los pastos, sentí un calor familiar: el fuego de la determinación, el orgullo de la sangre Callahan corriendo por mis venas y la certeza de que, pasase lo que pasase, jamás me rendiría.

Al volver a la casa, mis botas crujieron sobre la madera del porche. Bandit trotaba a mi lado, y Relámpago fue guiado al corral por uno de los trabajadores. Sentí un vacío familiar, una mezcla de cansancio y de alivio por estar de vuelta en mi santuario.

Subí las escaleras hacia mi habitación, dejando atrás el bullicio del rancho, las bromas de mi abuela y la tensión que flotaba en la casa desde la mención de las tierras vecinas.

La puerta se abrió con un chirrido suave y fui recibida por mi mundo personal: amplio, cálido y lleno de recuerdos que olían a hogar y a mi madre.

Las paredes eran de madera clara, con vetas que captaban la luz del sol de la mañana y la devolvían en tonos dorados. Fotografías de mis victorias en los rodeos colgaban estratégicamente, junto a trofeos que brillaban bajo la luz, testigos silenciosos de años de esfuerzo y pasión. Las botas estaban alineadas en una fila perfecta al pie de la pared, cada par contando una historia de carreras, entrenamientos y desafíos superados.

Mi cama, grande y acogedora, estaba cubierta por una colcha blanca que había elegido yo misma y varias mantas tejidas por mi abuela Evie, llenas de colores y texturas que hablaban de amor y paciencia. En la mesilla descansaba una fotografía de mi madre, con su sonrisa cálida y su mirada protectora que habían quedado grabadas para siempre en mi memoria.

Me dejé caer sobre la cama, dejando que el cansancio de la mañana se extendiera por mis músculos. Bandit se acomodó a mis pies, y su calor reconfortante y su presencia silenciosa llenaron la habitación. Relámpago, aunque no estaba físicamente conmigo, ocupaba mi mente y mi corazón de manera igual de intensa.

Cerré los ojos y me dejé llevar por los recuerdos.

Mi madre, siempre en movimiento, siempre enseñándome a respetar los caballos, la tierra y a las personas. Sus palabras, su risa, incluso su manera de enfadarse, estaban tatuadas en mi memoria. Cada rincón del rancho llevaba su huella, y eso hacía que la idea de que un extraño pudiera acercarse a nuestras tierras resultara aún más intolerable.

Suspiré al recordar una conversación con Clara, unos meses atrás.

—*Sabes* —le dije—*, a veces siento que todo esto… el rancho, la familia, los caballos… es lo único que me queda.*

—*Y no estás equivocada* —respondió Clara—. *Pero eso también te hace fuerte.*

La fuerza. Esa palabra resonó dentro de mí. Fuerte no solo físicamente, sino emocionalmente. Porque sobrevivir a la traición de mi exnovio, al dolor de perder a mi madre y al desafío constante de mantener el rancho en pie, requería algo más que músculo. Requería corazón, carácter y una voluntad que no se rompiera fácilmente.

Miré a mi alrededor de nuevo: la luz del sol entrando por el ventanal, los trofeos que contaban historias de esfuerzo, la foto de mi madre que me recordaba quién era y por qué luchaba. Bandit suspiró a mis pies, y sentí una oleada de gratitud por tener a esos compañeros tan leales a mi lado.

Luego, el pensamiento volvió al coche negro que había visto desde la colina. Su presencia era un recordatorio de que nuestra paz era frágil, que alguien ajeno podía irrumpir en nuestro mundo y cambiarlo para siempre. Apreté el puño sobre la colcha, recordando cada batalla, cada carrera, cada decisión que había tomado para proteger lo que era nuestro.

—*No voy a dejar que nadie destruya esto* —susurré, dirigiéndome a la habitación vacía y a los *recuerdos que llenaban el espacio*—. Nadie.

Bandit se levantó y apoyó su cabeza sobre mi hombro, como si entendiera que mis palabras eran un pacto, no solo conmigo misma, sino con todo lo que representaba el rancho.

Mientras el sol seguía ascendiendo, bañando la habitación en luz cálida, sentí que algo estaba cambiando, algo que no podría controlar del todo. Pero mientras tuviera a Relámpago, a Bandit, a mi familia y a Clara, sabía que podría enfrentar cualquier cosa. Porque el rancho no era solo tierra: era memoria, legado, vida. Y nadie iba a arrebatárnoslo sin luchar.

Capítulo 3

Ethan

"Podría comprar lo que quisiera, cambiar paisajes enteros, dominar mercados… y, aun así, había algunas cosas que el dinero no podía controlar."

El motor del coche rugió mientras recorríamos el camino de tierra que llevaba al pueblo. Desde mi asiento perfectamente erguido, observaba cada detalle: la inclinación de las colinas, los pastos verdes que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, los establos dispersos, la distancia entre cada alambrada.

Todo era una ecuación de rentabilidad. Cada bache era una variable a considerar, cada sombra proyectada por los árboles un dato a incorporar en mis cálculos.

Sophie, que estaba sentada a mi lado y hojeaba un mapa, no podía contener su entusiasmo.

—¡Esto es increíble! ¿Te imaginas los caballos corriendo por esos pastos? —exclamó, señalando con los ojos brillantes cada curva del camino.

Yo no respondí. Para mí, esto no era un paisaje idílico, era un terreno en bruto, esperando ser transformado, optimizado y monetizado. Cada hectárea debía evaluarse con precisión. No había espacio para la emoción.

El contraste era evidente. Mientras yo llevaba un traje oscuro impecable, con corbata perfectamente anudada y zapatos brillantes que delataban cada paso, Sophie reía ante cada bache como si fuera una montaña rusa.

Sophie era algo más que mi asistente; era esa hermana pequeña que siempre supe que nunca tendría.

Sus padres eran amigos de mi madre y cuando fallecieron en un accidente aéreo cuando solo tenía doce años, mi madre no dudó en acogerla y cuidar de ella como sabía que sus amigos habrían hecho conmigo de ser al contrario. Y así fue como nos convertimos en una familia de tres, y no de dos.

Porque siempre habíamos sido dos, mi madre y yo, ya que ella fue madre soltera muy joven y por ese motivo dejó el pueblo para irse a Boston, donde nací, crecí y me convertí en el hombre que era.

Mi madre, Margaret, permanecía en silencio, observando el paisaje con la mirada cargada de nostalgia. Su rostro, aún elegante, mostraba un brillo de recuerdos que yo no compartía. Y después de horas de silencio, por fin habló.

—Aquí fui feliz —dijo suavemente con la voz claramente llena de recuerdos—. No conviertas esto en algo que no es.

Giré la cabeza hacia ella, con la mirada fría, midiendo cada palabra antes de responder.

—Es exactamente lo que debe ser: rentable.

Mi madre suspiró, resignada. Para ella, este lugar evocaba sentimientos; para mí, era un activo que debía gestionar. Sophie, ignorando la tensión, sacó su teléfono y comenzó a hacer fotos.

—Si esto fuera mío, ya habría puesto un café con terraza allí, un sendero aquí… ¡Y sería la foto perfecta para Instagram!

Incluso yo, que raramente permitía gestos de humor, tuve un leve tic en la comisura de los labios. Su energía era contagiosa, aunque incompatible con mi enfoque obsesivo en la planificación.

A medida que nos acercábamos a la casa heredada, podía ver los detalles: la madera clara de las paredes, los ventanales que reflejaban el cielo, el tejado ligeramente inclinado. Cada elemento era una oportunidad, una posibilidad de remodelación que debía evaluar con precisión.

Y al llegar a la propiedad, la casa de madera se alzaba entre los pastos verdes, rústica, pero con un cierto aire de elegancia heredada.

Los ventanales grandes reflejaban la luz del sol y dejaban entrever la chimenea, que parecía haber estado apagada durante años. Los muebles antiguos, con el pulido intacto, hablaban de cuidado y tradición, pero yo los inspeccionaba como lo que eran: activos con potencial.

Caminé por cada habitación, evaluando estructuras, techos, suelos. Cada detalle era una oportunidad. El salón podía transformarse en una recepción imponente, la habitación secundaria en suites de lujo. Hasta los objetos del abuelo me provocaron un toque de incomodidad; recuerdos que no sabía dónde colocar, que me obligaban a reconocer que allí había existido algo más que ladrillos y madera.

—¿Hay WiFi o voy a tener que sobrevivir como en el siglo XIX? —preguntó Sophie, rompiendo la tensión con su habitual humor.

Una leve sonrisa se dibujó en mis labios. Era una chispa mínima, pero humana, que desapareció tan rápido como llegó. Aun así, agradecí el momento.

—Sí, lo hay. Pero aprecio tu preocupación por la supervivencia.

—Gracias a Dios, porque con el trabajo que me das, jefe, no podemos vivir sin estar comunicados con el resto del mundo.

Su risa llenó la estancia, y por un instante la casa dejó de ser solo un activo para convertirse en un espacio donde alguien podría vivir, reír y soñar. Sin embargo, pronto volví a la realidad: el cálculo de costes, posibilidades y distribución ocupaba cada fibra de mi atención.

Explorando la biblioteca, encontré fotografías, cartas y un reloj de bolsillo que pertenecieron a mi abuelo. Un incómodo estremecimiento recorrió mi cuerpo. Esos objetos hablaban de historias, emociones y momentos que no encajaban en mi mundo de control y eficiencia. Guardé todo en su sitio porque para mí eran objetos, pero para otros eran memoria viva.

Había conocido a mi abuelo y también a mi abuela. Ella nos dejó mucho antes que él, pero siempre me quisieron, al igual que a mi madre. No lo decían, pero sabía que no soportaron el hecho de que su única hija se quedara embarazada con diecinueve años y dejara el pueblo para que no hubiera rumores ni comentarios.

De mi padre poco sabía, solo que en aquellos años era un vaquero de rodeos que iba por todo el estado participando en cada rodeo en el que podía, que mi madre se enamoró de él y que cuando le dijo que estaba embarazada, simplemente se desentendió porque en su vida y su carrera no tenían cabida una esposa y un hijo.

De eso habían pasado treinta y seis años, y a mis treinta y cinco años jamás había tenido la curiosidad de buscar a mi progenitor, ni siquiera había preguntado su nombre.

—¿Por qué todo tiene que ser tan perfecto en tu mundo? —preguntó Sophie, ladeando la cabeza con curiosidad, interrumpiendo mis pensamientos.

—Porque los errores cuestan dinero —contesté con frialdad—. Y aquí no podemos permitirnos errores.

La casa estaba silenciosa, salvo por la voz de Sophie y el viento que entraba por las ventanas abiertas, mezclando polvo con aroma a madera y pasto.

Mi madre observaba cada rincón, recordando con la mirada los días de su infancia, los veranos en los pastos, los caballos que cuidaba mi abuelo. Yo escuchaba sin involucrarme emocionalmente, tomando nota mental de cada detalle que pudiera afectar la rentabilidad futura del terreno.

Seguí caminando y llegué a la estancia de la casa que, semanas atrás, había mandado remodelar para mí.

Mi habitación reflejaba mi obsesión por el control. La cama estaba hecha con precisión quirúrgica, los libros alineados por tamaño y tema, el escritorio despejado salvo por un cuaderno y el ordenador portátil. Cada objeto tenía un lugar asignado. Cada movimiento estaba planificado. La habitación respiraba orden.

Desde la ventana, pude observar los pastos y los establos, y por primera vez, mi atención fue capturada por un movimiento lejano: una mujer montando a caballo con una postura impecable, como si el animal y ella fueran uno solo.

Su pelo castaño se movía con el viento y su control sobre el animal era impecable. No sabía quién era, pero algo en la sincronía de sus movimientos y la manera en que manejaba al caballo despertó un interés que no debía sentir.

No encajaba aquí, o quizá encajaba demasiado, pensaba sin poder dejar de mirarla.

Intenté apartar la mirada, consciente de que cualquier distracción podía arruinar mis cálculos. Pero incluso al analizarla como un dato más del paisaje, la precisión de sus movimientos y la confianza que emanaba eran imposibles de ignorar.

Mi mente, acostumbrada a controlar cada variable, percibió un desafío inesperado. La mujer a caballo representaba un elemento fuera de mi alcance, un dato que no podía cuantificar ni manejar. Y, sorprendentemente, me irritó y fascinó al mismo tiempo.

Después de comprobar que la habitación había quedado tal como pedí, regresé a la planta baja y me senté frente a la mesa de comedor, desplegando los planos del hotel que planeaba construir. Cada línea, cada número, cada detalle debía ser exacto. Las tierras eran perfectas para un resort exclusivo; cada pendiente, cada vista, cada posible sendero estaba calculado para maximizar beneficios. No había lugar para emociones.

Mi madre se acercó mientras revisaba los planos del hotel. Sus ojos brillaban con mezcla de nostalgia y orgullo.

—Aquí podrías poner jardines, allí una piscina… Pero recuerda, Ethan, este fue una vez un hogar para mí y tus abuelos, y ahora podría serlo para ti.

Asentí levemente, sin mirarla directamente. Para mí, hogar era un concepto abstracto; lo importante era la rentabilidad, el control de cada variable y la planificación perfecta.

—No lo olvides, hijo —continuó Margaret—. Aquí pasaste algunos veranos, aquí aprendiste a montar, a respetar la tierra. Esto no es solo terreno, es historia, es vida.

Sus palabras hicieron que un pequeño hilo de incomodidad atravesara mi mente. No debía sentir nostalgia ni emoción; no era útil. Pero allí estaba, innegable. Guardé los recuerdos y los empujé a un rincón, donde no pudieran interferir con mi cálculo racional.

Sophie, impaciente, comenzó a trastear con los papeles, preguntando sobre iluminación, disposición y estética. Su energía caótica contrastaba con mi concentración absoluta, y es que Sophie era creatividad pura. La dejé hablar; aunque no podía involucrarme emocionalmente, reconocí la utilidad de su visión.

—Si hacemos esto bien, nadie podrá decir que no es un lugar impresionante —dijo con entusiasmo.

Incluso mi madre se permitió una sonrisa. Y, por un instante, la casa parecía respirar, como si compartiera un pequeño respiro humano conmigo.

Seguí haciendo algunas anotaciones y posibles cambios en los planos y cogí el teléfono para hablar con uno de los asistentes en la empresa encargados de buscar a los contratistas. Y mientras marcaba su número, no pude evitar mirar por la ventana otra vez hacia los campos.

La mujer a caballo seguía allí, galopando con fuerza y precisión, como si ella y el animal fueran uno solo. Algo en su postura, en la forma en que manejaba cada curva, mostraba control absoluto y confianza en sí misma, y despertó algo que no debía existir en mí: curiosidad y admiración.

No podía permitirme distracciones; estaba en el pueblo por un motivo concreto, y, aun así, cada vez que la veía, mi mente insistía en analizarla, medirla y comprenderla.

—Hijo —la voz de mi madre me llegó desde la puerta, pero no me giré a mirarla.

—¿Quién es? —pregunté, sin dejar de mirar a esa mujer, cuando mi madre llegó a mi lado.

—No lo sé… pero alguien que pertenece a este lugar.

Su simple frase despertó un estremecimiento que no pude negar. No debía importarme, no debía sentir curiosidad, no debía dejar que su imagen me distrajera, pero algo en la combinación de libertad, fuerza y desafío que emanaba me hizo inclinarme sobre la ventana más de lo necesario.

Finalmente, aparté la mirada y regresé a los planos, desplegando líneas con precisión, calculando alturas, recorridos y perspectivas. El sol iluminaba la mesa y mi traje impecable, pero la imagen de aquella mujer seguía flotando en mi mente mientras trazaba líneas de edificios y espacios verdes. No era el momento de perder el control, no podía serlo.

—Vamos a hacer esto perfecto —murmuré—. Exactamente como debe ser.

El viento movía las hojas, los pastos se mecían suavemente, y la lejanía de los establos me recordaba que incluso el control más absoluto podía verse alterado por lo inesperado.

Algo estaba cambiando en este lugar. Yo lo había planeado todo, pero la vida, como aquella mujer a caballo, encontraba la manera de desafiar mis cálculos y perturbar mis certezas.

Capítulo 4

Kelly

El sol de la mañana iluminaba las colinas y los pastos del rancho con un tono dorado que hacía brillar cada hoja y cada brizna de hierba. Bandit corría a mi lado, feliz y juguetón, saltando en los charcos que el rocío había dejado en el camino, con la lengua fuera y los ojos brillantes, mientras Relámpago galopaba con fuerza, y sus cascos retumbaban sobre la tierra húmeda.

El aire fresco de primavera me llenaba los pulmones, y por un momento casi me dejé llevar por la belleza del paisaje. Las colinas verdes, el reflejo del lago pequeño, los establos y cercas blancas… todo era perfecto, pero la paz era solo superficial.

Mi mente estaba inquieta porque los rumores sobre las tierras vecinas me habían dejado sin paz. Sabía que habían cambiado de dueño y que un proyecto de hotel podía amenazarlo todo.

Decidí ir al pueblo a hacer algunas compras y, de paso, escuchar de primera mano cualquier noticia sobre el nuevo propietario.

Subí a mi caballo, asegurándome de que la montura estuviera tranquila, y cabalgué por los senderos hasta llegar a la carretera principal que conducía al centro del pueblo.

Mientras avanzaba, el viento agitaba mi cabello y mis sentidos estaban alerta a cualquier movimiento extraño. Sentía cada músculo de Relámpago bajo mis piernas, y su energía y fuerza me daban seguridad, pero también reflejaban mi propio estado interno: tensión, rabia y determinación. Bandit, siempre alerta, corría con pasos coordinados, como si entendiera que hoy no sería un día cualquiera.

El camino hasta el pueblo era largo, con senderos que serpenteaban entre colinas suaves y cercas blancas que delimitaban los pastos. Cada curva traía recuerdos de mi infancia: carreras con Noah y Liam, días de lluvia jugando en los charcos y la sensación de que este lugar siempre sería nuestro refugio.

Al acercarme a la carretera principal, noté que la gente comenzaba a salir de sus casas y tiendas. Algunos nos miraban con curiosidad, pero pronto apartaron la vista. Bandit se mantuvo a mi lado, observando cada movimiento, y Relámpago relinchó, impaciente por avanzar.

Mi mente estaba en el objetivo: investigar de cerca al nuevo propietario de las tierras vecinas y medir sus intenciones. Nunca había confiado en hombres que llegaban con corbata y sonrisa impecable; el pasado me había enseñado a desconfiar.

Cuando llegamos, bajé de Relámpago y cogí las riendas para continuar caminando. El móvil sonó en ese momento y lo saqué del bolsillo de mis vaqueros. Al ver el nombre de Clara en la pantalla, se me dibujó una sonrisa.

—Buenos días, doctora —saludé.

—Buenos días, vaquera. ¿Qué planes tienes para mañana?

—Pues de momento, ninguno.

—Perfecto, pues te vienes conmigo al pueblo de al lado, que tengo que hacer unos recados y así me ayudas a escoger un regalo para el cumpleaños de tu hermano.

—Clara, ya sabes qué regalo puedes hacerle a Noah.

—No me pienso colar en su habitación en lencería, Kelly, por el amor de Dios.

—Deberías, te lo he dicho mil veces. ¿Es que no ves cómo te mira?

—Pues no, porque si me mirara como dices, haría algo al respecto.

—Tienes seis años menos que él y eres mi mejor amiga, creo que se rige por el código fraterno.

—Menuda mierda de código. Soy tu mejor amiga y si me dijeras que no puedo liarme con tu hermano, te mandaría a la mierda.

—Lo sé, pero Noah debe ser que no quiere que me sienta molesta o algo así. Como si yo no me hubiera enrollado con uno de sus amigos hace años.

—¿Qué fue de Charlie, por cierto? ¿Se casó al final con Diana?

—Sí, y se divorciaron un par de años después.

—Pobre Charlie, con lo buen chico que era.

—Y lo sigue siendo, Clara, que no se ha muerto.

—Ya, hija, ya. Tú me entiendes.

—Sí.

—Bueno, lo dicho, mañana paso a buscarte.

—Sigo pensando que la lencería sería el mejor regalo.

—Kelly.

—¿Sí?

—Vete a la mierda —dijo, me colgó y no pude evitar reírme.

Continué caminando mientras me guardaba el móvil en el bolsillo y, al doblar en la esquina de la tienda general, me choqué de frente con algo duro, muy duro. Con alguien, mejor dicho.

Un hombre alto, con traje oscuro impecable, corbata perfectamente alineada y cabello oscuro peinado hacia atrás, se tropezó conmigo. Mis manos se tensaron sobre las riendas, y Relámpago resopló, incómodo.

—¡Cuidado! —exclamé, intentando mantener el equilibrio—. ¿No miras por dónde vas?

Él enderezó su corbata, me miró de arriba abajo con esa mirada que me atravesó, con una ceja arqueada y una calma irritante que me sacó de quicio.

—Deberías mirar por dónde vas —dijo, con voz fría y medida.

—No, eres tú el que deberías mirar por dónde vas —respondí, con los brazos cruzados y la frente fruncida.

Se produjo un silencio cargado, como si el tiempo se hubiera detenido. Bandit ladró, mientras Relámpago movía la cabeza, inquieto.

Él se enderezó, impecable, sin perder ni un ápice de compostura. Yo, por el contrario, estaba lista para empujarle si insistía demasiado.

—No me gustan los obstáculos —dijo él, inclinándose ligeramente hacia mí, con un tono que mezclaba desafío y calma.

—Entonces acostúmbrate —contesté, apretando la mandíbula—. Porque yo no me aparto por nadie.

Una chispa pasó entre nosotros. No era solo irritación; había algo más, algo que no podía describir, pero que me hacía mantenerme firme y desafiante frente a aquel hombre que, aparentemente, se creía dueño del mundo.

Y el murmullo entre los vecinos que se habían detenido a observar me llegó alto y claro. No importaba. La tensión entre nosotros era demasiado fuerte. No era solo un choque físico; había una electricidad que hacía que mis sentidos se agudizaran.

Mientras nos mirábamos, un vecino del pueblo, que había estado cerca, murmuró:

—Ese es Ethan Carter, el nuevo dueño de las tierras de John Carter. Viene de la ciudad. Quiere construir un hotel de lujo en las tierras de su abuelo.

El nombre cayó sobre mí como un balde de agua fría. Ethan Carter. El hombre del traje que acababa de chocar conmigo era el tipo que planeaba invadir nuestro rancho con cemento y lujo. Mi sangre hervía.

—¿Un hotel en nuestras tierras? —musité, con rabia contenida—. Si tocas estas tierras, tendrás un problema.

Él arqueó una ceja, sonriendo apenas, sin ningún rastro de miedo ni preocupación.

—No hago negocios con amenazas —dijo con voz fría y medida. Empezaba a sacarme de quicio.

—Entonces acostúmbrate —le respondí, dejando que cada palabra saliera como un disparo directo a su arrogancia.

Su traje negro contrastaba con mi ropa de ranchera, y su presencia me alteraba más de lo que quería admitir. Cada gesto suyo estaba calculado; su seguridad me irritaba y, al mismo tiempo, me fascinaba.

Los vecinos se habían apartado discretamente, dejando que la tensión entre nosotros se expandiera como un humo invisible. No me equivoqué: este intercambio definiría la dinámica que tendría con Ethan Carter. No había espacio para cortesías; solo conflicto y, aunque lo negara, atracción.

Como acababa de conocer al enemigo y no tenía nada más que hacer en el pueblo, subí de nuevo a lomos de Relámpago y cabalgué de vuelta al rancho, con Bandit trotando a mi lado Mi corazón aún latía con fuerza, y cada paso del caballo parecía marcar mi enfado.

Al llegar al porche, vi a Jake reparando una cerca. Levantó la vista al escuchar los cascos de mi caballo y se detuvo al verme, arqueando una ceja.

—¿Quién ha hecho que vengas con esa cara? —preguntó, y es que este hombre me conocía muy bien, demasiado.

—Un idiota con traje y corbata —respondí, dejando escapar un bufido mientras desmontaba—. Ese hombre me va a dar muchos problemas.

Golpeé la cerca con rabia, dejando que la frustración se escapara. No solo estaba enfadada por el proyecto de hotel; había algo en Ethan que me había alterado de forma inesperada. Cada movimiento suyo, su seguridad, su mirada fría… me irritaba e intrigaba al mismo tiempo.

Bandit se acercó y me olfateó, como preguntando si estaba bien. Sus ojos leales me hicieron suspirar, y por un momento olvidé la furia, pero no la preocupación por lo que podía significar la llegada de aquel hombre de traje.

Jake me observaba con cautela.

—Creo que es algo más, no solo el hecho de que lleve traje y corbata —dijo con voz baja, intentando sonsacarme.

Negué con la cabeza, aunque era imposible ocultar el revuelo que sentía. La tensión que había surgido con Ethan Carter en el pueblo no había sido solo un choque físico; algo en él había logrado alterarme.

Necesitaba calmarme, y para ello, nada mejor que estar sola con Relámpago y Bandit, así que me senté en la colina detrás del rancho, mirando el horizonte y las tierras vecinas. El polvo levantado por los coches del pueblo todavía flotaba en el aire, y podía imaginar a Ethan Carter allí, calculando cada movimiento, planificando sus próximos pasos, confiado en que todo podía comprarse y controlarse.

—*Que ni se le ocurra tocar lo que es nuestro* —susurré, apretando los puños—. *Ni una pulgada.*

Relámpago se apoyó contra mi pierna, y Bandit se tumbó a mi lado. No entendían de hoteles ni inversiones, pero comprendían mi malestar y entendían mi necesidad de proteger nuestro hogar.

No era solo un conflicto por las tierras; había algo en Ethan que me descolocaba y me sacaba de quicio. Su arrogancia, su seguridad y su mirada me irritaban y despertaban una curiosidad incómoda. No podía admitirlo, pero sentía que traería caos a nuestra vida y, de alguna manera, me fascinaba.

Al regresar al rancho, la rutina continuaba. Liam y Noah bromeaban, la abuela Evie soltaba comentarios picantes y María regañaba a todos, pero mi mente seguía fija en Ethan. Cada sombra, cada rastro de polvo levantado, me recordaba que el conflicto tan solo estaba comenzando.

Desde luego, iba a necesitar más que un caballito y un perro leal para proteger estas tierras. Y nadie manejaría esto por mí; debía hacerlo sola.

Antes de irme a la cama, salí a pasear por el rancho, y como en otras ocasiones, me encontré con Jake.

—¿No puedes dormir, pequeña? —preguntó, tras dar un sorbo a su cerveza.

—Aún no me he acostado —le quité la cerveza y di un sorbo mientras él me observaba y sonreía.

—Eso es raro hasta para ti —y como siempre hacía, se dio un par de palmadas en el muslo para que me sentara.

Di otro trago a la cerveza, se la devolví y me senté mientras cogía su sombrero y me lo ponía.

—¿Nerviosa?

—Si lo dices por el rodeo, no. Impaciente, sí.

—No lo decía por el rodeo.

—¿Entonces?

—El trajeado de la corbata —dijo y bebió de su cerveza.

—Quiere construir un hotel, Jake, un hotel. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Esas tierras tienen posibilidades, no hay duda.

—Por lo que he oído en el pueblo, ese tal… Ethan es el nieto de John Carter. ¿Cómo podría alguien querer desprenderse de algo como eso? —señalé hacia las tierras vecinas.

—Porque no se ha criado aquí, pequeña. Si lo hubiera hecho, sabría cuánto le importaban esas tierras a John.

—El pobre John tiene que estar arrepintiéndose de haberle dado esas tierras a su nieto.

—Ya sabes cómo va esto, pequeña. Las tierras pasan de padres a hijos, generación tras generación. John solo hizo lo que correspondía.

—Se lo habría dejado a su hijo, no a su nieto.

—John Carter tenía una hija; puede que ya ni siquiera esté viva.

—Nunca la conocí, pero mis padres sí. Mi madre solía hablar de ella. Una vez dijo que se fue del pueblo de pronto y no se despidió de nadie.

—Seguro que tenía sus razones.

—Y ahora el hijo va a echar a perder el legado familiar.

—¿Puedo darte un consejo?

—Sí, pero antes dame otro trago —dije mientras le quitaba la cerveza y Jake se echó a reír.

—Si no quieres que te vuelvan loca, deberías dejar que alguien maneje esto.

—Nadie manejará esto por mí —contesté, con voz firme—. Nadie.

—Siempre has sido igual de dura que tus hermanos.

—Mi padre dice que cuando me concibieron tuvo que bailar algún cromosoma porque debería haber sido otro chico.

—Por suerte para mí, no lo eres —contestó. Le miré y, como en otras ocasiones, se acercó para darme un beso en la comisura de los labios.

Sonreí y miré a Jake. Era atractivo, no podía negarlo, y tampoco iba a negar que me llamaba la atención y que a veces, solo a veces, me preguntaba qué pasaría si cruzáramos esa línea, si me olvidara de quién era y lo que significaba para mi padre y simplemente dejaba que me guiaran los impulsos.

Pero apartaba ese pensamiento de mi cabeza tan rápido como llegaba. Era como un hijo más para mi padre, y yo le quería tanto como a mis propios hermanos.

—Creo que me voy a ir a la cama —dije levantándome.

—Yo también.

—No te masturbes pensando en mi trasero sentado en tus piernas, ¿quieres? —dije, y Jake soltó una carcajada.

—Pequeña, me encantan nuestras conversaciones hombre a hombre. —Me dio un beso en la frente y comenzó a caminar hacia la casa que mi padre le había preparado a él hacía unos años cuando le nombró capataz.

La noche cayó sobre el rancho, y yo seguía sin poder apartar la imagen del hombre de traje de mi mente. La furia inicial se mezclaba con un interés incómodo, con una tensión que no podía ignorar. Y aunque sabía que debía mantener la guardia alta, una parte de mí sabía que esto solo era el principio.

El viento agitó las hojas de los árboles, y mientras me sentaba en el porche con Bandit cerca, comprendí que la llegada de Ethan Carter no iba a ser fácil. La batalla por las tierras no era solo un conflicto de intereses, era un choque de voluntades, de carácter y, aunque no lo admitiría todavía, de emociones que ninguno de los dos estaba preparado para enfrentar.

Al día siguiente, me levanté antes del amanecer. Sabía que debía estar lista. Relámpago y Bandit me acompañarían, pero también mis pensamientos y mi estrategia.

El entrenamiento no era solo físico, era mental. Galopé por los pastos, corrí entre los charcos y desafié a Relámpago a cada salto, sintiendo cómo el sudor mezclado con el viento purificaba mi rabia.

—Vamos, chico —susurré—. Si alguien quiere problemas, que sepa que estamos listos.

Bandit saltaba y corría junto a nosotros, y por un momento sentí una mezcla de calma y poder. Sabía que no podía permitir que un hombre de ciudad decidiera por nosotros, y la idea de un hotel arruinando el paisaje me llenaba de furia.

Mientras entrenábamos, mi mente planeaba. Tenía que hablar con los vecinos, asegurar documentos, revisar límites de tierras y preparar un encuentro con Ethan Carter en condiciones de ventaja.

Él no sabía nada de nosotros todavía, o eso esperaba, pero pronto descubriría que nosotros, los Callahan, no nos íbamos a dejar arrebatar nuestra vida ni nuestras tierras sin luchar.

El rancho siempre fue la pasión de mi madre y el orgullo de mi padre. Era el lugar donde ambos vivieron su historia, donde se casaron, donde nos vieron nacer y donde prometieron envejecer juntos.

Ella ya no estaba, pero yo me iba a encargar de que mi padre envejeciera aquí y viera nacer y crecer a sus nietos, si es que alguno de mis hermanos o yo teníamos hijos alguna vez.

Capítulo 5

Ethan

El polvo se levantaba bajo las ruedas del coche como una advertencia.

Lo noté desde el primer segundo en que dejamos atrás el asfalto. Texas no era Boston. No había orden, ni líneas rectas, ni silencio civilizado. Aquí todo era… salvaje. Amplio. Indomable.

Y, por algún motivo que no estaba dispuesto a analizar demasiado, eso me irritaba.

—¿Seguro que esto es una carretera? —murmuró Sophie desde el asiento del copiloto, sujetando su Tablet como si fuera a salvarla de morir en mitad de la nada.

No respondí de inmediato. Tenía la mirada fija al frente, evaluando el terreno con la misma precisión con la que estudiaba un edificio antes de comprarlo.

Tierra fértil. Buena extensión. Los accesos eran mejorables, sí, pero las posibilidades eran infinitas.

—Lo es —dije finalmente—. Y en unos meses será la entrada principal de un complejo de lujo.

Sophie soltó una risa suave.

—Me encanta cuando dices cosas que van a enfadar a todo el mundo.

Giré levemente el volante, esquivando un bache.

—No estoy aquí para gustarles.

Y era cierto, nunca lo había estado.

El terreno apareció ante nosotros como una extensión abierta, delimitada solo por cercas de madera y una sensación casi palpable de pertenencia. Había algo en ese lugar, algo antiguo. Como si llevara décadas resistiéndose a cambiar. Perfecto.

Me bajé del coche sin prisa, ajustándome la chaqueta. El aire olía a tierra, a ganado y a algo más difícil de definir. Algo vivo.

Sophie salió detrás de mí, tomando notas.

—Vale… —dijo, girando sobre sí misma—. Esto es enorme. ¿Piscinas aquí? ¿Spa por allá? ¿Zona privada…?

—Todo —la corté—. Quiero todo.

Avancé unos pasos, clavando los ojos en el horizonte. Podía verlo con claridad. El hotel. El diseño. La gente de ciudad pagando por una experiencia "auténtica" que en realidad estaría perfectamente controlada. Porque siempre lo estaba.

—Esto va a ser espectacular —añadió Sophie.

—Va a ser rentable.

Ella sonrió de lado.

—Ethan Carter, el hombre que podría convertir el paraíso en una hoja de Excel.

No le respondí. No porque no tuviera réplica, sino porque algo había cambiado. Lo sentí antes de verlo.

Un sonido rítmico, seco e inconfundible. Cascos contra la tierra.

Giré la cabeza lentamente y entonces la vi. Apareció como si el paisaje la hubiera creado.

Montada sobre un caballo negro que parecía más una sombra que un animal, avanzando con una seguridad que no necesitaba demostración. No corría. No tenía prisa. No lo necesitaba. Dominaba el espacio y el momento. Y, maldita sea… Dominaba la escena.

Kelly Callahan se acercaba. El viento movía su cabello oscuro, suelto, indomable como todo en ese lugar. Su postura era perfecta. Espalda recta. Piernas firmes. Control absoluto sobre el caballo, o quizá era al revés.

Sus ojos encontraron los míos incluso antes de que se detuviera y no apartó la mirada. Interesante.

El caballo frenó frente a nosotros con una precisión impecable. El polvo se elevó a su alrededor, envolviéndola como una especie de aura.

No habló, simplemente nos estudiamos, como dos rivales midiendo distancia antes de atacar.

—Vaya… —Murmuró Sophie a mi lado, apenas audible—. Esto se ha puesto interesante.

La ignoré. No apartaba los ojos de ella.

La mujer inclinó ligeramente la cabeza, evaluándome sin ningún tipo de disimulo. No había cortesía. No había curiosidad amable. Solo desafío.

—Estás en terreno privado —dijo finalmente.

Su voz era firme, grave y segura.

No era una pregunta, era una declaración. Esbocé una sonrisa mínima.

—Eso está por verse.

Un destello cruzó sus ojos verdes y fue entonces cuando supe que no iba a ser una negociación sencilla. Ni de lejos.

Ella avanzó un paso más con el caballo, reduciendo la distancia entre nosotros. Lo suficiente como para que sintiera su presencia de verdad. Lo suficiente como para notar cada detalle.

La piel dorada por el sol. Las manos firmes sujetando las riendas. La forma en que su cuerpo se movía con el caballo como si fueran uno solo. Y ese maldito modo de mirarme…

Como si no le impresionara. Como si no le importara. Como si yo fuera solo otro problema más que pensaba resolver.

—Última advertencia —dijo.

El viento pasó entre nosotros, Sophie dejó de escribir y yo di un paso adelante.

—No recibo órdenes de vaqueras.

El golpe fue directo y funcionó. Lo vi en la forma en que su mandíbula se tensó apenas un segundo. Pero no retrocedió ni un milímetro.

En lugar de eso, hizo algo peor. Sonrió. Y no era una sonrisa amable, era peligrosa.

—Entonces supongo que tampoco entiendes las consecuencias.

Otro paso del caballo, más cerca. Tanto que podía sentir el calor del animal. Podía ver la textura de su ropa. Podía… olerla.

Madera. Sol. Libertad. Contraste absoluto con todo lo que yo representaba.

—Explícamelas —dije, sin bajar la voz.

Y nos quedamos así, frente a frente, midiendo fuerzas. Y por primera vez en mucho tiempo no estaba completamente seguro de tener el control.

Sophie carraspeó suavemente a mi lado.

—Vale —susurró—. Confirmado. Esto no es una discusión. Es un preliminar.

Apreté ligeramente la mandíbula y la ignoré. Pero no porque no tuviera razón.

La mujer, que ni siquiera se había presentado, bajó la mirada un segundo hacia mi pecho y luego volvió a mis ojos, lenta y deliberadamente. Como si supiera exactamente lo que estaba haciendo.

—No construirás nada aquí —dijo, directo y sin rodeos.

—Ya veremos.

Otro silencio, más denso y cargado esta vez. Y su mirada se endureció.

—Ese rancho lleva generaciones en mi familia.

—Y este terreno ahora es mío.

Ese fue el choque definitivo entre nosotros.

El caballo resopló suavemente, como si también sintiera la tensión, y ella lo calmó con un leve movimiento de mano, mostrando un control absoluto sobre el animal.

—Puedes tener papeles —dijo—. Pero no tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

Sonreí levemente.

—Eso lo dices tú.

Se inclinó ligeramente hacia delante y esa cercanía fue un error. Porque entonces la vi de verdad.

Las pecas casi invisibles sobre su nariz. La intensidad real de sus ojos. La fuerza… y algo más. Algo roto. Algo que reconocí demasiado bien.

—No —murmuró—. Eso lo vas a descubrir tú.

Y tras un silencio que duró más de lo que debería, se echó hacia atrás, tiró suavemente de las riendas y el caballo giró con elegancia.

—Esto no ha terminado, Carter —dijo, y no era una amenaza vacía, era una promesa.

—Acaba de empezar, Callahan —respondí, y ella no se giró, pero sonrió. Lo supe y lo sentí.

Y después se fue.

El sonido de los cascos alejándose quedó suspendido en el aire mucho más tiempo del que debería. No me moví, ni hablé, ni tampoco pensé. Solo miré cómo desaparecía en el horizonte. Hasta que ya no estuvo.

—Vaya —dijo Sophie finalmente.

Yo simplemente solté el aire, despacio.

—Vamos a trabajar —respondí.

—Sí, claro —contestó ella—. Pero primero… necesito procesar lo que acaba de pasar.

La miré de reojo.

—No ha pasado nada.

Sophie soltó una risa incrédula.

—Ethan… eso ha sido lo más cercano a quitarle la ropa a alguien con la mirada que he visto en mi vida.

No respondí. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no tenía una respuesta clara. Y eso… No me gustaba nada.

Pero había algo peor. Mucho peor. No podía dejar de pensar en esa mujer.

No debería haberme afectado.

Esa fue la primera idea que intenté imponerme mientras caminaba de nuevo hacia el coche, con el sonido lejano de los cascos aún resonando en mi cabeza como un eco persistente.

No era la primera vez que alguien me desafiaba. Ni la primera vez que una mujer intentaba imponerse. Ni siquiera la primera vez que sentía tensión. Pero aquello no había sido solo eso. Y lo sabía.

—Vale, voy a decirlo —empezó Sophie, cruzándose de brazos mientras me observaba con una sonrisa que ya conocía demasiado bien —. Esa mujer podría iniciar una guerra civil solo con levantar una ceja.

Abrí la puerta del coche sin mirarla.

—No exageres.

—No estoy exagerando —replicó, siguiéndome—. Estoy siendo increíblemente precisa.

Se apoyó en el capó, mirándome con atención.

—Y tú… —añadió—. Tú no estabas actuando como siempre.

Me detuve un segundo. Solo un segundo.

—Estoy aquí por un proyecto —dije con frialdad—. Nada más.

Sophie arqueó una ceja.

—Claro. Y yo acabo de nacer y me chupo el dedo —volteó los ojos.

—Concéntrate en el trabajo.

Ella sostuvo mi mirada y luego sonrió, divertida.

—Oh, lo estoy haciendo. Créeme. Esto forma parte del trabajo.

Suspiré, pasándome una mano por la mandíbula.

—Necesito planos, accesos, permisos locales y un estudio del terreno completo.

—Ajá.

—Y quiero saber exactamente hasta dónde llega la propiedad de esa mujer.

—Ajá.

—Y si hay alguna forma de… negociar.

Eso la hizo reír.

—¿Negociar? —repitió—. ¿Con esa mujer?

No respondí, porque en realidad no estaba seguro de que eso fuera posible.

Volví a mirar hacia el horizonte, hacia el lugar por donde había desaparecido. Y, sin querer, la imagen volvió a mi cabeza.

Su postura. Su voz. La forma en que no había dudado ni un segundo. Como si estuviera completamente segura de sí misma. Como si el mundo entero pudiera arder y ella seguiría en pie.

—No va a vender —dijo Sophie de pronto, más seria.

La miré.

—¿Y eso?

—Porque no es solo tierra —respondió—. Es identidad.

No me gustaba que tuviera razón. Pero la tenía.

—Todo el mundo vende —dije finalmente.

—No —negó ella con suavidad—. Todo el mundo tiene un precio. Pero no siempre es dinero.

Eso… Eso sí que no me gustó nada.

Me subí al coche sin decir nada más, porque esa conversación iba en una dirección que no me convenía.

Arranqué el motor, pero antes de avanzar miré una vez más por el retrovisor.

Nada. Solo polvo, campo y silencio. Y, aun así… Sentía que aquello estaba lejos de haber terminado.

El trayecto de vuelta fue más silencioso.

Sophie trabajaba en su Tablet, aunque de vez en cuando sonreía sola, claramente entretenida con sus propios pensamientos.

Yo, en cambio, estaba molesto. No con ella ni con el proyecto, sino conmigo mismo. Porque estaba distraído. Y yo no me distraía. Nunca.

—Por cierto —dijo Sophie sin levantar la vista—. Si esto fuera una de esas comedias románticas del Oeste…

Cerré los ojos un segundo.

—No lo es —dije mientras soltaba el aire.

—Vosotros dos acabaríais besándoos bajo una tormenta después de odiaros intensamente durante dos horas.

—Sophie.

—¿Sí?

—Cállate.

Ella soltó una carcajada, pero obedeció. Más o menos.

La casa de madera apareció entre los árboles como un recuerdo detenido en el tiempo.

Mi propiedad. Mi herencia. Mi problema.

Apagué el motor y bajé del coche, observándola con detenimiento. Era acogedora. Demasiado. Nada que ver conmigo. Y, sin embargo, ahí estaba. Esperándome como si siempre hubiera sido mía.

—Tiene encanto —comentó Sophie, bajando también—. Mucho.

—Tiene potencial.

Ella sonrió.

—Eres incapaz de ver algo sin pensar en cómo explotarlo económicamente, ¿verdad?

—Es una habilidad útil.

Avancé hacia el porche y, cuando llegué, la madera crujió bajo mis pasos. Abrí la puerta y el interior olía a pasado. A historia. A alguien que ya no estaba.

Fruncí ligeramente el ceño. No me gustaban ese tipo de sensaciones. Eran demasiado personales.

—Tu abuelo debía de querer mucho este lugar —dijo Sophie en voz más baja.

No respondí, porque no sabía qué decir. Nunca había sido cercano a él. Nunca había entendido por qué se había quedado allí en lugar de vivir en el mundo real. Y, sin embargo, ahora yo estaba aquí. Siguiendo un legado que no sentía como propio.

—Vamos a trabajar —dije, cortando el momento.

Sophie asintió, pero antes de entrar del todo se giró hacia mí una última vez.

—Oye, Ethan.

—¿Qué? —pregunté mirándola, y ella sonrió, lenta y deliberadamente. Visiblemente divertida.

—Te ha gustado.

Negué con la cabeza, seco.

—No.

—Te ha gustado —insistió.

—Es un obstáculo.

—Claro —dijo—. Un obstáculo con ojos verdes y piernas que deberían estar catalogadas como arma peligrosa.

La miré fijamente.

—Sophie.

Ella levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Trabajo.

Entró en la casa y yo me quedé fuera un segundo más. Solo uno.

Respiré hondo, miré el horizonte y entonces lo admití. Solo para mí y en silencio. No era solo un obstáculo. Era un problema. Y no de los que se solucionaban con dinero.

Capítulo 6

Kelly

No debería haberme afectado, pero lo había hecho. Y eso me sacaba de quicio.

El sonido de los cascos de Relámpago contra la tierra solía calmarme. Siempre lo hacía. Era mi forma de ordenar la cabeza, de dejar atrás el ruido, los recuerdos, las malas decisiones.

Pero ese día no. Ese día, por mucho que cabalgara, por mucho que apretara las piernas contra el caballo, por mucho que el viento me golpeara la cara… Solo podía pensar en él.

En el nuevo dueño de las tierras vecinas. En su forma de mirarme. En su maldita seguridad. En cómo no había retrocedido ni un centímetro.

Apreté la mandíbula.

—*Maldito idiota…* —murmuré, y Relámpago resopló, como si estuviera de acuerdo.

El rancho se extendía ante mí cuando regresé. Familiar, sólido y mío. Mi refugio. Mi hogar. Y ahora estaba amenazado por un hombre de ciudad con traje y corbata que llegaba aquí pensando que todo podía comprarse.

Salté del caballo con un movimiento ágil, soltando las riendas con naturalidad. Bandit apareció corriendo desde algún punto del patio, ladrando feliz.

—Eh, chico —dije, agachándome para acariciarlo—. Al menos tú no das problemas, ¿verdad?

El perro movió la cola con entusiasmo. Ojalá todo fuera tan simple.

—Vaya cara —dijo una voz a mi espalda. No necesitaba girarme.

—No empieces, abuela.

Aun así, lo hice. Y allí estaba ella, con sus gafas de sol enormes, una camisa de colores imposibles y una sonrisa que significaba problemas. Muchos problemas.

Me estudió de arriba abajo con la mirada.

—Eso no es enfado, cariño —añadió—. Eso es otra cosa.

Suspiré.

—Estoy enfadada.

—No —negó ella con calma—. Estás alterada.

—Es lo mismo.

—Para nada.

Se acercó un poco más, bajándose las gafas lo justo para mirarme por encima.

—Se trata de un hombre —dijo—. Un hombre que te va a meter en problemas.

Ahí estaba. Directa como siempre.

—Sí, es un hombre, y ese hombre va a salir de mi tierra.

Sonó bien. Firme y decidido. Pero en cuanto terminé de decirlo… Supe que no era del todo cierto. Y, por lo visto, ella también, porque sonrió lentamente.

—No te lo crees ni tú.

—Claro que sí.

—No.

Silencio. La odiaba cuando tenía razón.

—Abuela…

—Kelly —me interrumpió con suavidad, pero firme—. Te he visto crecer. Sé cuándo estás enfadada, y sé cuándo estás interesada.

—No estoy interesada.

—Te brillan los ojos.

—Me brillan de rabia.

—Ajá.

La miré con una mezcla de frustración y resignación.

—Ha venido a destruir esto.

Mi voz bajó un poco al decirlo, porque ahí sí no había duda. Ni juego.

La abuela asintió despacio.

—Y tú vas a impedirlo.

—Claro que sí.

Otra sonrisa. Pero esta vez, una diferente. Más suave y más sabia.

—Entonces asegúrate de que no te distrae en el proceso.

Eso… Eso sí me tocó. Porque ya lo estaba haciendo. Y no sabía cómo evitarlo.

—¡Kelly!

La voz de Liam retumbó desde el corral. Giré la cabeza y ahí estaban mis hermanos, como siempre.

Noah apoyado en la valla, con esa sonrisa suya de "sé algo que tú no sabes". Liam, en cambio, parecía serio. Demasiado serio.

Caminé hacia ellos.

—¿Qué pasa?

Liam no perdió tiempo.

—Hemos visto un coche en el límite este.

Genial.

—Ya sé quién es.

Noah soltó una risa baja.

—¿El trajeado?

Le lancé una mirada.

—Sí. El trajeado.

—Me cae mal —añadió él.

—No le conoces.

—No hace falta.

Eso me arrancó una media sonrisa porque era muy Noah. Liam, en cambio, no sonreía.

—No me gusta —dijo—. Ese tipo no viene solo a mirar.

—Quiere construir un hotel.

Y se hizo un silencio denso y pesado a nuestro alrededor. Y Noah dejó de sonreír.

—¿Un qué?

—Un hotel de lujo.

—¿Aquí?

—Aquí.

Liam apretó la mandíbula.

—Por encima de mi cadáver.

Ahí estaba mi hermano mayor. Siempre directo y protector.

—No va a pasar —dije.

Y esta vez, sí soné convincente. Porque no era solo orgullo. Era la verdad.

—¿Y cómo exactamente piensas evitarlo?

La voz de Clara llegó desde detrás.

Se acercaba limpiándose las manos, claramente recién salida de revisar a algún animal. Siempre igual. Siempre preciosa sin intentarlo.

—Aún no lo sé —admití.

Clara me miró con atención.

—Pero lo harás.

—Claro que sí —contesté, y ella entrecerró los ojos.

—Has conocido al tipo.

No era una pregunta.

—Sí.

—¿Y?

Dudé un segundo. Error. Porque Clara lo vio, y sonrió. Fantástico.

—Oh, Dios mío —murmuró—. Te ha afectado.

—No me ha afectado.

—Kelly…

—Clara.

—Te ha afectado.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

Resoplé.

—Es un imbécil.

—Ajá.

—Arrogante.

—Humum.

—Controlador.

—Ajá.

—Y… —Me callé, y Clara arqueó la ceja.

—¿Y?

La fulminé con la mirada.

—Nada.

Ella sonrió despacio.

—Claro.

Maldita sea.

Pero no era la única tensión en el ambiente. Porque cuando Noah se movió ligeramente hacia Clara… Ella dio un paso atrás. Sutil, pero evidente. Yo lo vi. Liam lo vio. Y Noah… También.

Su sonrisa vaciló solo un segundo.

—Bueno —dijo, recuperando el tono ligero—. ¿Tenemos rodeo este fin de semana o qué?

Cambio de tema, un clásico de Noah.

—Sí —respondió Liam—. Y más vale que estemos listos.

Eso devolvió el foco a algo conocido. A algo que entendíamos. Competir, ganar y sobrevivir.

El ruido del rancho volvió a envolvernos. Trabajadores moviéndose. Ganado. Voces. Vida.

Pero algo había cambiado y todos lo sabíamos, aunque nadie lo dijera en voz alta.

Había un intruso y no era solo una amenaza externa. Era algo más. Algo que se había metido bajo la piel. Y no pensaba irse fácilmente.

El resto del día pasó entre rutina y planes que me venían a la cabeza, planes que podía llevar a cabo para que ese inversor no siguiera con la idea que tenía de poner un hotel en el pueblo.

Y por la noche… No pude dormir. Dormir era una opción, pero no para mí.

Esa noche, el techo de mi habitación se convirtió en mi peor enemigo. Las sombras de las vigas de madera se alargaban con la luz de la luna, moviéndose lentamente, como si tuvieran vida propia. Como si se burlaran de mí.

Di media vuelta en la cama. Luego otra. Y nada.

Cerré los ojos. Y ahí estaba otra vez el hombre del traje. Su voz. Su mirada. Ese maldito "no recibo órdenes de vaqueras".

Abrí los ojos de golpe.

—*Genial, Kelly…* —Murmuré—. *Justo lo que necesitabas.*

Me incorporé de un tirón. No iba a quedarme ahí. No cuando tenía la cabeza así.

Me puse unos vaqueros, una camiseta ajustada y mis botas sin hacer ruido. Bajé las escaleras evitando el crujido más fuerte de siempre; años viviendo allí te enseñaban esos detalles, y salí al porche.

El aire nocturno me golpeó la cara. Frío, limpio y real, y respiré hondo.

El rancho dormía, pero no del todo. Nunca lo hacía.

A lo lejos se escuchaban animales, algún golpe de madera, el viento arrastrando cosas invisibles. Vida. Siempre había vida.

Silbé suavemente y no tardó ni diez segundos. Relámpago apareció desde la sombra del establo, como si hubiera estado esperándome.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Sabía que no me fallarías.

Le acaricié el cuello, apoyando la frente un segundo contra él. Eso sí funcionaba. Eso sí me calmaba.

—Vamos.

El campo abierto de entrenamiento estaba iluminado solo por la luna. Era perfecto. Silencio, oscuridad y libertad.

Monté de un salto y apreté ligeramente las piernas. Relámpago respondió al instante. Siempre lo hacía.

Corrimos rápido, y más rápido cada vez. El viento me azotaba el rostro, el corazón me golpeaba el pecho y durante unos segundos todo desapareció.

Menos esa sensación. Esa de estar viva de verdad. Pero no duró lo suficiente. Porque incluso ahí, incluso en mi lugar seguro, volvió su voz y su forma de mirarme.

Apreté las riendas con más fuerza de la necesaria.

—Maldita sea…

—Estás forzando demasiado.

La voz me atravesó como un disparo. Relámpago se tensó debajo de mí; yo me giré de golpe y allí estaba Jake, apoyado en la valla, como si llevara horas observando.

Brazos cruzados y mirada fija. Demasiado fija.

—¿Desde cuándo estás ahí? —pregunté.

—Lo suficiente.

Genial.

Bajé del caballo con un movimiento rápido.

—No es asunto tuyo.

Jake no se movió.

—Todo lo que pasa en este rancho es asunto mío.

Volteé los ojos.

—No empieces.

—No estoy empezando —replicó con calma—. Estoy terminando algo que empezó esta mañana.

Silencio. Sabía a qué se refería.

—Lo tengo controlado.

—No —dijo—. No lo tienes.

Eso me encendió.

—¿Perdona?

Se separó de la valla, acercándose un par de pasos.

—Ese tipo —continuó—. No me gusta.

—A mí tampoco.

—No es suficiente.

—Pues es lo que hay.

Nos quedamos frente a frente y la tensión que sentí era más que conocida. Peligrosa en otro sentido.

Jake bajó la voz.

—No quiero que te acerques a él.

Solté una risa seca.

—¿Desde cuándo me das órdenes?

—Desde que veo venir los problemas antes que tú.

Eso dolió, porque Jake me conocía demasiado.

—No necesito que me protejan.

—No —admitió—. Pero eso no significa que no lo haga.

Ahí estaba ese tono. Ese que siempre evitábamos cruzar. Ese que complicaba todo.

Di un paso atrás.

—No voy a mezclarme con él.

Era mentira, y los dos lo sabíamos. Jake me sostuvo la mirada unos segundos más. Luego suspiró.

—Más te vale —dijo, pero no sonó convencido. Ni de lejos.

Cuando se fue, el silencio volvió, pero ya no era el mismo.

Monté otra vez. Intenté entrenar. Intenté concentrarme. Pero algo dentro de mí ya estaba inquieto.

Como si supiera o como si anticipara que la noche aún no había terminado.

No sabía cuánto tiempo pasó. Minutos. Quizá una hora.

El sudor se pegaba a mi piel, la respiración se había vuelto más pesada y Relámpago empezaba a notar mi falta de concentración.

—Lo sé, chico… —Murmuré—. Yo tampoco estoy fina hoy.

Lo detuve, el silencio volvió a caer, y entonces lo sentí. No fue un sonido claro, ni un movimiento evidente. Fue una presencia.

Me giré lentamente. Oscuridad y sombras. Nada. Pero no. No era solo nada.

—No deberías estar sola aquí.

Mi corazón dio un golpe seco. Reconocería esa voz en cualquier parte. Incluso en mitad de la nada. Incluso en sueños.

Apreté ligeramente la mandíbula y sonreí, una sonrisa lenta y peligrosa.

—¿Y tú no deberías estar en tu ciudad?

Silencio. Entonces dio un paso hacia la luz y lo vi.

Ethan Carter sin traje esta vez. Más real. Y eso fue peor. Mucho peor.

Bajé del caballo sin apartar la mirada de él. Relámpago se quedó quieto, atento. Como yo. Como él.

Caminé hacia Ethan despacio, sin prisa, sintiendo cada paso, cada latido, cada centímetro de distancia reduciéndose.

Él no se movió ni retrocedió ni un milímetro. Bien. Porque yo tampoco iba a hacerlo.

Nos quedamos a escasos centímetros. Podía oír su respiración. Sentir su calor. Ver cómo sus ojos no se apartaban de los míos.

Desafío puro y sin filtros.

—Eres un problema —dijo en voz baja.

Se me escapó una media sonrisa e incliné ligeramente la cabeza.

—Aún no sabes cuánto.

Silencio. Uno de esos que lo decían todo. Que lo tensaban todo. Que lo cambiaban todo.

El aire entre nosotros se volvió más denso, más pesado, más peligroso. Y por primera vez desde que había llegado, no era solo rabia, no un conflicto evidente. Era algo más.

Algo que quemaba. Algo que no debería estar ahí, pero estaba. Muy presente, muy real y completamente fuera de control.

Nadie se movió ni habló. Solo respirábamos. Demasiado cerca. Demasiado conscientes.

—No eres bienvenido en mi rancho —dije, rompiendo al fin con el silencio.

—Solo pasaba por aquí. Como tú pasaste esta mañana por mis tierras.

—Pues ya puedes irte.

—Te repito que no recibo órdenes de vaqueras.

—Vete de mi rancho, corbatitas, o lamentarás haber venido —dije apretando los dientes.

—¿Corbatitas? —arqueó la ceja.

—Vete —insistí—, o mi perro te arrancará una pierna. Puede que las dos.

—Muy gráfico y descriptivo.

—No lo suficiente. Vete, no voy a repetirlo.

Se quedó ahí parado un segundo, dos, tres, diez, con los ojos fijos en los míos. Después sonrió casi imperceptiblemente y se giró, caminando de vuelta a sus tierras sin decir una sola palabra.

Desde luego, ese hombre era peligroso, y lo que no sabía aún era hasta qué punto.

Capítulo 7

Ethan

El pueblo era exactamente lo que esperaba. Pequeño, polvoriento y lleno de miradas que duraban un segundo más de lo necesario.

Aparqué frente a la calle principal, apagando el motor mientras observaba el entorno con una mezcla de cálculo y ligera incomodidad. No era mi mundo. No funcionaba con mis reglas.

Y eso siempre era un problema.

—No mires así —dijo mi madre a mi lado.

La miré de reojo.

—¿Así cómo?

Mi madre sonrió con esa calma suya que siempre me había desconcertado.

—Como si fueras a comprarlo todo.

No respondí, porque, en cierto modo… No estaba equivocada.

Ella bajó del coche antes de que pudiera añadir nada más. La seguí, ajustándome ligeramente la chaqueta mientras notaba cómo algunas personas nos observaban abiertamente.

Forasteros. Era evidente. Pero lo que no esperaba era el cambio en su expresión.

En cuanto puso un pie en la acera, se detuvo, respiró hondo y, por un segundo, no fue mi madre. Fue alguien más. Alguien que había estado allí antes.

—Hacía años que no volvía… —murmuró.

No dije nada, me limité a observar. Porque algo en su tono no encajaba con lo que yo conocía. Y no me gustaba no entenderlo.

Entramos en el pequeño bar del pueblo y el murmullo bajó ligeramente al abrir la puerta, como si el aire cambiara. Clásico.

Pero no me importó. Lo que me importó fue lo que pasó después. Porque en cuanto ella levantó la mirada… Se quedó completamente inmóvil.

Seguí la dirección de sus ojos y lo vi.

Patrick Callahan estaba sentado en una mesa al fondo. Solo, con una taza de café entre las manos. Pero no parecía estar solo. No realmente. Porque en cuanto vio a mi madre, algo cambió. Fue sutil, pero claro.

Sabía quién era porque me había estado informando de los dueños de las tierras vecinas a las mías, y sin duda el rancho Callahan era conocido no solo en Texas, sino por toda América. Sus caballos y su ganado eran legendarios.

Se levantó despacio, demasiado despacio, como si cada segundo pesara. Como si cada paso tuviera historia. Me tensé sin darme cuenta. No me gustaba esto. No me gustaba nada.

Se quedaron frente a frente. Sin tocarse y sin hablar, solo mirándose. Y en ese silencio, había demasiado.

Demasiado pasado. Demasiadas cosas no dichas. Demasiado de todo.

Patrick fue el primero en romperlo con una media sonrisa ligera y cargada.

—¿Volverás a desaparecer sin despedirte? —le preguntó a mi madre, directo y sin reproches. Pero ahí estaba.

Mi madre no apartó la mirada.

—Si lo hiciera, tú seguirías esperándome.

Ese fue un golpe silencioso pero contundente.

Mi mandíbula se tensó. No entendía nada y odiaba no entender nada.

—Han pasado muchos años, Margaret —dijo él.

—Lo sé.

—Pero parece que fue ayer.

Silencio otra vez. Ese tipo de silencio que no era incómodo, sino íntimo. Demasiado íntimo. Y yo estaba ahí en medio. Observando algo que no me pertenecía.

—Mamá —intervine, seco.

Ella parpadeó, como si volviera al presente.

—Ethan…

Asentí ligeramente. Sin apartar la mirada de él.

—No me has dicho que conocías al dueño del rancho vecino.

Patrick soltó una leve exhalación, casi una risa sin humor.

—Supongo que hay muchas cosas que no te ha contado.

Eso no me gustó. Nada.

Mi madre le lanzó una mirada que decía "no empieces". Demasiado tarde.

—Él es mi hijo —dijo ella finalmente—. Ethan Carter.

Patrick asintió, evaluándome con calma. Como si me midiera. Como si comparara.

—Ya lo imaginaba.

—Y él es… —Empezó mi madre.

—Patrick Callahan —terminé por ella.

Silencio.

—El padre de Kelly —añadí.

Y ahí… Ahí sí hubo reacción. Leve, pero real.

Sus ojos se endurecieron apenas un segundo. Interesante.

—Así que tú eres el que quiere construir ese hotel —dijo finalmente, directo, como su hija.

—Así que usted es el que se interpone.

Nos miramos. Y vi que éramos los dos iguales. Misma tensión. Misma firmeza. Misma guerra. Pero diferente. Más… controlada.

Mi madre suspiró.

—Por favor…

Pero ninguno de los dos la escuchó. Porque aquello ya había empezado. Y no pensaba detenerse.

—Esto es mejor que cualquier serie.

La voz de Sophie llegó desde algún punto detrás de mí.

Giré la cabeza y ahí estaba, sonriendo, observando todo como si fuera un espectáculo.

—No ayudes —murmuré.

—Estoy ayudando —respondió—. Analizo dinámicas humanas complejas.

—Estás cotilleando.

—También.

Antes de que pudiera responder, otra voz entró en escena.

—¿Siempre habla tanto?

Grave y seca. Giré la cabeza y lo vi.

Liam Callahan. Imponente y serio, observando a Sophie como si fuera una distracción, pero sin dejar de mirarla del todo.

Sophie sonrió.

—¿Siempre eres tan serio o es solo conmigo?

Liam no se inmutó.

—Solo con quien lo merece.

Silencio. Y entonces… Sophie sonrió más. Porque eso no la frenaba. La animaba.

—Perfecto —dijo—. Me encantan los retos.

Liam no respondió, pero no apartó la mirada. Y eso decía más de lo que parecía.

Yo, en cambio, ya no estaba prestando atención a esa conversación. Porque mi mirada se había ido a la puerta.

No sabía por qué. Bueno, sí lo sabía, pero no quería admitirlo. Y entonces entró Kelly, y todo lo demás dejó de importar.

No debería haberme fijado, pero lo hice.

En cuanto Kelly Callahan cruzó la puerta, el ambiente cambió. No de forma evidente para cualquiera, pero yo lo noté.

Las conversaciones bajaron un poco. Algunas miradas se desviaron. Y ella ni siquiera dudó. Entró como si todo le perteneciera. Como si ese lugar, ese pueblo, ese mundo entero, estuviera construido alrededor de su presencia.

Y, maldita sea, en cierto modo lo estaba.

Llevaba vaqueros ajustados, botas cubiertas de polvo y una camisa remangada que dejaba ver la fuerza real de su cuerpo. Nada forzado. Nada calculado. Todo auténtico y peligroso.

Su mirada recorrió el local, rápida y precisa, hasta que me encontró y se detuvo.

Silencio. Otra vez ese maldito silencio cargado. No hizo ningún gesto. No sonrió. Pero tampoco apartó la mirada. Bien.

Porque yo tampoco pensaba hacerlo.

—Así que ya conoces a mi hija.

La voz de Patrick Callahan me sacó de ese instante.

No aparté los ojos de ella.

—Algo así.

Kelly alzó ligeramente la barbilla, desafiante, como siempre.

—Demasiado, para el poco tiempo que lleva aquí —añadió ella, sutil, pero no, no era sutil, era un aviso.

—No lo suficiente —respondí.

Vi el destello en sus ojos. Ese pequeño cambio. Ese interés. Y eso fue un error porque lo sentí. Esa chispa otra vez. Más fuerte.

—Kelly —intervino mi madre con una suavidad que no encajaba con el momento—. Has crecido muchísimo.

Kelly desvió la mirada hacia ella y algo cambió. No era tensión ni desafío. Era algo más humano.

—Margaret…

No dijo "señora". No dijo nada formal. Solo su nombre. Con historia. Con reconocimiento.

—Me alegro de verte —añadió mi madre.

—Yo también.

Pero no sonó del todo simple. Había capas ahí. Demasiadas. Y otra vez yo no entendía nada. Y empezaba a cansarme de eso.

—Tengo trabajo —dijo Kelly finalmente, volviendo a mirarme—. No todos podemos perder el tiempo.

Sonreí levemente.

—Yo no pierdo el tiempo.

—Entonces no sé qué haces aquí.

—Invertir.

—Invadir, querrás decir.

Silencio, hasta que Patrick carraspeó suavemente para cortarlo y mi madre cerró los ojos un segundo. Pero ninguno de los dos intervino.

Porque esto… Esto era inevitable.

—Nos veremos —dije.

Kelly sostuvo mi mirada un segundo más. Demasiado tiempo.

—Eso espero.

Y luego se fue sin mirar atrás, pero dejando todo en tensión.

—Vale —dijo Sophie en cuanto la puerta se cerró—. Oficialmente, estoy obsesionada con este sitio.

La ignoré.

—Necesito aire —añadí. Y salí.

El aire olía a madera, a heno y a algo más antiguo. Más real.

Caminé despacio, observando cada detalle, hasta que un sonido suave llamó mi atención. Un roce. Un movimiento.

Giré la cabeza y ahí estaba Kelly. De espaldas, acariciando el cuello de ese caballo negro que ya había visto.

—¿Siempre atacas o a veces hablas?

No se giró de inmediato, se tomó su tiempo, como siempre. Como si cada segundo estuviera bajo su control.

—Depende de si vale la pena.

Entonces se volvió. Y otra vez ese impacto. No había gritos. No había público. No había excusas. Solo nosotros. Y ese espacio reducido y peligroso.

—Podríamos intentarlo —dije.

Ella apoyó un hombro contra la pared, relajada. Pero no, no estaba relajada.

—Podríamos —repitió—. Pero no quiero.

Directa, clara y honesta. La observé en silencio y ella no apartó la mirada ni un segundo.

—No te gusto —dije.

No era una pregunta. Kelly esbozó una sonrisa casi imperceptible.

—No confío en ti.

Eso fue interesante.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

De nuevo, silencio. El caballo resopló suavemente y ninguno de los dos se movió.

—No tienes por qué confiar en mí —dije—. Solo necesitas entender que esto va a pasar.

Error. Lo supe en cuanto lo dije. Porque su mirada cambió. Se endureció, se volvió más intensa.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Sé exactamente lo que hago.

—No —negó, dando un paso hacia mí—. Tú compras cosas. Las transformas. Y te vas.

Cada palabra era un golpe.

—Aquí no funciona así.

—Todo funciona así.

Otro paso más cerca.

—Esto no es un negocio.

—Todo es un negocio.

—No —dijo, casi en un susurro—. Esto es mi vida.

Silencio. Y ahí… Ahí lo vi de verdad. No era solo orgullo ni resistencia. Era miedo. Pérdida. Historia.

Y algo dentro de mí se tensó. Porque eso no era algo que pudiera comprar. Ni controlar. Ni resolver fácilmente.

—Entonces defiéndelo —dije en voz más baja.

Kelly no se apartó. No retrocedió.

—Lo haré —dijo, y lo creí. Completamente.

—¿Todo bien aquí?

La voz rompió el momento como un disparo. Giré la cabeza y vi un hombre grande, inmóvil, mirándome como si ya hubiera decidido que no le gustaba. Ni un poco.

Interesante.

—Perfectamente —respondí.

El hombre no me quitó los ojos de encima.

—No lo parece.

Kelly suspiró.

—Jake…

—Solo pregunto —dijo él, sin dejar de mirarme.

No era una pregunta, era una advertencia. Y la entendí perfectamente.

—Estamos hablando —añadí.

Jake dio un paso más cerca.

—Pues ya has hablado suficiente.

Y de nuevo ese silencio denso, cargado y pesado que empezaba a odiar, nos envolvió a los tres.

Kelly se interpuso ligeramente, un gesto sutil, pero con una finalidad clara.

—Jake, ya está.

Él no se movió, pero la escuchó. A regañadientes.

—Esto no ha terminado —dije, mirando a Kelly.

Jake sonrió sin humor.

—No, no ha terminado.

Pero no hablaba conmigo, hablaba por ella. Y eso… Eso no me gustó nada.

Me alejé sin mirar atrás, pero con algo claro. Muy claro.

Esto ya no era solo un proyecto. Ni una inversión. Ni un plan. Era una batalla. Y lo peor era que empezaba a no importarme quién ganara. Mientras ella estuviera en medio.

El ruido llegó antes que la imagen. Multitud. Voces. Música lejana. Y ese murmullo eléctrico que solo existía cuando algo estaba a punto de empezar.

El rodeo.

Nunca había estado en uno y, si era sincero, nunca me había interesado. Hasta ahora.

—Vale —dijo Sophie, caminando a mi lado con los ojos brillantes—. Esto es oficialmente lo mejor que me ha pasado en semanas.

Miré alrededor. Gradas improvisadas. Familias enteras. Polvo suspendido en el aire. Nada de lujo. Nada de control. Nada de mi mundo.

Y, aun así, había algo. Algo crudo y real.

—Recuerda por qué estamos aquí —dije.

—Sí —respondió ella sin mirarme—. Trabajo, inversión, bla, bla, bla… y tensión sexual no resuelta.

La ignoré, otra vez. Pero no porque no tuviera razón.

Nos colocamos cerca de la valla principal, con una vista directa y perfecta.

—¿Qué prueba es esta? —pregunté.

—Montar caballos salvajes —respondió Sophie con una sonrisa—. Básicamente, gente con instinto de supervivencia cuestionable.

Asentí levemente.

—Interesante.

Pero no estaba mirando el ruedo. Al menos, no todavía. Estaba buscando. Y cuando la encontré, todo lo demás desapareció.

Kelly estaba al otro lado, preparándose. Concentrada, lejos del ruido, lejos de todo. O eso parecía.

Porque cuando levantó la mirada, me encontró. Otra vez. Siempre lo hacía. Como si hubiera un hilo invisible tirando de ambos.

—Oh, no —murmuró Sophie—. Ya estáis otra vez.

No respondí. No podía. Porque algo en la forma en que estaba Kelly ahora era distinto. No era solo la mujer desafiante del rancho, era otra cosa. Más peligrosa, más impresionante.

Un hombre anunció su nombre, el público reaccionó y entonces entró en el ruedo.

El caballo no era el que montaba las otras veces que la había visto. Este era más grande. Más salvaje. Pura fuerza contenida. Perfecto para el espectáculo, imperfecto para sobrevivir.

Kelly se colocó con precisión, sin dudar y sin titubear. Como si lo hubiera hecho mil veces. Como si no existiera el riesgo. Como si el miedo no formara parte de su mundo.

—Está loca —murmuré.

—Está viva —corrigió Sophie.

Y entonces empezó el espectáculo, y el caballo explotó. Literalmente.

Saltos. Giros. Fuerza bruta. Intentando tirarla. Deshacerse de ella. Romperla. Pero Kelly no cayó. Se movía con él, no contra él. Adaptándose. Controlando el caos.

Y durante esos segundos todo el mundo miraba. Pero yo… Yo no estaba viendo un espectáculo. Estaba viendo a alguien que no se rendía. Que no cedía. Que no perdía.

Y entendí algo. Algo incómodo y que no me gustó. No podía vencerla como a cualquier otro obstáculo. Porque ella no funcionaba así.

El tiempo pareció alargarse, segundo tras segundo, hasta que se acabó. Aplausos. Gritos. Polvo. Y una victoria.

Kelly saltó del caballo con elegancia. Intacta, fuerte e imparable. Y cuando volvió a levantar la mirada, me buscó. Y me encontró.

Otra vez.

—Vale —dijo Sophie—. Estoy oficialmente enamorada de ella.

No respondí, porque algo dentro de mí se había movido. Y no tenía nada que ver con negocios.

—Buen espectáculo.

La voz grave llegó a mi lado.

Giré la cabeza y ahí estaba el tal Jake mirándome sin disimulo. Sin intención de parecer amable.

—No es un espectáculo —respondí.

—Claro que lo es —dijo él—. Solo que algunos no entienden lo que están viendo.

Silencio.

—¿Y tú sí? —pregunté.

Jake esbozó una media sonrisa.

—La conozco.

Eso fue suficiente. Más que suficiente.

—Eso no te da ventaja —dije.

—No la necesito.

Nos miramos y sentí la tensión directa. Masculina, simple y peligrosa.

—Deberías mantenerte alejado —añadió.

—Deberías preocuparte por lo tuyo.

Otro silencio. Más denso y más claro.

—Lo hago —respondió él—. Y ella es lo mío.

Ahí estaba. Sin rodeos y sin filtros.

Mi mandíbula se tensó.

—Eso lo decidirá ella.

Jake dio un paso más cerca.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

—Eso ya me lo han dicho.

—Pues empieza a hacer caso.

Lo que siguió fue un silencio largo y pesado. Y entonces… Sonrió.

Pero no era amable.

—No eres su tipo.

Eso fue un error. Porque algo dentro de mí reaccionó. Frío y controlado, pero real.

—No creo que tú lo seas tampoco.

Mi golpe fue directo, y Jake dejó de sonreír. Bien.

El ruido del rodeo volvió a subir. Pero para mí todo se había reducido a una idea. Una certeza incómoda.

No tenía el control. No de la situación. No de ella. Y, por primera vez en mucho tiempo, eso no me hacía retroceder. Me hacía avanzar.

A lo lejos, Kelly salía del ruedo rodeada de gente de voces, de reconocimiento. Pero en cuanto pudo, se apartó. Se alejó buscando aire. Espacio. O quizá lo mismo que yo.

Sin pensarlo demasiado, la seguí.

Capítulo 8

Kelly

El ruido seguía fuera. Pero dentro de mí todo estaba en silencio.

Es curioso cómo funcionaba eso. Podías tener a cientos de personas gritando tu nombre, celebrando, aplaudiendo, y aun así sentir que estás completamente sola en medio del mundo.

Siempre me pasaba después de competir. Después de ganar. Después de demostrar, otra vez, que podía. Que era suficiente. Que nadie iba a volver a humillarme.

Apreté ligeramente las manos mientras caminaba hacia los corrales, dejando atrás el bullicio del rodeo. Necesitaba aire. Espacio. Algo que no estuviera lleno de ojos observándome. De juicios. De expectativas.

Relámpago levantó la cabeza en cuanto me vio acercarme. Siempre lo hacía. Como si supiera exactamente cuándo lo necesitaba.

—Eh… —Murmuré, apoyando la frente contra la suya—. Ya está.

El caballo resopló suavemente. Esa calma era mi ancla.

Cerré los ojos un segundo. Solo uno, pero fue suficiente para que volviera. Su voz. Su mirada. Su forma de no apartarse.

Abrí los ojos despacio.

—De verdad… —Susurré—. ¿Qué narices haces en mi cabeza?

—Probablemente lo mismo que tú en la mía.

Me quedé completamente quieta. No me giré de inmediato. No porque no supiera quién era, sino porque necesitaba ese segundo.

Ese mínimo control antes de enfrentarlo otra vez.

Suspiré, y entonces sí, me giré. Y ahí estaba Ethan Carter, apoyado en la madera del corral, mirándome como si no hubiera nada más alrededor. Como si el mundo se hubiera reducido a ese espacio. A ese momento. A nosotros.

—Impresionante —dijo, directo, sin ironía y sin arrogancia.

Y eso… Eso fue nuevo. Me sorprendió, pero no lo mostré, solo sonreí levemente, ladeando la cabeza.

—No necesito tu aprobación.

Y esta vez no sonó como un ataque. Sonó ligero, casi juguetón. Y en cuanto lo dije… Lo sentí. Ese pequeño cambio. Esa grieta peligrosa. Muy peligrosa.

Esa que Ethan también notó. Lo vi en sus ojos. En la forma en que su expresión cambió apenas un milímetro. Como si hubiera encontrado algo que no esperaba.

—No parecía que lo necesitaras —respondió.

Y después, silencio. Pero no incómodo ni tenso como antes. Era un silencio distinto. Más denso.

Me apoyé en la valla, cruzándome de brazos, intentando mantener algo de distancia. Aunque fuera una ilusión.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Este es mi sitio.

—Ahora mismo también es el mío —contestó y volteé los ojos.

—No te acostumbres.

Y para mi sorpresa, se le dibujó una leve sonrisa.

—No suelo hacerlo.

Otra pausa. Otra mirada demasiado larga. Otra vez esa sensación de que algo se estaba desplazando bajo nuestros pies.

—Has montado bien —añadió.

Eso sí me descolocó. Porque no había condescendencia, ni doble intención evidente. Solo verdad.

Lo miré con más atención.

—¿Sabes algo de caballos?

—Lo suficiente para reconocer cuando alguien tiene el control.

Y de nuevo, silencio. Más profundo y más real. Y sin darme cuenta, bajé la guardia. Pero solo un poco.

—No siempre lo tengo —murmuré.

No sabía por qué había dicho eso. Ni siquiera por qué lo admitía. Pero en cuanto salió, supe que no era solo sobre el rodeo.

Ethan no respondió de inmediato, y cuando lo hizo, su voz fue más baja.

—No lo parece.

Levanté la mirada y ahí estaba otra vez esa intensidad, pero distinta. Menos desafiante, más consciente.

—Las apariencias engañan —dije.

—Lo sé.

Y por alguna razón eso me golpeó más de lo que debería.

—Ah, ¿sí?

Ethan dio un paso hacia mí. Solo uno, pero suficiente.

—Sí.

El silencio volvió a rodearnos y el aire cambió, otra vez.

—¿Qué te pasó?

La pregunta me atravesó. Directa, sin aviso y sin permiso. Mis músculos se tensaron al instante.

—No es asunto tuyo.

—No —admitió—. Pero tampoco parece que lo hayas superado.

Ese sí que fue un golpe bajo y efectivo.

—¿Y tú sí? —repliqué demasiado rápido. Pero ya estaba hecho.

Y entonces vi algo. Algo real. Algo que no encajaba con su imagen perfecta.

Su mirada cambió solo un segundo, pero lo suficiente para que lo notara.

—No —dijo finalmente.

Y en medio de ese nuevo silencio, algo se rompió.

Porque ya no era solo atracción lo que el hombre provocaba en mí. Era reconocimiento. El de dos personas con cicatrices.

No sabía quién dio el primer paso, ni en qué momento dejamos de mantener esa distancia, pero pasó. Y de repente estábamos demasiado cerca, otra vez.

Pero esta vez era diferente. No había rabia ni desafío. Había algo más. Algo que tiraba de mí.

—No deberías acercarte —murmuré, pero no me moví.

Ethan tampoco.

—Tú tampoco —respondió, y su voz sonó más baja. Casi un susurro.

Mi respiración se volvió más lenta, más consciente.

—Entonces aléjate.

—Hazlo tú.

Nos quedamos callados de nuevo y ninguno se movió. Ninguno cedió.

Y entonces su mano rozó la mía, un contacto mínimo. Accidental, o tal vez no. Pero suficiente. Para que todo explotara.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Intenso e innegable. Levanté la mirada de golpe y él ya me estaba mirando. Como si también lo hubiera sentido. Como si supiera exactamente lo que acababa de pasar.

—Esto es una mala idea —susurré.

—Muy mala —dijo, pero no se apartó.

Y yo tampoco.

Por primera vez no quería ganar esa pelea. Y eso… Eso sí que era peligroso.

No debería haber pasado, pero pasó. Y lo peor fue que ninguno de los dos hizo nada por evitarlo.

Seguíamos ahí. Demasiado cerca. Demasiado conscientes. Demasiado implicados.

Podía notar su respiración rozando mi piel. Lenta y controlada, pero no del todo. Como la mía. Como todo en ese momento.

—Esto es una mala idea… —Repetí en voz baja.

Pero ya no sonaba como una advertencia. Sonaba como una rendición.

Ethan inclinó ligeramente la cabeza. Lo justo y suficiente para que no pudiera dejar de mirarle a los ojos.

—Sí —murmuró—. Lo es.

Nuestras miradas se quedaron fijas en la del otro, observando sin decir nada, ni una sola palabra. Y entonces pasó.

No fue brusco ni impulsivo. Fue lento. Como si los dos supiéramos exactamente lo que estábamos haciendo y aun así decidiéramos seguir adelante.

Sus labios rozaron los míos un instante, y en mi cabeza no dejaba de repetir que esa era una línea que todavía podía cruzarse hacia atrás.

Pero no lo hice. No quise. Y en cuanto respondí, todo cambió.

El beso dejó de ser cuidadoso y se volvió real. Profundo y cargado.

No era dulce ni suave. Era contenido. Como si lleváramos demasiado tiempo reteniéndolo. Como si todo lo que no habíamos dicho se hubiera concentrado ahí. En ese contacto. En esa cercanía.

En ese momento que no debería existir.

Mi mano subió sin pensar, agarrando su camisa. Necesitaba anclarme a algo porque todo dentro de mí estaba perdiendo el equilibrio.

Ethan respondió; le sentí más cerca y más firme. Su mano se apoyó en mi cintura. Y eso… Eso terminó de romper cualquier barrera que quedara.

Un escalofrío me recorrió entera. Uno tan intenso como imposible de ignorar. Y entonces me separé de golpe, respirando más rápido de lo que debería. Mirándolo como si acabáramos de hacer algo irreversible.

Porque lo habíamos hecho.

—No… —Murmuré.

Pero no sabía exactamente a qué me refería. A él. Al beso. O a lo que estaba empezando a sentir.

Ethan no intentó retenerme, pero tampoco se alejó.

—Demasiado tarde para eso —dijo en voz baja.

Y tenía razón. Maldita sea, tenía razón.

Me pasé una mano por el pelo, intentando recuperar algo de control. Algo de lógica.

—Esto no cambia nada —dije de manera automática.

Él me observó en silencio. Analizando.

—No —dijo finalmente—. Lo complica.

Solté una risa breve. Sin humor.

—Como si no lo estuviera ya.

Y nos quedamos en silencio, él mirándome y yo evitando sus ojos a toda costa, evitando que pudiera ver lo nerviosa que me estaba poniendo.

—¿Quién fue? —preguntó de pronto.

La pregunta me pilló desprevenida.

—¿Qué?

—El que te hizo desconfiar así.

Y ahí estaba de nuevo, preguntando directo, sin rodeos y sin suavizarlo. Y, por alguna razón, esta vez no me cerré al instante.

Quizá por el beso. Quizá por lo que había visto antes en él. Quizá porque estaba cansada de cargarlo sola.

—Alguien que pensaba que conocía —respondí.

Mi voz salió más baja, más honesta. Ethan no habló, pero no apartó la mirada. Eso me dio espacio, y lo odié.

Porque hizo que siguiera.

—Competíamos juntos —añadí—. Era bueno. Encantador. Todo el mundo le adoraba.

Tragué saliva.

—Yo también.

El recuerdo me golpeó más fuerte de lo que esperaba.

—Hasta que decidió que sería buena idea acostarse con otra… la noche antes de una final.

Apreté la mandíbula.

—Y no contento con eso… lo hizo público.

Ethan frunció ligeramente el ceño.

—¿Público?

Solté una risa amarga.

—Digamos que el rodeo entero se enteró antes de que yo saliera a competir.

El silencio que siguió fue distinto. Más oscuro y más denso.

—¿Y aun así montaste?

—Siempre monto —no era una respuesta, era una declaración.

Una forma de sobrevivir.

Ethan asintió despacio, como si entendiera más de lo que decía.

—Le rompiste la cara, ¿verdad?

Eso me arrancó una media sonrisa real.

—Después de ganar.

Un leve brillo apareció en sus ojos a modo de aprobación.

—Bien.

Y entonces le devolví la pregunta.

—¿Y tú?

No se hizo el tonto ni evitó el tema.

—Prometida —dijo—. Mejor amigo.

No necesitaba más.

—Clásico —murmuré.

—Eficiente —respondió él con frialdad.

Pero había algo más debajo. Algo que reconocí.

—¿Te destrozó?

Lo miré directamente y él me sostuvo la mirada.

—Me enseñó.

Eso… Eso dolía más que cualquier otra respuesta. Porque yo también había aprendido.

A no confiar. A no ceder. A no depender.

Y aun así ahí estaba. Demasiado cerca de alguien que podía romper todo eso. Otra vez.

—Somos un desastre —dije en voz baja.

Ethan dio medio paso más cerca.

—Somos prácticos.

Negué con la cabeza.

—Eso no ha sido práctico.

—No.

Su mirada bajó un segundo a mis labios. Luego volvió a mis ojos.

—Pero ha sido inevitable.

Silencio. Y lo peor es que estaba de acuerdo.

A lo lejos, el ruido del rodeo volvió a colarse en el ambiente, recordándonos dónde estábamos. Quiénes éramos. Lo que había en juego.

Me separé un poco más. Necesitaba distancia. Necesitaba pensar.

—Esto no puede pasar —dije, más firme esta vez. Más yo.

Ethan no se movió.

—Va a pasar.

—No.

—Sí —contestó con seguridad y lo fulminé con la mirada.

—No siempre consigues lo que quieres.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—No es cuestión de querer —dijo, e hizo una pausa—. Es cuestión de que tú tampoco quieres parar.

Esta vez el golpe vino mucho más directo y sin que lo esperase. Y eso… Eso fue lo más peligroso de todo.

Porque por primera vez no estaba luchando contra él. Estaba luchando contra mí misma. Y no tenía claro quién iba a ganar.

Capítulo 9

Kelly

No debería haber pasado. Y, sin embargo… No podía dejar de recordarlo.

El beso. El maldito beso.

Cada vez que cerraba los ojos, volvía a sentirlo. La presión de sus labios. La forma en que todo dentro de mí había reaccionado sin permiso. Sin lógica. Sin control.

Apreté los dientes mientras empujaba la puerta de la casa principal.

—*No* —murmuré para mí misma—. *Ni se te ocurra.*

Pero no era tan fácil. Nunca lo era. Porque aquello no había sido solo físico. Había sido un reconocimiento. Y eso era lo que más miedo daba.

El olor a comida me golpeó en cuanto entré. Familiar, cálido y seguro. Todo lo que necesitaba. O lo que intentaba convencerme de que necesitaba.

—¡Kelly! —la voz de María llegó desde la cocina—. Lávate las manos y siéntate, que hoy no espero a nadie.

—Ya voy.

Esto era simplemente perfecto. Rutina, normalidad y control. Exactamente lo que me hacía falta.

La mesa estaba llena, como siempre.

Mi padre en su sitio habitual, serio pero tranquilo. Liam revisando algo en el móvil. Noah, relajado, con esa sonrisa suya que nunca prometía nada bueno. Y, por supuesto, la abuela Evie, observándolo todo como si ya supiera exactamente lo que iba a pasar.

Eso no me gustó nada. Me senté sin decir demasiado.

—¿Buen día? —preguntó mi padre.

—Normal.

Mentira, pero suficiente para que no insistiera.

Noah me miró de reojo.

—Eso en tu idioma significa que ha pasado algo.

—Eso en el tuyo significa que te calles.

Sonrió.

—Confirmado.

Volteé los ojos, pero agradecí el momento. Porque me daba algo en lo que apoyarme. Algo que no fuera… Él.

—Hoy he visto a Margaret —dijo mi padre de pronto.

Y todo se detuvo. Mi mano se quedó suspendida en el aire. Perfecto. Justo lo que necesitaba. Más de él. Más de su mundo.

—¿En serio? —preguntó Liam y mi padre asintió despacio.

—Sí.

—¿Y qué tal está? —añadió Noah.

Mi padre se tomó su tiempo antes de responder.

—Igual.

Esa palabra… No significaba nada y lo significaba todo.

—Margaret Carter… —Murmuró mi abuela, apoyando la barbilla en la mano—. Esa mujer siempre tuvo algo especial.

Le lancé una mirada.

—¿La conocías?

Mi abuela sonrió.

—Cariño, este pueblo no tiene secretos para mí.

Eso era preocupante.

—Era amiga nuestra —intervino mi padre—. Mía… y de vuestra madre.

Eso me hizo tensarme. Siempre que hablábamos de mi madre, algo dentro de mí se movía.

—¿Amiga cercana? —preguntó Liam y mi padre dudó.

Fue solo un segundo, pero lo vi.

—Sí —respondió finalmente—. Muy cercana.

Y el silencio que siguió fue denso. De esos que decían más que cualquier explicación.

La abuela suspiró suavemente.

—Lo pasó mal cuando ocurrió todo.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

Mi abuela me miró, y por primera vez no había humor en su expresión.

—Irse.

—Eso no explica nada.

—No todo tiene que explicarse —dijo ella.

—A mí sí.

Porque no me gustaban los vacíos. No me gustaban las historias a medias. No después de lo que había vivido.

La abuela ladeó la cabeza.

—Digamos que… no quería quedarse por cómo iban a cambiar las cosas para ella y su familia.

Eso sí sonaba a algo, pero nadie añadió más. Y eso me frustró. Mucho.

—Ahora entiendo algo —añadió la abuela de pronto y la miré.

—¿El qué?

Sonrió lentamente.

—Creo que vi a ese chico una vez.

—¿Qué chico? —preguntó Noah.

—El hijo de Margaret —respondió—. Era pequeño. Un verano. En el rancho de los Carter.

Mi estómago se tensó. No necesitaba más detalles.

—¿En serio? —preguntó Liam, y la abuela asintió.

—Sí… pero no volvió.

Perfecto. Encajaba demasiado bien.

—Claro que no volvió —murmuré.

Todos me miraron.

—¿Por qué? —preguntó mi padre.

Clavé el tenedor en el plato con más fuerza de la necesaria.

—Porque es un buitre.

—Kelly… —Empezó Liam.

—¿Qué? —repliqué—. Lleva años sin pisar esas tierras y ahora aparece para destruir lo único que su abuelo dejó.

Mi voz subió, no mucho, pero lo suficiente.

—No tiene sentido.

—Quizá sí lo tenga —dijo mi abuela con calma, y la miré, incrédula.

—¿Perdona?

—Quizá no recuerda —continuó—. O quizá… no quiere recordar.

Negué con la cabeza.

—Eso no justifica nada.
—No —admitió ella—. Pero lo explica.

—Pues a mí no me importa.

Mentira. Maldita mentira. Porque me importaba demasiado.

—Si recordara lo que era ese lugar… —añadió mi abuela— estaría deseando quedarse.

Apreté la mandíbula al escucharla.

—Pues no lo hace.

—¿Estás segura?

No respondí, porque no lo estaba. Y eso… Eso me molestó más de lo que debería.

La conversación siguió, pero yo ya no estaba ahí. Mi cabeza se había ido.

A los corrales. A ese momento. A ese beso.

—*Eres idiota, Kelly* —murmuré para mí misma.

—¿Decías? —preguntó Noah.

—Nada.

Pero no era nada. Era todo. Porque había cruzado una línea. Una que no debería haber tocado nunca.

No podía volver a pasar, no con él, con el enemigo. Con alguien que podía destruir todo lo que importaba.

Y, aun así, una parte de mí no estaba de acuerdo. Y eso era lo que realmente daba miedo.

Salí del comedor como un huracán.

No quería llorar, no quería desbordarme, pero el recuerdo de Ethan seguía pegado a mí como si fuera imposible despegarme.

Y entonces apareció Jake.

—Kelly —dijo con voz grave, sin preámbulos—. ¿Qué te pasa?

Me detuve en seco.

—Nada.

—Nada, no es la forma en que caminas, no es la forma en que hablas, no es la forma en que respiras —replicó él, con esa mirada dura que siempre me hacía sentir vulnerable y protegida al mismo tiempo.

Y suspiré.

—Solo estoy… cansada.

—¿Cansada? —dijo con una ceja arqueada—. ¿De qué?

No respondí. No podía.

Jake dio un paso más cerca, demasiado cerca para que me sintiera cómoda. Y, aun así, algo en mí quería que lo hiciera. Maldita sea.

—Kelly, dime la verdad —insistió—. Sé cuándo algo te preocupa. Y esto… esto te está carcomiendo por dentro.

Negué con la cabeza, pero él no se movió.

—No puedo —murmuré—. No puedo hablar de eso.

—¿Ethan Carter? —susurró, y el nombre me hizo saltar.

—¿Qué? —pregunté con una frialdad demasiado fingida.

—No juegues —dijo, y su voz se tensó ligeramente—. Lo vi en tus ojos desde que llegó. No tienes que decirlo, pero sé que lo has visto. Que lo has sentido.

Tragué saliva, intentando calmar el torbellino en mi pecho.

—No… no es lo que crees.

—Sí lo es —replicó, casi cortante—. Y te digo algo: no me gusta verlo cerca de ti. No me gusta cómo te mira, cómo lo miras tú. Y no me gusta cómo te estás rompiendo por dentro sin que nadie lo sepa.

Mi respiración se volvió más rápida.

—Jake… —Susurré, casi rogando—. No es tu problema.

—Sí lo es —replicó—. Porque si te pasa algo, si alguien te hace daño, voy a estar ahí. Siempre. Y no quiero fingir que no siento celos.

Me quedé paralizada. Celos. Jake. De Ethan. Eso era nuevo.

—Jake, esto… —Empecé—. No puedo. No debo.

—Ya lo sé —dijo con un suspiro—. Pero eso no va a impedir que lo sientas, ¿verdad?

Negué, incapaz de mentir. Y entonces lo entendí. Lo entendí de golpe: estaba atrapada entre dos mundos.

Entre lo que debía hacer y lo que sentía. Entre la lógica y el corazón. Entre lo seguro y lo peligroso.

—Te has metido en problemas, Kelly —murmuró—. Y no hablo solo de Ethan Carter. Hablo de ti. De lo que pasa dentro de ti.

Bajé la mirada y, por primera vez, sentí que la coraza que llevaba puesta desde hacía años empezaba a resquebrajarse.

—Lo sé —susurré—. Y me odio por ello.

—No deberías —dijo Jake, suavizando la voz—. Solo… ten cuidado. Porque lo que empieza como un roce, un juego, puede acabar… destruyéndote.

Y tenía razón. Porque cada recuerdo de Ethan, cada roce, cada mirada, cada palabra contenida, ardía dentro de mí como fuego bajo la piel.

—No volveré a acercarme a él —me prometí a mí misma, con el corazón latiendo desbocado—. Ni de este modo… ni de ningún otro.

Jake me observó, serio, como evaluando si podía confiar en mi palabra.

—Espero que así sea —dijo finalmente—. Porque si no… no quiero ni pensar en lo que podría pasar.

Me giré, dejando que el aire frío del porche me golpeara. Respiré hondo, intentando calmar la tormenta dentro de mí. Pero sabía, con un miedo que no quería admitir, que aquello no había hecho más que empezar.

Intenté recomponerme. Intenté respirar como si nada hubiera pasado.

Como si Ethan no estuviera rondando el rancho. Como si Jake no me hubiera descubierto. Como si mi propio corazón no estuviera latiendo a mil por hora.

Pero no podía. Porque incluso al pasar por los establos, todo me recordaba a él: la madera gastada, el olor a heno y cuero, la forma en que el viento levantaba el polvo dorado de los pastos… Todo parecía resonar con su presencia invisible.

Y entonces lo vi.

Ethan, junto a aquella mujer que lo acompañaba el día que fui a sus tierras, observando los caballos.

Su postura era tranquila, controlada, pero podía ver que me buscaba entre los ojos de cada animal, cada movimiento. Y cuando me encontró, el aire se tensó.

—Kelly —dijo, sin moverse—. Buenos días.

Su voz era tranquila, pero cargada de algo que no podía definir. Atracción. Reticencia. Un peligro que yo sentía en cada fibra.

—Buenos días —respondí, casi inaudible. Intentando no mostrar el efecto que tenía sobre mí.

Ella sonrió divertida y me lanzó una mirada que decía "ya lo sabía".

—Parece que alguien está distraída —murmuró, coqueta.

Negué con la cabeza y seguí con mi trabajo. No podía… no debía… mirarlo demasiado.

Pero él no se movió. No apartó la mirada.

—Ese caballo es fuerte —dije finalmente, intentando romper la tensión.

—Como su jinete —contestó él, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Mi corazón se detuvo un instante, y entonces escuché a Jake.

—¡Kelly! —gritó desde la otra punta del corral, con su voz grave—. Necesito que me ayudes con Relámpago antes de que empiece el entrenamiento de esta tarde.

Mi respiración se aceleró.

—Ya voy —respondí, tratando de ignorar que Ethan seguía allí, con esa mirada fija, evaluándome.

Jake no parecía feliz con mi distracción. Se acercó lo suficiente para rozar mi hombro y me lanzó una mirada que decía "no te acerques demasiado a él".

Lo odié por sentir que necesitaba su protección. Lo odié porque Jake sintiera celos de Ethan. Lo odié por sentirme confundida.

Mientras trabajábamos con los caballos, mi mente seguía volviendo al beso. A su calor. A la intensidad de su mirada. A cómo todo dentro de mí había reaccionado sin control.

—Kelly —dijo Jake finalmente, rompiendo mis pensamientos—. Vas a tener que enfrentarte a él tarde o temprano. Y no me refiero a que habléis de los caballos.

Asentí sin decir nada, porque sabía que tenía razón. Porque sabía que tarde o temprano tendría que decidir si podía resistirse a Ethan o si iba a dejar que él arrasara con todo lo que había jurado proteger.

Y entonces apareció mi familia.

Mi padre y la abuela pasaron cerca, con miradas que parecían decir "ya sabemos lo que está pasando". Liam se detuvo un instante y me lanzó una sonrisa cómplice, como si adivinara que había pasado algo entre Ethan y yo.

Noah, por su parte, parecía concentrado en todo menos en nosotros, pero su mirada ocasional me hacía sentir que no podía esconder nada.

Y ahí estaba él, Ethan, cruzando los establos con pasos lentos y seguros. Cada movimiento suyo recordándome que no era solo un visitante en mi rancho. Era un intruso en mi corazón.

—Kelly —dijo, más cerca esta vez—. Necesito hablar contigo.

Intenté mantenerme firme.

—No hay nada que decir.

—Sí lo hay —respondió, con esa voz baja y firme—. Porque esto no se detiene con un beso.

Mi respiración se volvió rápida.

—Pues detente —susurré, casi rogando.

—No puedo —dijo él, acercándose todavía más, y su mano rozó la mía al pasar por mi lado.

Un roce breve, casual, pero que me recorrió todo el cuerpo como un latigazo.

Y entonces lo entendí: No podía escapar. No podía fingir que nada había pasado. No podía luchar contra lo que sentía.

Y eso… era lo más aterrador de todo.

Capítulo 10

Ethan

No debería importarme. Debería mantenerme distante. Mantener la cabeza fría. Centrarme en el proyecto. En los negocios. En el hotel que quería construir en las tierras heredadas de mi abuelo.

Pero no podía. Porque allí estaba ella. Kelly Callahan, en medio de los establos, riendo con su capataz.

Jake no se separaba de ella ni un segundo. Tocaban los caballos, bromeaban, se rozaban las manos mientras ajustaban las monturas. Se les veía demasiado cercanos. Demasiado cómodos.

Y me ardía el pecho solo de mirar.

—Tu capataz parece… cercano —dije finalmente, rompiendo el silencio mientras me acercaba al porche cuando él se marchó.

Kelly se giró lentamente hacia mí, y sentí sus ojos verdes intensos evaluándome como si leyera cada pensamiento. Sonrió con ironía.

—¿Te molesta? —preguntó, juguetona.

Mi mandíbula se tensó.

—Nada me molesta —dije, frío.

Ella dio un paso hacia mí, acortando la distancia. El aroma de su cabello, el calor que desprendía, me hicieron olvidar las palabras que debía decir.

—Entonces deja de actuar como si sí lo hiciera —susurró, apenas rozando mi brazo mientras pasaba.

El aire entre nosotros se cargó de electricidad. De un silencio tenso y de miradas que decían demasiado. Cada gesto suyo era un desafío que no podía ignorar.

Intenté distraerme mirando los caballos. Relámpago pastaba tranquilamente, ignorando la tensión humana alrededor. Pero ni siquiera eso funcionó.

Todo a mi alrededor parecía girar en torno a ella.

Más tarde, durante el almuerzo en el porche, no pude evitar observar cómo Kelly se inclinaba hacia Jake para ajustar la silla de montar de un potro. Su risa resonaba ligera, encantadora. Y Jake… se inclinaba hacia ella, con esa mirada protectora y divertida que me hacía querer desaparecer.

No debería importarme. Y, sin embargo, cada risa suya, cada roce, cada gesto, me molestaba.

Me levanté antes de que pudiera ser peor, paseando por el límite del rancho, intentando recuperar el control. Pero nada funcionaba. Nada podía borrar esa sensación.

—¿Ethan? —la voz de Sophie me sacó de mis pensamientos—. ¿Todo bien?

—Sí —mentí, apretando los puños—. Todo bien.

Pero no estaba bien. Porque me encontraba atrapado entre dos mundos: el negocio que debía proteger y ella, que me arrastraba sin permiso. Y no podía decidir cuál era más peligroso.

No debería haber venido, pero mi madre insistió en que Sophie conociera un rancho de verdad, uno lleno de vida, de caballos y ganado. Y aquí estaba yo, arrastrado a traerla y a ver cómo la mujer a la que había besado y me había dejado tocado se mostraba demasiado cariñosa con su capataz.

Mientras me alejaba de todos para mirar el horizonte del rancho, el móvil vibró en mi bolsillo. Al mirar, vi que era un mensaje de los inversores del proyecto que no se andaban con rodeos; querían acelerar la construcción del hotel. Presión. Plazos ajustados. Decisiones inmediatas.

Mi mente se dividió: la responsabilidad de la empresa y la atracción que no podía controlar.

Quería concentrarme en los números, en las reuniones, en las licencias. Pero cada vez que cerraba los ojos, aparecía ella. Sus ojos verdes, su sonrisa desafiante, la curva de sus labios cuando me provocaba sin esfuerzo.

Negué con la cabeza. No podía seguir así, no podía distraerme de lo que me había traído a este lugar.

Y, aun así, no podía dejar de imaginar a Kelly caminando entre los establos, con Jake a su lado, con esa risa que me desarmaba.

El sol se estaba poniendo. Las sombras alargadas de los árboles dibujaban líneas sobre los pastos verdes.

Yo permanecí allí, inmóvil. Observando. Calculando. Y sintiendo algo que jamás había sentido antes: celos y deseo, mezclados con un respeto que me impedía acercarme demasiado.

Y lo peor de todo es que sabía que no había vuelta atrás.

Jake apareció de repente, saliendo de entre los establos con esa postura que siempre anunciaba problemas. Me observó, frunciendo el ceño, y se acercó sin pedir permiso.

—Carter —dijo, firme, sin esconder la tensión en su voz—. ¿Todo bien?

Mi ceño se frunció.

—¿Qué quieres decir con "todo bien"? —pregunté, manteniendo la calma que estaba a punto de escaparse.

—No hagas como si no lo supieras —replicó, acercándose aún más —. Estás demasiado pendiente de Kelly.

Ignoré la punzada de celos y tensión que me recorrió el pecho.

—Mi interés no es asunto tuyo —dije, con voz fría, y Jake me miró con los ojos brillando de ira contenida.

—Porque crees que no me doy cuenta de cómo la miras. Cómo reaccionas cuando ella se acerca a mí, o cuando te sonríe. No me gusta —dijo, cada palabra marcada por los años de confianza y cercanía que tenía con Kelly.

—Jake… —Intenté mantener la calma—. No deberías…

—No digas nada. No necesito tus explicaciones. Solo quiero que entiendas algo: todo lo que a Kelly se refiere, me incumbe. Y si intentas acercarte de la manera en que estás intentando… vas a tener problemas —advirtió, tenso, con cada músculo de su cuerpo preparado para cualquier cosa.

Me mantuve firme, sin moverme ni un milímetro. Pero por dentro estaba completamente alterado. Su cercanía, la forma en que protegía a Kelly, lo intenso de su mirada, todo eso me recordaba que no podía controlarlo todo.

—Jake —dije finalmente, bajando un poco la voz—. No estoy aquí para pelear contigo.

—Claro que no —replicó, sin suavizarse—. Pero no me subestimes. Porque no voy a permitir que nadie le haga daño. Ni tú, ni nadie.

La tensión entre nosotros era palpable. Y justo en ese momento, apareció Kelly, caminando con ese paso seguro, con los ojos brillantes, ajena a la tormenta que acababa de formarse entre su capataz y yo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó, con esa voz firme que siempre conseguía que todo se detuviera a su alrededor.

—Nada —dije, tratando de recuperar la compostura—. Solo estábamos hablando de los caballos.

—Ah, ¿sí? —dijo ella, ladeando la cabeza y sonriendo levemente—. Parecía más que eso.

El silencio fue pesado. Todos los trabajadores del rancho nos miraban desde la distancia, sintiendo la electricidad en el aire. Sophie observaba fascinada, como siempre, con esa sonrisa que parecía decir "esto va a explotar".

—Más vale que aquí —nos señaló a Jake y a mí— esté todo bien — dijo finalmente, con esa habilidad que tenía de poner calma donde solo hay caos—. Vamos a entrenar a Relámpago.

Jake me lanzó una mirada que decía: "Esto no termina aquí". Yo lo miré de vuelta, y por primera vez, dejé que la rabia y los celos se mezclaran con la fascinación que sentía por Kelly.

—Sí —dije, más para mí que para ellos—. Vamos a ver quién domina este territorio.

Más tarde, cuando el sol comenzaba a esconderse tras los pastos, me quedé observando el rancho desde lejos.

Kelly entrenaba con su caballo, y cada movimiento suyo parecía marcar territorio, no solo sobre el rancho, sino sobre mi corazón. Cada risa suya, cada gesto natural con Jake, cada mirada que me lanzaba cuando creía que no la veía, todo me consumía.

Mis pensamientos se mezclaban: inversión, hotel, negocios… y ella. No podía combinar esos mundos. No debía. Pero cada fibra de mi cuerpo estaba alerta, hipnotizada.

La tensión que sentía no era solo profesional ni territorial. Era personal. Y eso era más peligroso que cualquier desafío empresarial que hubiera enfrentado en mi vida.

Porque en ese momento, entendí algo con una claridad aterradora: no podía ignorarla. No podía proteger mi proyecto ni mi corazón. No sin que ambos se vieran envueltos en un fuego que acababa de comenzar.

Y mientras el rancho se extendía frente a mí, con los establos, los caballos y la figura firme de Kelly dominando cada paso, supe que el verdadero desafío no había hecho más que empezar.

Capítulo 11

Kelly

El sol se levantaba lentamente sobre los pastos, iluminando cada rincón del rancho. Yo intentaba concentrarme en entrenar a Relámpago, pero no podía. Mi mente seguía atrapada en la tensión de Ethan, en la cercanía de Jake y en lo que todos estaban viendo y juzgando.

—Kelly —susurró Clara mientras me ajustaba la silla—. Te gusta.

La miré, sorprendida por su franqueza.

—Me irrita —respondí, forzando una sonrisa, negando algo que era evidente incluso para ella.

—Es lo mismo en tu caso —dijo con firmeza—. Solo que te niegas a admitirlo.

Suspiré. Clara siempre encontraba la forma de tocar donde dolía.

—No se trata de eso —murmuré, acariciando el lomo de Relámpago —. Se trata de no dejar que nadie tenga poder sobre mí.

Clara asintió, pero su expresión no se suavizó.

—Sé por qué lo dices, Kelly. Tu ex. La humillación. La traición en medio del público… eso te marcó —dijo con voz baja.

El recuerdo me atravesó como un látigo.

Él, la otra competidora, las risas del público. La sensación de ser vulnerable, expuesta, humillada. Desde ese día, no había permitido que nadie me viera débil. No podía ni debía dejar que lo hicieran.

—Sí —susurré, más para mí que para ella—. Y no volverá a pasar.

Clara me miró con ternura y firmeza.

—Entonces déjate sentir algo por él —dijo—. No tienes que ser invulnerable todo el tiempo.

Negué con la cabeza, aunque su comentario me removió algo por dentro.

Más tarde, mientras acomodaba las riendas y revisaba los caballos, Jake se acercó, con esa presencia sólida y cálida que le acompañaba siempre.

—Si ese tipo te hace daño… —dijo, con esa seriedad que no admitía bromas.

—No tiene ese poder —contesté, intentando sonar convincente, aunque mi voz traicionó mi duda.

Él frunció el ceño, acercándose un paso más.

—Kelly… no finjas que puedes controlarlo todo. No puedes.

—Puedo —susurré, bajando la mirada, intentando no mostrar lo que sentía.

Pero sabía que no era verdad. Porque algo dentro de mí temblaba cada vez que Ethan estaba cerca, incluso cuando no decía nada.

Jake suspiró y se alejó un poco, dejando que yo respirara, aunque su mirada seguía fija en mí.

La noche cayó sin avisar. La casa se sumió en un silencio solo interrumpido por los grillos y el viento que movía los árboles. Intenté dormir, pero la mente no me dejaba. Todo volvía a él.

Salí al porche y comencé a caminar, como tantas veces, buscando esa paz que me daba la tranquilidad y la calma de la noche en el rancho. Y para mi sorpresa, cuando llegué casi sin darme cuenta a la zona que colindaba con las tierras del difunto señor Carter, allí estaba, inesperadamente, Ethan. De pie, inmóvil, como si también estuviera atrapado en la misma tensión que yo sentía.

No hablamos al principio, solo nos quedamos mirando, respirando bajo la misma luna y el mismo cielo oscuro de la noche texana.

—No confías en nadie —dijo finalmente, y su voz grave cortó el aire.

—Y tú no sientes nada —contesté, intentando que la ironía escondiera la verdad.

Se acercó un paso, solo uno. Y la distancia entre nosotros se volvió insoportable.

—Error —murmuró, con sus ojos fijos en los míos, cargados de algo que me hacía temblar.

—Demuéstralo —susurré, sintiendo cómo mi corazón latía demasiado rápido.

Me incliné hacia él, un gesto impulsivo, casi temerario. Y entonces el sonido de su móvil irrumpió en la escena, rompiendo la tensión.

El momento se deshizo, como si nunca hubiera existido. Pero yo sabía que no había sido un error. Que lo que sentía por Ethan no era solo atracción, era mucho más peligroso.

Y estaba empezando a descubrir que no podía controlarlo.

Al día siguiente, la tensión parecía haberse multiplicado. Cada vez que pensaba en Ethan, mi pecho se tensaba, mis manos temblaban levemente y mis ojos lo buscaban sin que pudiera evitarlo, pensando en que en cualquier momento podría aparecer.

Pero la gota que colmó el vaso ocurrió mientras revisábamos a los caballos antes del entrenamiento, cuando vi que Ethan estaba allí, observando. Sophie, su asistente, no se separaba de él, como siempre, pero esta vez parecía más consciente de lo que sucedía.

Y entonces Jake apareció detrás de mí. Su presencia era un muro sólido, y su mirada decía algo que no necesitaba palabras: "Si te acercas demasiado, vas a pagarlo."

—Kelly —susurró, apretando mi brazo con fuerza mientras yo sujetaba las riendas de Relámpago—. No dejes que ese tipo juegue contigo.

—No tiene ese poder —respondí, intentando mantener la fachada de seguridad. Pero Jake no parecía convencido.

Ethan dio un paso hacia mí, tan cerca que podía sentir el calor que desprendía.

—Me alegra verte tan… concentrada —dijo, con voz baja, pero cargada de intención.

Mi respiración se volvió irregular. Intenté retroceder, pero el roce de sus dedos al ajustar la silla de montar me detuvo. La electricidad entre nosotros se sentía como una descarga que me recorría de pies a cabeza.

—Siempre tan provocador —respondí, tratando de sonar fría y distante.

—Solo observo lo que me pertenece —dijo él, sonriendo de manera que me hizo hervir por dentro.

Jake lo vio. Su ceño se frunció, sus músculos se tensaron y de pronto se interpuso entre nosotros.

—No te acerques tanto, Carter.

Mi corazón dio un vuelco. La voz de Jake tenía un tono que nunca había escuchado antes: mezcla de rabia y protección absoluta.

—Solo estoy observando —contestó Ethan, sin moverse ni tan siquiera un milímetro—. No necesito tocar nada para saber lo que me interesa.

—¡Ella no es un juego! —gritó Jake, dándose cuenta de que yo también podía escuchar la furia contenida en sus palabras.

Por un instante, todo quedó en silencio. Los trabajadores del rancho se habían detenido, mirándonos. Incluso Clara, desde la distancia, me lanzaba una mirada que decía "ya lo sabía".

—Basta —dije, intentando romper el momento—. No hay nada que discutir.

Pero no sirvió.

Ethan y Jake se quedaron frente a mí, como si yo fuera el centro de un conflicto que no podía controlar. Y yo, en medio, sentí cómo mi propio corazón se rompía en mil pedazos: entre la atracción y la lealtad, entre la seguridad y la tormenta que representaban ambos hombres en mi vida.

Entonces Ethan sonrió, esa sonrisa provocadora que siempre me dejaba sin aire, y dijo:

—No es cuestión de jugar. Solo estoy reclamando lo que me interesa.

Jake apretó los puños, respirando con fuerza.

—Ella no te pertenece —escupió entre dientes.

Y en ese momento mi pecho se llenó de algo peligroso: deseo, miedo y la sensación de que todo podía salirse de control en cualquier momento.

No podía apartar la mirada de Ethan, y tampoco quería. Y, sin darme cuenta, estaba rompiendo las reglas que me había impuesto durante años.

Porque por primera vez desde que me humillaron, sentí que podía ser vulnerable. Y eso dolía.

Pero dolía aún más la certeza de que no podía controlar lo que estaba empezando a sentir.

El aire estaba cargado. No había viento, y, aun así, parecía que todo el rancho contenía la respiración.

Ethan estaba demasiado cerca. Cada gesto suyo, cada palabra, cada mirada medía un territorio que yo pensaba tener bajo control, hasta que apareció él.

—No deberías estar tan cerca —dije, intentando mantener firme el tono que siempre usaba para protegerme.

Jake se había apartado, pero aun en la distancia me observaba, atento a lo que pudiera hacer Ethan.

No sabía qué hacía en mi rancho, si estaba calculando hasta dónde podía invadir las tierras de mi familia o solo era curiosidad, pero su sola presencia me afectaba más de lo que admitiría jamás.

—No estoy aquí para hacerte daño —contestó con esa calma que resultaba tan peligrosa.

Sus ojos azules me atravesaban, y yo sentí cómo mis propias defensas, construidas durante años de humillación y traición, empezaban a resquebrajarse.

—No te tengo miedo —murmuré, aunque mi voz traicionaba mi mente.

—Error —dijo, bajando la voz hasta un susurro que se me pegó a la piel como un roce eléctrico—. Todo lo que sientes, incluso lo que niegas, es por mí.

Me quedé paralizada. Nunca nadie había sido tan directo, tan profundo, tan intrusivo en mis emociones. Nunca nadie había hecho que quisiera acercarme y, al mismo tiempo, salir corriendo.

Me acerqué un paso, controlando mi respiración. Quería tocarlo, pero no podía. Quería dejarme llevar, pero recordé lo que me había prometido a mí misma: no volver a ser vulnerable jamás. No volver a ser débil. No permitir que otro hombre pudiera herirme.

—Demuéstralo —susurré, apenas con un hilo de voz, más para mí que para él.

Y entonces, incliné ligeramente la cabeza hacia él. Podía sentir el calor de su aliento, la fuerza contenida en su cuerpo. Cada segundo se prolongaba; el tiempo parecía detenerse. La línea entre nosotros era tan fina que podía romperse con un simple gesto.

Estaba a punto de cruzarla. Y él también. Hasta que escuché mi nombre.

—¡Kelly! ¡Relámpago se está soltando del corral! —gritó uno de los trabajadores desde la distancia, rompiendo el momento con un estruendo de urgencia.

El hechizo se rompió. Los latidos de mi corazón todavía resonaban con fuerza, pero la realidad regresó. Ethan retrocedió un paso, y yo me aparté del todo, como si el aire hubiera sido cortado por un cuchillo invisible.

—No debemos —murmuré, intentando recomponerme.

—Tal vez no —dijo Ethan, aún cerca, con una media sonrisa que prometía que esto no había terminado—. Pero esto… esto no ha acabado, Kelly.

Sus palabras quedaron flotando en el aire mientras yo me giraba para atender a Relámpago y controlar la situación en los corrales.

Por dentro, sin embargo, sabía la verdad: cada encuentro con él me dejaba más vulnerable, más consciente de que mis defensas estaban cayendo. Y también más consciente de que no había vuelta atrás.

Porque Ethan no era solo un enemigo. Era algo más peligroso, algo que no podía controlar.

Y eso me aterraba tanto como me excitaba.

Capítulo 12

Kelly

Esa noche, después de que Relámpago estuviera asegurado en el establo y los trabajadores regresaran a la casa, me quedé sola en el porche. El aire fresco me golpeaba la cara, pero no ayudaba a calmar la tormenta que tenía dentro.

Todo había sucedido demasiado rápido. La cercanía de Ethan, sus palabras, el roce de su mirada. Algo se había encendido en mí que no podía apagar.

No podía permitirme nada de esto. Era un enemigo. No respetaba el legado de su abuelo. Podría querer parte de las tierras de mi familia y destruir mi propio legado. Pero cada pensamiento racional se estrellaba contra la realidad de lo que sentía.

Mi pecho dolía con una mezcla de excitación y culpa. Sabía que lo que estaba empezando a sentir era peligroso, que podía arruinarlo todo: el rancho, mi corazón, la estabilidad de mi familia y, por supuesto, el delicado equilibrio que mantenía con Jake.

Y no podía dejar de pensar en cómo me había mirado hoy Jake. Su tensión, su preocupación, incluso su enfado. Cada vez que Ethan se acercaba, Jake reaccionaba, y yo no podía ignorarlo. La culpa se mezclaba con la atracción que sentía por Ethan, y el peso de todo me estaba aplastando.

Me apoyé contra la barandilla, intentando tomar aire. Mi mente viajaba al pasado: a mi ex, a la humillación en el rodeo, a la traición pública que me enseñó a no ser vulnerable nunca más. Eso no podía repetirse. No debía.

Pero Ethan… Ethan no era mi ex. Y, aun así, despertaba en mí cosas que no había sentido en años: deseo, curiosidad, desafío, incluso miedo.

—*Maldita sea* —susurré al viento, sintiendo cómo un temblor recorría mi cuerpo.

Un ruido a mi espalda me hizo girarme y al mirar, vi que Jake estaba allí, observándome sin decir ni una sola palabra. Sus ojos brillaban con una intensidad que me hizo enmudecer.

—Kelly —dijo suavemente, aunque con firmeza—. Si te hace daño… no sé qué le haré.

—No tiene ese poder —respondí, una vez más intentando convencernos a ambos. Pero mi voz tembló.

Él dio un paso más cerca y luego se detuvo, como si supiera que cualquier movimiento podría cruzar una línea invisible.

—No eres honesta contigo misma —susurró, y por un instante, la vulnerabilidad que había mantenido enterrada durante años se asomó.

Le lancé una mirada rápida y desvié la mirada hacia los pastos. Sabía que tenía razón. No era honesta, ni conmigo, ni con nadie.

El silencio se prolongó. Podía escuchar los grillos, el viento y, en mi cabeza, el eco del susurro de Ethan: “Esto no ha acabado”.

Sabía que no había vuelta atrás. Y cuando Jake se marchó, mientras me apoyaba en la barandilla, dejando que la noche me envolviera, entendí algo con una claridad innegable: si me dejaba llevar, si cedía, aunque tan solo fuera un poco, todo cambiaría. Para siempre.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, también supe que quizás quería arriesgarme.

Suspiré, me aparté de la barandilla y caminé hacia los establos, con la intención de revisar a Relámpago una vez más. Quería distraerme, concentrarme en algo que pudiera controlar. Pero no estaba sola.

Ethan apareció de repente entre las sombras, apoyado contra la madera del corral, con los brazos cruzados y esa sonrisa que me hacía perder la noción de todo.

—No deberías estar aquí —dije, tratando de sonar dura.

—Tú tampoco deberías estar sola —replicó, caminando un paso hacia mí, y no tenía la menor duda de que cada movimiento era calculado, además de peligroso.

El aire se volvió denso, como si cada partícula conspirara para que cediéramos a lo que sentíamos y no admitíamos.

—No voy a caer en tus juegos —susurré, más para mí que para él.

—No es un juego, Kelly —dijo, acercándose otro paso, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo—. Y creo que tú tampoco quieres que lo sea.

Mi corazón latía desbocado, la respiración se me cortaba. Cada palabra, cada mirada, cada gesto suyo me empujaba hacia un límite que no debía cruzar. Y, aun así, un pequeño y peligroso deseo me hacía avanzar hacia él.

—Eres un problema —susurró, y su voz tenía un tono casi provocador, casi seductor.

—Aún no sabes cuánto —respondí, con la voz temblando, traicionera, mientras sentía que mi autocontrol se resquebrajaba.

Se acercó hasta que apenas había espacio entre nosotros. Podía ver cada detalle de su rostro, cada línea, cada sombra bajo sus ojos. Y lo más peligroso: la certeza de que él sentía lo mismo, de que no había barreras entre lo que deseábamos y lo que nos retenía.

En ese momento, sentí la mirada de Jake. No necesitaba ver su rostro; podía sentir su tensión, su enfado, su necesidad de protegerme. Eso me hizo dudar, retroceder tan solo un instante, y la magia del momento se rompió.

—Esto es un error —susurré, apartándome, intentando recomponerme.

—No todos los errores duelen —dijo Ethan, con una media sonrisa que decía más de lo que cualquier palabra podría—. Algunos son necesarios.

Me giré, intentando recuperar la compostura. Pero el silencio que quedó atrás estaba cargado, tan pesado que podía aplastarnos a ambos.

Me apoyé contra la madera del establo, respirando con fuerza. Sabía que lo que sentía por Ethan era peligroso, que cruzar esa línea podía destruir todo lo que había protegido durante años.

Y, aun así, una parte de mí quería ceder. Quería sentir lo que él provocaba en mi interior, aunque fuera solo por un instante.

Porque en el fondo, sabía la verdad: no había marcha atrás. La atracción estaba ahí, fuerte, inevitable y peligrosa.

Ethan se fue como había venido, sin que me diera cuenta, y por un momento creí que podría haberme imaginado que estaba ahí, pero no, no había sido producto de mi imaginación. Su aroma aún se sentía en el aire.

Mientras me recostaba, con los ojos cerrados, escuché los pasos de Jake alejándose. Podía oír su frustración, y por un segundo, deseé que no estuviera allí. No porque no quisiera su protección, sino porque esa protección hacía que todo se sintiera aún más imposible.

Y así, sola entre la oscuridad de los establos, con la respiración aún entrecortada y el corazón latiendo demasiado rápido, comprendí que el fuego que Ethan había encendido en mí no era algo que pudiera apagar.

Era peligroso. Era intenso. Y estaba empezando a salirse de control.

La noche era silenciosa, solo interrumpida por los suaves relinchos de los caballos y el viento que agitaba las hojas de los árboles. Todo estaba en calma, pero dentro de mí era un caos total.

Mientras caminaba de vuelta a casa, mis pensamientos no dejaban de girar en torno a Ethan. Cada gesto suyo, cada palabra, cada cruce de miradas se había quedado grabado en mi piel, en mi mente. Y me dolía. Porque no podía negarlo: había algo entre nosotros que iba más allá del conflicto de tierras, más allá de la lucha de poder. Algo que era peligroso y excitante a la vez.

Me senté en el borde del porche, apoyando los codos sobre las rodillas, y respiré hondo. Traté de ordenar mis emociones, de encontrar una lógica, un refugio donde mi corazón no estuviera en guerra con mi cabeza.

No podía acercarme a él, me repetía como un mantra. Pero cada pensamiento racional se desmoronaba ante el simple recuerdo de sus ojos, su sonrisa, su toque.

Entonces recordé a Jake, a la intensidad en su mirada, a la protección que siempre me ofrecía. Era seguro, era constante, pero no era él quien despertaba esa tormenta dentro de mí. Esa parte de mí que deseaba perder el control, arriesgarlo todo, entregarse al peligro de lo desconocido.

Mi respiración se volvió más rápida al pensar en lo cerca que habíamos estado en los establos. Una parte de mí quería acercarse de nuevo, sentir esa chispa otra vez, dejar que la atracción nos consumiera, aunque fuera por un instante. Pero otra parte, sabía que eso sería un error monumental.

—*Maldita sea, Kelly* —susurré, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con salir—. *No puedes permitirte esto.*

Me levanté y caminé hacia el borde del porche, apoyándome en la barandilla. La oscuridad parecía envolverme, como si fuera un manto que ocultara mis miedos y deseos al mismo tiempo.

Sabía que estaba atrapada entre dos mundos: uno seguro y protector, con Jake; otro peligroso y excitante, con Ethan.

Y mientras observaba los pastos bajo la luz de la luna, comprendí que la línea que separaba la prudencia del caos era más delgada de lo que había imaginado.

—*Esto no puede…* Empecé a murmurar, pero la palabra se quedó en el aire.

Porque la verdad era que sí podía. Podía dejarme llevar por lo que sentía, y eso me aterraba. Pero también me tentaba de una manera que no podía ignorar.

Mientras me recostaba contra la barandilla y cerraba los ojos, una certeza se instaló en mi pecho: el fuego que Ethan había encendido en mí no se apagaría fácilmente. Y por mucho que lo intentara, por mucho que me prometiera no caer, él ya había marcado mi territorio de una manera que nadie podría borrar.

Suspiré, y mientras iba a mi habitación, lo hacía con la certeza de que estaba entrando en un juego del que no podría salir indemne.

Capítulo 13

Kelly

Intenté centrarme en el entrenamiento esa tarde.

Relámpago trotaba bajo mi control; cada movimiento era calculado, cada salto practicado una y otra vez, cada giro perfecto. Necesitaba sentir que podía mantener el dominio sobre algo en mi vida, aunque fuera solo sobre un caballo.

Pero no tardó en aparecer.

—Kelly —dijo su voz detrás de mí, firme, pero con un matiz extraño que me desarmó al instante—. Necesito entender el terreno. Para el proyecto.

Suspiré, con los ojos entrecerrados, sabiendo que no había escapatoria. Ethan Carter no venía a pasear por curiosidad; venía a desafiar cada centímetro de mi espacio.

—Muy bien —dije, con un hilo de ironía—. Pero esto no significa que me caigas bien.

Él sonrió con esa sonrisa que lograba desarmarme, aunque no quisiera.

—No espero caer bien —replicó, subiendo a su caballo—. Esto es aprendizaje de campo.

Observé cómo intentaba controlar al caballo. No era un experto. Su postura era rígida, sus manos tensas. Me contuve de reír hasta que un pequeño tropezón casi lo hizo caer.

—¡Espera! —grité, corriendo hacia él—. ¡Agárrate!

Mis manos lo sujetaron al instante, pegándolo a mí mientras su pecho rozaba el mío, y por un momento todo lo demás desapareció: el rancho, la tensión, los conflictos familiares. Solo estábamos nosotros, suspendidos en un instante eléctrico.

—Esto no ayuda —dijo, mirándome fijamente, con esos ojos que me atravesaban la piel.

—Entonces suéltame —susurré, con la respiración agitada, sabiendo que no quería que lo hiciera todavía.

No se movió. El mundo pareció detenerse: el caballo, el aire cargado de tensión y nosotros demasiado cerca para ser prudentes.

Intenté apartarme, pero era imposible. El roce de su cuerpo, su olor, la calidez de su presencia… cada detalle me desarmaba.

—¿Seguro que sabes montar? Porque pareces un turista viendo un caballo por primera vez —dije, intentando romper la intensidad con humor.

Él sonrió, aunque su mirada nunca se apartó de mí.

—Soy muchas cosas. Jinete no está en la lista —contestó, con un matiz de vulnerabilidad que pocas veces mostraba.

Ese momento me hizo verlo diferente: no solo como el hombre implacable que amenazaba mi rancho, sino como alguien humano, torpe incluso, capaz de ser divertido, cercano, real.

Y eso lo hacía aún más peligroso.

—No, aspecto de vaquero texano no tienes —dije, y suspiré.

Mientras lo ayudaba a recuperar el equilibrio en el caballo, sentí su respiración mezclarse con la mía. Cada contacto era un recordatorio de lo que estaba empezando a sentir: una atracción que no podía controlar, una tensión que se volvía adictiva, que consumía mi concentración y mi juicio.

—Kelly… —Susurró, con la voz ligeramente ronca—. Esto no debería pasar.

—Entonces suéltame —repetí, con un suspiro que traicionaba mis propias ganas.

No lo hizo inmediatamente. Se quedó ahí, pegado a mí, permitiendo que el tiempo se estirara, que la tensión se convirtiera en algo más real, más intenso, más peligroso.

Y en ese instante, supe que la historia entre nosotros había cambiado. Había cruzado la línea hacia algo mucho más intenso, algo que podía devorarme si no tenía cuidado.

El rancho, el proyecto, los celos de Jake… todo se volvió secundario frente a la presencia de Ethan Carter y la fuerza de lo que nos estaba ocurriendo.

Decidí enseñarle el rancho, aunque sabía que en realidad estábamos jugando un pulso constante. Cada vez que él pensaba que estaba ganando terreno en nuestra conversación, yo le recordaba que yo conocía cada centímetro de aquel lugar.

—Por aquí, el pasto está firme —dije, montando a Relámpago con seguridad.

—¿Firme? —preguntó, con una ceja arqueada mientras su caballo tropezaba un poco—. Esto parece más peligroso que un ascensor en Boston.

Solté una carcajada, y no pude evitar acercarme para ajustarle la postura del hombro. La proximidad me hizo sentir su respiración sobre mi brazo y la vibración de su corazón contra el mío, y un escalofrío recorrió mi columna.

—Kelly… —dijo en voz baja, pero con fuerza suficiente para que lo escuchara—. Estás demasiado cerca.

—¿Demasiado cerca para quién? —respondí, juguetona, aunque mi corazón latía con fuerza.

El resto del paseo fue un delicado juego de equilibrio: él intentando mantener la compostura, yo disfrutando de ver cómo se adaptaba a un mundo que no conocía. Cada tropiezo, cada torpe intento de controlar al caballo, nos acercaba más sin que ninguno lo admitiera.

En un momento, su caballo resbaló ligeramente en un pequeño desnivel. Sin pensarlo, me incliné hacia él y lo sostuve por la cintura, pegando mi cuerpo al suyo para evitar que cayera.

El silencio que siguió fue abrumador. Su aliento, mi respiración, el contacto de nuestros cuerpos, todo se volvió eléctrico. Miré hacia otro lado, fingiendo que todo estaba bien, pero podía sentir que él no se movía, que no quería separarse.

—Kelly… —susurró, mirándome con una intensidad que me hizo temblar.

—Puedes soltarme cuando quieras —susurré, pero mis ojos no se apartaban de los suyos.

No lo hizo. Ni un centímetro. Y mientras me mantenía allí, pegada a él, una parte de mí reconoció lo que hasta ese momento había estado negando: estaba disfrutando del peligro, de la cercanía, de la adicción que empezaba a sentir hacia él.

—Eres imposible —murmuré, con una mezcla de risa y exasperación, intentando romper la tensión.

—Y tú —respondió, con una sonrisa que no llegaba a los ojos—. Y me gusta que lo seas.

El paseo continuó, pero el juego de poder ya había cambiado. Cada mirada, cada comentario, cada toque accidental, era una declaración silenciosa: ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, y ninguno quería hacerlo.

Por primera vez en mucho tiempo, me sentí vulnerable y poderosa al mismo tiempo: vulnerable porque él estaba ahí, demasiado cerca, capaz de encenderlo todo en un instante; poderosa porque aún podía controlar la situación si quería.

Pero también sabía que esa sensación no duraría. Porque con cada instante que pasábamos juntos, la línea entre control y deseo se desdibujaba. Y pronto, nada podría detenernos.

Montábamos por un sendero estrecho entre los pastos, y cada movimiento de nuestros caballos nos mantenía pegados más de lo necesario. Ethan se esforzaba por mantener la postura, pero yo veía cada signo de su incomodidad y no pude evitar sentirme un poco divertida.

—No eres exactamente un jinete nato —comenté, con una sonrisa traviesa.

—¿No me digas? —contestó, girando la cabeza hacia mí, y sus ojos azules brillaron con un fuego que me hizo detener la respiración—. ¿Tú crees que eso importa ahora?

—Claro que importa —dije, aunque mis manos temblaban ligeramente mientras ajustaba el freno del caballo—. Pero parece que tú no tienes problemas en que me acerque.

Él no respondió, solo respiró profundamente, y por un momento me pareció vulnerable, incluso humano. Esa vulnerabilidad era nueva, y era adictiva. Porque por primera vez, no estaba solo mostrando control y seguridad; estaba mostrando que también podía ser torpe, frágil, incluso divertido.

Un tronco caído bloqueaba nuestro camino y Ethan no supo cómo maniobrar. Sin pensarlo, me incliné hacia él, sujetando su brazo y guiándolo para que pasara seguro. El contacto fue largo, demasiado cercano. Su pecho rozaba mi brazo, y sentía su respiración caliente cerca de mi oído.

—Kelly… —Susurró con un hilo de voz—. Esto es demasiado…

—¿Demasiado qué? —murmuré, sin apartarme, jugando con la tensión entre nosotros—. ¿Demasiado complicado o demasiado excitante?

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un instante, todo lo demás desapareció. El rancho, los negocios, la distancia emocional, incluso los celos de Jake. Solo estábamos nosotros, en ese instante prohibido, donde cada roce se sentía como una chispa a punto de encender un fuego.

Relámpago resopló, impaciente, y fue como un recordatorio de la realidad. Pero ni él ni yo nos movimos de inmediato. No quería ceder, pero tampoco podía apartarme.

El paseo continuó y cada palabra, cada risa contenida, cada contacto accidental se convirtió en un juego de poder silencioso. Yo podía sentir que él también luchaba por mantener el control, que estaba atrapado entre el deseo y la prudencia.

Y en ese juego, cada segundo se volvió adictivo. Porque la atracción ya no era solo tensión; se había transformado en algo más intenso, en algo que ninguno de los dos podía ignorar.

Por primera vez, supe que no habría marcha atrás.

El rancho, los caballos, los senderos… todo estaba lleno de peligros, pero ninguno más grande que lo que él había despertado dentro de mí.

Cuando llegamos a los corrales, Relámpago relinchó, como si supiera que la tensión entre nosotros había cambiado.

Dejé que su caballo trotase lentamente hasta el establo, y él me siguió, con esa torpeza elegante que me resultaba imposible de ignorar.

—Necesito que veas algo —dije, tratando de mantener la autoridad que siempre ejercía con mis caballos.

—¿Ver qué? —preguntó, aunque su voz traicionaba la curiosidad y algo más, algo peligroso.

Le mostré cómo entrenaba a Relámpago, cómo corregía cada movimiento, cómo anticipaba cada salto y cada giro. Y mientras lo hacía, sentí que él no me observaba solo como instructora, sino como alguien que despertaba algo inesperado en él.

—Eres increíble —dijo, y no era un cumplido cualquiera—. Y no me refiero a tu forma de montar.

El comentario me sorprendió. Era la primera vez que no intentaba provocarme ni desafiarme; simplemente me veía, y eso me hizo vulnerable de una manera que no esperaba.

—¿Eso es un halago o una amenaza? —pregunté, con una sonrisa nerviosa que no pude ocultar.

—Un poco de ambas —respondió, acercándose más de lo necesario —. Porque contigo nunca sé si voy a salir ileso.

Mi corazón se aceleró. Sus palabras, su cercanía, la forma en que me miraba, todo hacía que el control que siempre creía tener sobre mis emociones se desvaneciera.

En un instante, sin pensarlo, nos encontramos demasiado cerca. Su mano rozó mi brazo mientras ajustaba la silla de su caballo, y ambos respiramos profundo, conscientes de la electricidad que recorría nuestros cuerpos.

—Esto… —Empezó, pero no terminó la frase.

—Lo sé —murmuré—. No podemos… pero lo queremos.

Un segundo de silencio, y luego nuestras miradas se encontraron con una intensidad que me dejó sin aliento. Él estaba a centímetros de mí, y yo podía sentir cada latido de su corazón.

—Kelly… —Susurró, con la voz más baja de lo que había oído nunca —. Esto es…

—Lo sé —susurré de vuelta, casi inaudible—. Y aun así no quiero apartarme.

Y en ese momento, algo cambió. Dejamos de lado el juego de provocaciones y poder; dejamos que la vulnerabilidad se colara entre nosotros. Cada roce, cada respiración compartida, cada mirada era un recordatorio de que estábamos atrapados en algo mucho más grande que la tensión inicial: una necesidad que ya no podía negarse.

No hubo más palabras. Solo la proximidad, el calor, la respiración compartida y la certeza de que la atracción entre nosotros había cruzado cualquier límite que ambos pudiéramos haber previsto.

Y mientras el sol empezaba a ocultarse tras los establos, supe que nada volvería a ser igual. Ni el rancho, ni los caballos, ni nuestra relación, todo estaba marcado por este instante, por esta cercanía, por este juego peligroso que nos había atrapado para siempre.

El establo estaba casi en penumbra; solo algunos rayos de sol se colaban entre las rendijas de la madera. Relámpago resoplaba, impaciente, pero nosotros estábamos atrapados en un mundo aparte, donde el tiempo parecía haberse detenido.

Ethan se acercó despacio, calculando cada movimiento. Cada centímetro que nos separaba parecía multiplicarse, y, aun así, no podíamos dar un paso atrás.

—No sé cómo lo haces —dijo, con una mezcla de frustración y admiración—. No solo montas como nadie, sino que logras que todo parezca fácil.

—No lo es —murmuré, intentando mantener la autoridad que siempre tenía con los caballos, aunque no con él—. Pero eso no significa que no pueda enseñarte.

Él esbozó una sonrisa, corta, casi vulnerable, y se inclinó ligeramente hacia mí para ajustar la brida de Relámpago. Su mano rozó la mía, y un escalofrío recorrió mi columna.

—Kelly… —susurró, casi sin aire—. No quiero que esto pase, y al mismo tiempo…

—Lo sé —respondí, entendiendo perfectamente lo que no decía—. Yo tampoco.

Por un instante, nos quedamos mirándonos en silencio. Sus ojos azules me atrapaban, y yo podía ver que la rigidez que siempre mostraba se había roto. Podía ver al hombre detrás del empresario, al humano detrás de la máscara de control y frialdad.

—Es hombre, te hizo daño —dijo de repente, como si leyera mis pensamientos—. Puedo sentirlo.

Mi respiración se cortó. Nadie había notado nunca el dolor que llevaba dentro desde aquel ex que me humilló en el rodeo, desde la traición pública que había marcado mi confianza. Pero él lo percibía.

—Sí, me hizo daño —susurré, con un hilo de voz, sorprendiéndome incluso a mí misma al admitirlo—. Pero no quiero volver a hablar de eso.

Él inclinó la cabeza, como aceptando la invitación a acercarse más, pero sin cruzar la línea todavía. Cada roce, cada respiro compartido, cada silencio cargado de significado era un juego peligroso: ninguno quería ceder, pero ambos sentíamos que ya no había vuelta atrás.

—Eres demasiado intensa —dijo, con un dejo de admiración y desafío—. Y estás demasiado cerca.

—Eso lo haces tú —respondí, intentando sonar firme, aunque mi voz traicionaba lo que sentía—. No es mi culpa.

El momento fue un equilibrio perfecto entre peligro y deseo, entre control y vulnerabilidad. Ninguno de los dos habló más; bastó con estar allí, compartiendo la cercanía, dejando que todo lo que no se decía se manifestara en la tensión de nuestros cuerpos y miradas.

Y mientras el sol desaparecía detrás de los establos, supe que algo había cambiado para siempre. Ya no era solo tensión. Ya no era solo un juego. Era adicción. Y ambos estábamos atrapados en ella, sin escapatoria, conscientes de que cualquier paso más podría desatar algo que ninguno de los dos podría controlar.

El establo, los caballos, la penumbra, todo había desaparecido. Solo quedábamos Ethan y yo, demasiado cerca, demasiado vulnerables, demasiado conectados para pensar en retroceder.

Capítulo 14

Ethan

No podía concentrarme. Ni siquiera el plan de negocios más detallado, ni los mapas, ni las proyecciones de inversión conseguían apartar de mi mente la imagen de Kelly.

Cada vez que cerraba los ojos, la veía en los establos, riendo con sus caballos, su cabello castaño oscurecido por el sol cayendo sobre su espalda… imposible de ignorar.

Sophie, como siempre, lo notó.

—Te gusta —dijo, con esa sonrisa que me irritaba y divertía a partes iguales.

—No —respondí, intentando sonar convincente, aunque mi voz sonó menos segura de lo que quería.

—Vale —contestó, levantando las manos como si se rindiera—. Entonces te obsesiona. Peor.

La miré, incapaz de protestar, porque sabía que tenía razón. No era solo deseo; era algo más primitivo, más fuerte. Cada pensamiento, cada respiro estaba cargado de su presencia. Y no podía controlar cómo reaccionaba cada vez que la veía.

El problema se intensificó más rápido de lo que esperaba. No fue hasta que nos cruzamos con Jake que comprendí que había alguien que no estaba dispuesto a ceder. Su mirada era clara, y sus palabras no dejaban margen para interpretaciones.

—Aléjate de ella —dijo, firme, mientras sus ojos buscaban los míos con un desafío silencioso.

—No recibo órdenes —contesté, manteniendo la calma, aunque podía sentir cómo la tensión masculina empezaba a subir.

—No es una orden. Es un aviso —anunció, con los músculos tensos y la respiración controlada pero peligrosa.

Sentí algo que no había sentido antes: competencia real, algo primitivo. No era solo un desafío profesional; era territorial, masculino, y no podía negar que me obligaba a reaccionar de manera que nunca había tenido que hacerlo.

El intercambio duró solo unos segundos, pero dejó claro que Jake y yo estábamos en un terreno de rivalidad sin retorno. Mientras él se alejaba, supe que esto no terminaría con palabras, y que la tensión con Kelly solo se multiplicaría.

Aquella noche, no podía quedarme quieto. Algo en mi interior me empujaba a volver al rancho, a estar cerca de Kelly, aunque fuera solo por unos minutos.

Llegué cuando la luna estaba alta, iluminando los pastos y los establos. El aire estaba cargado de olor a tierra y heno, familiar y extraño a la vez. Y allí estaba ella, entre las sombras, observando cómo Relámpago pastaba tranquilo.

Mi presencia la hizo girar lentamente, y por un instante, el mundo desapareció. Sus ojos verdes me atravesaron, y su sonrisa fue un recordatorio de todo lo que debía ignorar, pero no podía.

—Buenas noches —dije, intentando sonar casual, aunque mi voz traicionaba lo que sentía.

—No esperaba verte por aquí —respondió, con esa mezcla de desafío y curiosidad que siempre me hacía perder el control.

El silencio que siguió fue cargado y pesado, lleno de lo no dicho. Ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, pero ambos sabíamos que la atracción entre nosotros había pasado cualquier límite razonable.

—Solo pasaba por aquí.

—Claro, porque mi rancho te pilla de paso al salir del tuyo —volteó los ojos y sonreí.

—¿Quedo mejor si digo que quería verte?

—Pues ya me has visto. Ahora, si no te importa, me voy a ir a la cama.

—¿Sola? —no sabía por qué había hecho esa pregunta, pero ahí estaba.

Kelly me miró con la ceja arqueada y después suspiró.

—Tengo un par de vaqueros esperándome; nos vamos a montar un buen rodeo.

—Kelly…

—Buenas noches, corbatitas.

Ni tiempo me dio a decir nada más, porque se dio media vuelta y se marchó.

Cada movimiento suyo, cada palabra, cada respiración compartida era un recordatorio de que el juego se había vuelto peligroso y algo que ninguno de los dos podía controlar.

Mientras la veía alejarse, sabía que volvería. Sabía que no podía resistirme. Y sabía que esta vez, el fuego que ella encendía dentro de mí no se apagaría tan fácilmente.

Pero no podía irme, no podía alejarme, y con un par de pasos la alcancé.

—¿Sigues aquí? —preguntó, con un toque de sorpresa que intentó disfrazar de indiferencia.

—No puedo dormir —mentí, aunque ninguno de los dos creía mi excusa—. Por eso he salido a pasear y he acabado en tu rancho.

Se acercó, caminando lentamente, y mi atención no pudo apartarse de ella. Cada movimiento era un desafío silencioso: la forma en que su cabello caía sobre sus hombros, su postura firme, su sonrisa juguetona que sabía exactamente cómo encenderme.

—¿Sabes? —dijo mientras se acercaba—. Me resulta curioso que siempre aparezcas cuando menos quiero verte… pero parece que tú tienes otras ideas.

—Curioso… —murmuré, acercándome lo suficiente para que la distancia entre nosotros fuera mínima—. Solo me dejo llevar por lo que no puedo controlar.

Por un instante, el mundo desapareció. Sus ojos verdes brillaban con intensidad, y su respiración era más rápida que la mía. Cada segundo que pasaba allí era un juego de poder silencioso. Ninguno de los dos cedía, y, sin embargo, cada roce accidental, cada suspiro compartido nos acercaba más a cruzar la línea que hasta ese momento habíamos evitado.

En ese instante, la tensión se hizo casi tangible. Sentí su calor al inclinarse para revisar la montura de Relámpago, nuestras manos rozándose. Y por primera vez, me di cuenta de que ya no podía jugar con la distancia: ella me había atrapado, y yo no quería escapar.

—Ethan… —Susurró, como si ella también sintiera el peligro de aquello—. No deberíamos…

—Lo sé —respondí, con la voz más baja de lo que esperaba—. Como también sabemos los dos, que no podemos mantenernos lejos por mucho tiempo.

Su respiración se mezcló con la mía, y por un segundo, la competencia, los negocios, incluso Jake, todo desapareció. Solo quedábamos nosotros dos, demasiado cerca, demasiado conscientes de lo que estaba pasando.

—Por favor, vete, si alguien te ve aquí…

—¿Alguien, o Jake?

—Vete, pasea por tus tierras y recapacita sobre lo que quieres hacer con ellas. ¿De verdad quieres destruir el legado de tu abuelo, y de su padre, y de su abuelo, y de todos los Carter que han tenido ese rancho en sus manos durante generaciones?

—Lo que haga con esas tierras no te incumbe.

—Y a ti no te incumbe si me voy sola o acompañada a la cama.

Retomó su camino y se marchó, dejándome allí parado, observándola, viendo cómo se convertía en una simple silueta en mitad de la noche.

Y mientras me alejaba, con la cabeza llena de pensamientos que no podía ignorar, supe algo.

No había vuelta atrás. El fuego que ella había encendido dentro de mí ya estaba ardiendo sin control.

Y aunque no quisiera admitirlo, sabía que volvería. Porque Kelly Callahan no solo invadía mi rancho, mi tiempo y mi territorio… también estaba ocupando mis pensamientos, mis deseos y cada rincón de mi concentración.

Al día siguiente, el rancho Callahan estaba más vivo que nunca. Los trabajadores se movían de un lado a otro, los caballos relinchaban y el sol reflejaba cada detalle del establo y los pastos.

No debería pasearme tanto por este lugar y, aun así, lo hacía; era como si un imán, uno grande, tirara de mí de manera imposible de evitar.

Lo justificaba todo diciendo que necesitaba saber a ciencia cierta hasta dónde llegaban las tierras de mi abuelo porque, si existía una posibilidad, por pequeña que fuera, de que parte de esas tierras ahora me pertenecieran a mí, iba a hacerme con ellas para poner en marcha el hotel que había dicho que construiría allí.

Yo intentaba concentrarme en los mapas y en los planos del proyecto, pero era imposible. Kelly estaba en mi mente constantemente: su risa, su mirada desafiante, la forma en que me hacía sentir. Era algo que no podía controlar.

Sophie, por supuesto, lo notó y dio su opinión al respecto.

—Te estás dejando llevar —dijo mientras me dejaba una taza de café—. ¿Vas a negarlo otra vez?

—No —respondí, secamente, intentando aparentar control.

—Ah… perfecto, entonces estás obsesionado —replicó, con esa sonrisa que me hacía querer ignorarla, pero que era imposible de borrar de mi mente.

Antes de que pudiera responder, escuché pasos firmes acercándose. Jake. Su expresión era tensa, los músculos de sus brazos rígidos, la mandíbula marcada. Sabía que no venía a charlar, venía a marcar territorio.

—Aléjate de ella —dijo, directo y sin rodeos.

—Ya te lo dije, no recibo órdenes —contesté, manteniendo la calma, aunque sentía la adrenalina recorrerme.

—No es una orden. Es un aviso —replicó, acercándose unos pasos más, el calor de su cuerpo amenazando con invadir el mío.

Por un instante, me di cuenta de que esto no era solo una rivalidad masculina normal; era algo primitivo, algo territorial. Jake no era un simple capataz protector: estaba dispuesto a pelear por ella, por lo que sentía, y no podía negar que me desafiaba de una forma que nunca había experimentado.

Kelly apareció entonces, caminando con paso firme hacia nosotros. La tensión se cortó en el aire como un cuchillo, y no hizo falta decir nada para que los tres supiéramos que algo había cambiado. Sus ojos brillaban, y la forma en que nos miró fue suficiente para recordarnos que ella no pertenecía a nadie, y que ambos tendríamos que ganarnos su confianza… y su atención.

—¿Todo bien aquí? —preguntó, sarcástica, con la mirada fija en ambos.

—Sí, perfecto —dijo Jake, intentando sonar relajado, aunque la tensión era palpable—. Solo estaba revisando los caballos.

—Claro —murmuré, manteniendo mi postura, sin ceder—. No es que me importe demasiado.

Kelly sonrió levemente, divertida por la tensión que se respiraba. Yo la observé, y por un instante, me sorprendí admitiendo, aunque solo para mí mismo, que no podía ignorarla ni un segundo más.

Que cada mirada, cada gesto, cada roce de sus manos me estaba atrapando.

El momento se rompió cuando Clara apareció para llamar a Kelly, recordándole alguna tarea con los caballos. La distancia volvió a imponerse, aunque ambos sabíamos que era temporal.

Mientras la veía alejarse, supe que esto no era un juego de un solo día. Esto era fuego que arde, un territorio marcado, una batalla silenciosa… y que la próxima vez que nos encontráramos, algo más se desataría.

Desde la loma que dominaba el rancho, observé todo: los establos, los pastos, los caballos y, sobre todo, a Kelly. Y por primera vez, admití frente a mí mismo lo que ya no podía negar.

No podía dejarla.

Capítulo 15

Ethan

El sol de la tarde caía pesado sobre el rancho, tiñendo de dorado los establos y los pastos. Sentí el calor en la nuca, pero no era el sol lo que me hacía sudar.

Mi mente estaba fija en Kelly. La había visto esa mañana ajustando la montura de Relámpago, su cabello castaño oscuro cayendo en ondas sobre sus hombros mientras sus manos fuertes y ágiles aseguraban la silla. La forma en que se inclinaba, la firmeza de sus piernas sobre el caballo… todo irradiaba dominio y confianza. Todo eso me desarmaba.

—Vaya… otra vez antes que todos —dijo, y no me pasó desapercibido el tono de sarcasmo en su voz, con esos ojos verdes fijos en mí, aunque intentaba parecer indiferente.

—Necesitaba un poco de aire, dejar a un lado el trabajo —respondí, tratando de mantener la calma, aunque sabía que mi corazón latía más rápido de lo que debería.

Sophie apareció a mi lado, con su sonrisa traviesa y esos ojos que parecían leer todo lo que pasaba por mi cabeza.

Mis ojos volvieron a Kelly. Cada respiración, cada gesto suyo, me retaba de una manera que ninguna mujer había hecho antes. Y no podía negar que, por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba perdiendo el control.

La explanada frente a los establos estaba llena de trabajadores y miembros de la familia. Tenía que explicar los planes para el proyecto, pero cada vez que mis ojos se cruzaban con los de Kelly, sentía un calor extraño, mezcla de deseo y frustración.

Patrick apareció a mi lado, con esa calma que siempre imponía respeto.

—Por favor, Ethan, intenta no perturbar a los caballos mientras revisamos los terrenos —dijo, como un recordatorio, pero yo apenas escuchaba.

Kelly me observaba desde el caballo, y su mirada decía más de lo que sus palabras podían transmitir: desafío y provocación pura.

Entonces apareció Jake. Sabía que no podía faltar. Su voz profunda resonó sobre los establos.

—Aléjate de ella.

Mi corazón dio un vuelco, pero traté de mantener la compostura.

—No tengo intención de hacerlo.

—Carter… —contestó, avanzando un paso—. Deberías alejarte, por el bien de Kelly.

El silencio que siguió fue casi insoportable. Todos lo sintieron. La tensión era casi física, como si el aire mismo se hubiera cargado de electricidad.

Kelly descendió del caballo y se acercó a nosotros, observándonos con esos ojos verdes brillando con intensidad.

—¿Siempre tenéis que discutir como niños? —preguntó Evie, la abuela de Kelly—. Esto va a acabar mal, muy mal.

—¿Y tú qué sabes? —dijo Kelly, sin perder ni un ápice de su sarcasmo.

—Sé que este rancho tiene demasiadas reglas para que os comportéis así —replicó Evie, cruzándose de brazos—. Y no quiero ser la que recoja los restos después.

Jake se plantó frente a mí, marcando un límite invisible. Sus ojos verdes brillaban con desafío y frustración. No podía permitir que nadie interfiriera entre Kelly y yo, aunque me obligara a mantener la calma con dificultad.

—Si le haces daño… —le susurró a Kelly, apretando los dientes.

—No voy a hacerlo —respondí, tratando de controlar mi voz, aunque mi cuerpo estaba al límite.

—Eso ya lo veremos —contestó él, acercándose más.

Kelly nos observaba, y su sonrisa traviesa aumentaba la tensión. Sabía exactamente lo que estaba pasando, y eso me desarmaba aún más. Cada músculo de mi cuerpo estaba alerta, y cada roce de aire entre nosotros parecía electrizarme.

Entonces aparecieron Liam y Noah. Sin dudarlo, extendieron los brazos para separarnos.

—¡Eh! ¿Qué os creéis? Esto no es un bar, nada de peleas —gritó Liam, frunciendo el ceño con autoridad.

—Liam… —Kelly intentó calmarlo, pero su brillo travieso decía más de lo que sus palabras podían transmitir.

Patrick intervino con voz firme.

—Jake, compórtate como el hombre que eres y no como un chiquillo. Ethan no está aquí para robarle nada a nadie; mantén tu distancia y tu cabeza fría.

Jake resopló, pero finalmente retrocedió. Yo respiré hondo, consciente de que esto solo era el comienzo.

Kelly se acercó entonces; su silueta atlética era impecable, y sus ojos brillaban con mezcla de desafío y complicidad.

—No necesito que nadie me proteja —dijo, desafiante.

—No lo hago —respondí, acercándome lo suficiente para que nuestras respiraciones se mezclaran—. Solo estoy aquí.

Su brazo rozó el mío y un estremecimiento me recorrió. Cada contacto era un recordatorio de que esto se estaba saliendo de control.

—Cuidado, Ethan —murmuró al oído—. No sabes con lo que estás jugando.

—Lo sé —respondí, con voz grave—. Y eso me encanta.

El silencio que siguió fue casi doloroso, cargado de electricidad y deseo. No había palabras suficientes para describir lo que sentía, pero tampoco hacía falta.

Jake no podía quedarse quieto. Dio un paso más, sus hombros rozando los míos, tensión pura en cada músculo. Yo no cedí, y el roce entre nosotros era un desafío de fuerza y dominio.

—Veo que no sabes cuándo retirarte —dije, voz controlada, mirada fija en la suya.

—No me voy a retirar —contestó, tenso—. Ella merece protección.

—Y yo merezco libertad —respondí, mirando a Kelly, que me devolvía la mirada con ese brillo travieso.

Noah y Liam intervinieron rápidamente, separándonos, mientras Patrick se mantenía al lado, asegurándose de que la situación no se saliera de control.

—Jake, esto no es un campo de batalla —dijo Patrick.

Jake resopló, pero finalmente retrocedió. Yo respiré hondo, consciente de que esto no era el final.

Los trabajadores comentaban entre sí:

—Esto va a acabar mal —dijo Tom, frunciendo el ceño.

—Nunca he visto a Jake ponerse así —añadió Billy, intrigado—. Y ella… parece que disfruta cada segundo.

Sophie, al margen, sonreía con esa mezcla de diversión y malicia.

—Esto se está poniendo interesante —susurró.

Evie, siempre observadora y directa, se acercó:
—Muchacho, si no quieres terminar con un lazo alrededor del cuello, tendrás que aprender a respirar y pensar más rápido que él.

Kelly volvió a montar Relámpago, su silueta recortada por el sol. Yo la observé desde la loma que dominaba el rancho, consciente de que cada roce, cada mirada, había encendido algo que ya no podía apagarse.

Sabía que volveríamos a chocar, que Jake no se rendiría y que lo que estaba comenzando entre Kelly y yo sería peligroso e inevitable. Desde ese momento, la atracción, la rivalidad y la química se habían vuelto innegables. Y yo no tenía intención de escapar.

Capítulo 16

Ethan

El aire del rodeo estaba cargado de polvo, sudor y adrenalina.

Bajé del coche con Sophie a mi lado y respiré hondo, tratando de poner orden en mi mente. No era un hombre de rodeos, ni de caballos, ni de gritos y apuestas. Sin embargo, allí estaba, buscándola con la mirada entre la multitud.

Kelly estaba sobre Relámpago, el caballo negro que parecía un rayo sobre la arena. Cada movimiento suyo estaba lleno de autoridad, de gracia y de una fuerza que no podía ni quería ignorar. La forma en que su cabello oscuro ondulaba bajo el sol, cómo sus piernas firmes controlaban al caballo… me dejó sin aliento más de lo que admití incluso a mí mismo.

Sophie, como siempre, parecía ver todo con una claridad que yo no tenía.

—Te va a volver loco hoy —susurró, inclinándose ligeramente hacia mí, su sonrisa traviesa iluminando su rostro.

—No —dije, más para convencerme a mí que a ella—. Tenemos trabajo que hacer, y si tengo que comprar parte de esas tierras, quiero saber cuánto estarían dispuestos a aceptar. Y para ello debo ganarme su confianza.

—Pues mejor trae a tu madre, que por lo que vi cuando hablaba con Patrick Carter…

—¿Y qué viste exactamente?

—Nada, nada, era solo una forma de hablar.

Sophi no dijo nada más y yo, tampoco. Porque sabía que no estaba allí solo para observar y negociar, estaba allí por ella.

Cada gesto de Kelly, cada mirada que lanzaba a los jueces, cada sonrisa hacia alguien del público, era como una advertencia y un desafío al mismo tiempo. No podía quitarle los ojos de encima.

Y luego vi a Jake. Su mirada verde era un láser que se clavó en mí. No hizo falta palabra alguna para que supiera que no nos llevábamos bien, que ese día, entre él y yo, algo iba a estallar. Lo conocía lo suficiente para saber que no se controlaría, y eso me provocaba una mezcla de diversión y tensión que me erizaba la piel.

Kelly descendió del caballo tras su primera prueba, sudor en la frente y una sonrisa victoriosa. No pude evitar que mi mandíbula se tensara al verla. Jake se plantó frente a mí, los brazos cruzados, como un muro.

—¿No te cansas de escucharme decirte que te alejes de ella? —preguntó con voz firme, cargada de advertencia.

—No voy a hacerlo —respondí, controlando cada palabra, aunque por dentro sentía que el pulso se me aceleraba—.

Su mandíbula se tensó, sus músculos se marcaron bajo la camisa y, por un instante, pensé que podríamos llegar a los golpes ahí mismo. La tensión era palpable, tanto que podía olerla mezclada con el polvo del corral.

—No es una sugerencia —replicó—. Es una promesa.

Me mantuve firme, respirando hondo, intentando no perder la calma. Sabía que provocarlo solo encendería más la llama de su ira.

—Jake… —dije, intentando sonar tranquilo—, no tienes que demostrar nada.

—Eso no es un aviso, Carter —contestó, sus ojos verdes fulgurando —. Es una advertencia.

Kelly se acercó sin que yo le pidiera nada. Su presencia era magnética y peligrosa. Su brazo rozó ligeramente el mío. Un estremecimiento recorrió mi espalda. Cada roce, cada gesto, me recordaba que esto estaba cruzando límites que no debería.

—No necesito que nadie me proteja —dijo, su voz firme y desafiante.

—No lo hago —respondí, acercándome más, aunque no hasta tocarla plenamente—. Solo estoy aquí.

Su mirada me quemaba. Una chispa de juego y desafío que me recordaba por qué era tan imposible de ignorar.

—Cuidado, Ethan —susurró—. No sabes con lo que estás jugando.

—Lo sé —respondí, con un hilo de voz grave—. Y eso me encanta.

El silencio posterior era casi insoportable. Nos mirábamos sin necesidad de palabras, conscientes de la electricidad que nos conectaba. Podía sentir su respiración, su aroma mezclado con el polvo, y aunque no nos tocábamos, cada fibra de mi cuerpo estaba alerta.

Más tarde, Liam y Noah intervinieron, separándonos con una mezcla de exasperación y cuidado. Patrick apareció también, con esa media sonrisa que parecía decir “esto se nos va de las manos si no lo controlamos”.

Kelly se acercó de nuevo a mí cuando todos estaban ocupados con los caballos y los preparativos. Sus ojos verdes brillaban con una mezcla de diversión y peligro.

El roce accidental de sus manos al ajustarse el casco del caballo me hizo estremecerme. Cada contacto era una chispa, cada mirada un incendio.

El sol comenzaba a ocultarse, y la arena del rodeo se calentaba aún más bajo los cascos de los caballos. No podía apartar la mirada de Kelly. La forma en que controlaba a Relámpago era casi poética, pero había algo en su actitud, en cómo sus ojos verdes me buscaban entre el público, que hacía que todo mi cuerpo se tensara.

Jake estaba demasiado cerca. Cada vez que ella giraba para ajustar un estribo o dar instrucciones al caballo, él se inclinaba ligeramente, como un guardián. La rabia que sentí en ese instante fue primitiva. No debía importarme, pero me importaba demasiado.

—Vaya espectáculo —le susurré a Sophie, intentando sonar casual —. Pero no es por los caballos.

—No —rio ella, con esa risa que parecía saber todo lo que yo intentaba ocultar—. Está claro que, por los caballos, no has venido.

Me volví hacia Jake, que me miraba con una intensidad que me retaba, y sentí que algo crujía dentro de mí. No era solo protección; había celos, territorialidad. No podía explicarlo, pero algo en él y su cercanía hacia Kelly me irritaba de manera visceral.

Mientras tanto, los hermanos de Kelly se movían entre los caballos, pero Noah parecía distraído, observando discretamente la escena, y Liam… Liam mantenía la mirada fija en Sophie, ignorando momentáneamente todo lo demás.

—Tú y tu capataz parecéis bastante cercanos —comenté, cruzando los brazos, mi voz baja pero cargada de significado cuando finalmente me acerqué a Kelly.

Ella me miró, sus labios curvándose en una sonrisa que era parte juego y parte provocación:

—¿Te molesta? Porque es la segunda vez, o la tercera, que insinúas que hay algo entre Jake y yo.

—No me molesta —dije, intentando sonar indiferente, aunque el calor en mi pecho me traicionaba.

—Entonces no nos mires como si pensaras que nos pasamos el día retozando entre la paja en los establos —contestó, acercándose unos centímetros.

La cercanía era peligrosa. Podía sentir su aliento, el aroma de su cabello mezclado con el polvo y el sudor del caballo, y cada fibra de mi cuerpo se rebelaba. Sabía que esto no debía pasar, pero no podía alejarme. Ni quería.

Jake se dio cuenta. Sus puños se tensaron, y no hizo ningún esfuerzo por ocultar la molestia.

—No te acerques demasiado —gruñó con ese tono cargado de amenaza.

—Gracias por el consejo —respondí, mirándolo a los ojos con frialdad calculada.

Kelly soltó una risita, que era casi un desafío en sí misma. Se movió un poco hacia mí, pero justo antes de que algo pudiera suceder, Liam y Noah intervinieron, separando a Jake de nuestro espacio inmediato. Patrick apareció detrás de ellos y Jake respiró hondo, intentando controlar la tensión, mientras yo notaba cómo la presencia de Patrick era suficiente para calmar parcialmente la situación.

Pero eso no eliminaba la electricidad entre Kelly y yo. Cada roce accidental, cada mirada, era un recordatorio de que estábamos cruzando líneas invisibles.

El ambiente estaba cargado de polvo, sudor y adrenalina, pero ahora había algo más: la tensión entre Jake y yo se sentía de tal modo que podría cortarse con un cuchillo.

Cada movimiento de Kelly cerca de él, cada sonrisa que compartían por cualquier comentario trivial, era una especie de daga invisible que me atravesaba.

—Ethan… —dijo Sophie, inclinándose hacia mí mientras observaba a Kelly—. ¿Vas a hacer algo o solo vas a seguir mirando?

—Estoy haciendo algo —gruñí, apretando la mandíbula—. Solo que no puedo dejar que esto se convierta en un desastre público.

Pero ya era un desastre.

Podía sentir la tensión masculina que se derivaba de algo más profundo que una simple disputa territorial. Era primitiva, casi instintiva. El hecho de que él estuviera allí para protegerla de mí, y que yo no pudiera ni quisiera apartarme, nos había llevado a un punto de explosión inminente.

Kelly, sin decir palabra, se colocó entre nosotros dos. Su sola presencia tenía un efecto magnético: era desafiante y protectora al mismo tiempo. Sus ojos brillaban, verdes y fieros, como si estuviera diciendo que no le importaban las reglas ni los avisos de nadie.

—Basta —dijo, firme—. Calmaos los dos de una vez.

Jake frunció el ceño, claramente irritado, pero no movió un músculo. Parecía que la única razón por la que no arremetía contra mí era Kelly misma.

—No le quiero cerca de ti.

—Eso debería decírmelo ella —le dije a Jake, en voz baja pero firme —. Y si hablamos o no, no es asunto tuyo.

—Lo es —respondió, acercándose un paso más—. Porque no voy a dejar que nadie la trate como si fuera un objeto, y tú estás jugando con fuego.

En ese instante, los hermanos de Kelly intervinieron. Liam se plantó a mi derecha, su mirada dura.

—Jake, basta ya —dijo con voz firme—. No te das cuenta de que estás actuando como un chiquillo.

Noah, por su parte, colocó una mano en el hombro de su hermano mayor:

—Relájate, Jake.

Jake respiró hondo, sus manos todavía tensas a los lados, pero finalmente dio un paso atrás. El fuego en sus ojos no se apagó del todo, pero la presión externa lo obligó a contenerse.

Kelly aprovechó el momento para acercarse a mí. Su proximidad era peligrosa, casi insoportable. Pude sentir el calor de su cuerpo, el roce de su cabello en mi brazo.

Cada fibra de mi ser estaba alerta, y me di cuenta de que no había forma de negar lo que estaba sintiendo.

—No ayuda que le provoques —me dijo.

—No le provoco —contesté—. Solo le hago saber lo que no parece entender.

—¿El qué?

—Que no eres suya, Kelly. Que puedes decir, hablar o no conmigo, estar o no conmigo. Y créeme, quieres estar conmigo —dije sin apartar los ojos de los suyos, mirándola fijamente.

Y por un instante, todo el ruido del rodeo, los gritos de los trabajadores y el polvo suspendido en el aire desaparecieron. Solo estábamos nosotros dos, atrapados en un momento que era peligroso en su intensidad.

Capítulo 17

Ethan

Después de que el rodeo terminara y los trabajadores se dispersaran, me quedé un momento observando el rancho desde el porche de la casa principal. El cielo comenzaba a teñirse de tonos naranjas y morados. El aire olía a polvo, a heno y a caballos recién cepillados. Todo parecía tranquilo, pero por dentro, estaba en un caos absoluto.

Kelly estaba allí, a unos metros, ajustando la montura de Relámpago. Cada movimiento suyo era hipnótico, y no podía evitar fijarme en cómo sus manos hábiles y seguras se movían con tanta naturalidad.

No era solo su belleza; era la fuerza, la determinación, la pasión que emanaba de ella. Cada gesto me recordaba que estaba ante alguien que no se rendía, que luchaba por lo suyo y que no necesitaba a nadie para brillar… excepto, tal vez, por un instante, a mí.

—Ethan —dijo Sophie detrás de mí, su voz suave pero burlona—. ¿Por qué sigues ahí parado, como un idiota?

—Estoy pensando —respondí, aunque no era del todo cierto. Sabía perfectamente en qué estaba pensando.

—Claro que sí —sonrió, divertida—. Y lo que estás pensando es cómo acercarte a ella sin que Jake te rompa la cabeza.

—No necesito consejos —gruñí, aunque no podía negar que estaba frustrado.

Sophie suspiró y se alejó, dejándome solo con mis pensamientos. Y con Kelly, claro. Ella levantó la cabeza y me miró, sorprendida por mi silencio repentino. Esa mirada, intensa y directa, me desarmó por completo.

—¿Qué haces todavía ahí parado? —preguntó, con una sonrisa que no alcanzaba a ocultar su desafío.

—Pensando —dije, acercándome un poco, midiendo cada paso como si cada centímetro importara—. Pensando en ti.

Kelly arqueó una ceja y, por primera vez, no respondió con sarcasmo ni con un comentario desafiante. Solo me miró, evaluando, como si decidiera si podía confiar en mí.

—¿De verdad quieres jugar con fuego? —preguntó suavemente.

—No juego —dije, dejando que mi voz bajara un tono más profundo, cargado de sinceridad—. Esto… no es un juego para mí.

El silencio se extendió entre nosotros, pesado, cargado de todo lo que habíamos pasado hasta ahora: la tensión, los celos, la atracción, el miedo a perder el control. Cada palabra no dicha pesaba más que cualquier discusión que pudiéramos tener.

De repente, Kelly dio un paso hacia mí. El espacio entre nosotros se redujo hasta ser mínimo. Pude sentir el calor de su cuerpo, el aroma a campo, a caballos, a ella. Era imposible pensar con claridad.

—Ethan… —Susurró, y por primera vez, su voz tembló ligeramente —. Esto… esto es peligroso.

—Sí —dije, mi respiración igualando la suya—. Pero no puedo alejarme.

Su mirada bajó un instante, y luego volvió a encontrar la mía. Era un reto silencioso, un acuerdo tácito de que estábamos cruzando líneas que no deberíamos, pero que no podíamos ignorar.

—Entonces… ¿Qué hacemos? —preguntó, con un leve susurro.

No respondí con palabras. En cambio, di un paso más cerca y nuestras manos se rozaron, esta vez de forma intencional. El contacto fue breve, pero suficiente para encender algo dentro de ambos. Una electricidad que no podía negarse.

—Esto… —dijo, con un hilo de voz, mientras su mano temblaba ligeramente—. Esto no está bien.

—Tal vez —dije, acercándome aún más—. Pero a veces lo correcto no es lo que sentimos.

Me incliné y la besé, un beso breve pero cargado de intensidad. Sus dedos se entrelazaron con los míos, y por un instante, el mundo entero desapareció. Solo existíamos nosotros dos, y el pulso acelerado que nos recordaba que estábamos jugando con fuego.

—¡Kelly! —Al escuchar su nombre, se apartó y miró hacia su espalda, de donde venía la voz—. Vamos, que tienes un premio que recoger —le dijo su amiga Clara.

Kelly me miró, pero no dijo nada, y yo tampoco. Comenzó a caminar y unos segundos después se giró.

—Ven al rancho esta noche, cuando todos duerman.

—¿Y eso a qué hora será?

—A medianoche, corbatitas.

Y siguió caminando mientras la veía alejarse.

No me quedé más tiempo, cogí el coche y regresé a casa sin ni siquiera esperar a Sophie.

Necesitaba estar solo, pensar, despejarme y ver si podía olvidarme de Kelly y centrarme en el trabajo.

Pero cuando llegué a la casa y me senté en la mesa con todos esos planos e ideas a mi alrededor, no conseguí concentrarme ni una sola vez en el trabajo.

No, al menos hasta que recibí una llamada de Boston que me mantuvo al teléfono durante casi dos horas.

Cuando quise darme cuenta, era casi medianoche, así que cogí el móvil y salí de la casa.

Caminé hacia el rancho Callahan con la luz de la luna iluminando el camino. Cada paso era pesado, porque por dentro sentía una tormenta que no podía calmar. Las manos aún me olían a heno y a caballo, pero no era eso lo que me mantenía alerta. Era ella: Kelly. Cada gesto suyo, cada palabra que había intercambiado conmigo, cada roce de sus dedos… todo me quemaba por dentro y no podía sacarla de mi cabeza.

Me detuve en seco cuando recordé lo que había pasado con Jake unas horas antes.

El capataz me había lanzado esa mirada cargada de advertencia, una mezcla de celos y posesión que me había hecho apretar la mandíbula más de lo que creía posible. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Respetar esa absurda territorialidad masculina que se creía dueña de ella? ¿O enfrentarme a él y demostrar que Kelly no era propiedad de nadie?

Suspiré y me apoyé en la barandilla del recinto donde Kelly entrenaba. Miré hacia los establos, donde Relámpago descansaba, y pensé en lo fácil que era para ella moverse por su mundo, en cómo controlaba cada situación.

Kelly era un tornado de fuerza, belleza y desafío, y yo, por mucho que lo quisiera negar, me había convertido en su presa voluntaria. No podía concentrarme en el proyecto, en los terrenos, en los inversores… nada importaba si ella estaba cerca.

—*Eres un desastre* —murmuré para mí mismo.

No fue un murmullo de recriminación; fue un reconocimiento. Un reconocimiento de que ya no podía mantener la distancia emocional que siempre me protegía. Y eso era peligroso. Porque cuando Kelly Callahan decidía entrar en tu mundo, lo hacía para quedarse… y dejar cicatrices a su paso.

El recuerdo de la confrontación con Jake me obligó a mirar más allá de mi obsesión por Kelly. El hombre era fuerte, imponente, y sus celos no eran solo posesión; había algo más. Era el instinto protector que emanaba de él por pura lealtad y amor familiar. No podía culparlo por ello, pero tampoco podía permitir que sus advertencias me hicieran retroceder.

Tensión pura. Masculinidad cruda. Una competencia que no había sentido en años, y no por trabajo ni por negocios, sino por ella. Por Kelly. Cada vez que la veía cerca de Jake, el instinto primitivo de rivalidad y posesión se despertaba en mí, y eso me asustaba más de lo que quería admitir.

Y, sin embargo, ahí estaba, esperándola, incapaz de mantenerme al margen. Porque Kelly no era solo un desafío profesional; era un desafío personal, emocional y físico. Y yo no estaba preparado para retroceder.

Cuando llegué a los establos, la encontré sola, ajustando la silla de montar de Relámpago, como si nada hubiera pasado. Cada movimiento suyo era hipnótico; sus manos trabajaban con destreza, pero su mirada se levantó y me encontró, intensa, directa, desarmadora.

—Ethan —dijo, sin apartar la vista de mí—. Por favor, intenta no enfrentarte a Jake. Es ridículo.

—¿Ridículo o inevitable? —respondí, acercándome lentamente, midiendo cada paso—. Tú decides.

Ella arqueó una ceja y dejó la rienda de Relámpago apoyada sobre el poste del establo. Cada centímetro de distancia que nos separaba era un campo minado de tensión. La observé mientras se giraba hacia mí, y por un momento todo lo demás desapareció: el rancho, los caballos, los terrenos, los inversores… solo existíamos ella y yo, respirando el mismo aire.

—¿Qué quieres, Ethan? —preguntó con suavidad, aunque la firmeza en su voz mostraba que no iba a ceder ante mí.

—Quiero entenderte —dije, y me acerqué un poco más, sin invadirla, pero dejándole claro que no había miedo en mí—. Quiero entender qué pasa contigo y por qué me haces sentir que no puedo respirar sin pensar en ti.

Su respiración se aceleró un instante, y vi un destello de vulnerabilidad que rara vez mostraba.

—Porque… —dijo, y se interrumpió, como si estuviera debatiéndose consigo misma—. Porque esto es peligroso.

—Lo sé —dije, bajando la voz—. Y eso me atrae aún más.

Nos quedamos en silencio, la electricidad entre nosotros palpable. Cada segundo sin tocarse era un desafío, un juego de poder donde ambos sabíamos que la línea que estábamos cruzando no tenía retorno.

Finalmente, Relámpago movió la cabeza y resopló, recordándonos que el mundo seguía ahí fuera. Pero el momento que habíamos compartido había marcado un antes y un después. Caminé hacia él, acariciando su crin, y la observé mientras se acercaba a mí, cada paso medido, cada respiración sincronizada con la mía.

—No sé si esto está bien —dijo Kelly, sus ojos verdes fijos en los míos—. Pero tampoco sé cómo detenerlo.

—No quiero que lo detengas —susurré, y por primera vez, sentí que podía ser completamente honesto—. Porque quiero esto… contigo.

Y entonces ocurrió. No hubo palabras, no hubo advertencias. Solo un impulso compartido, un acercamiento que rompió cualquier barrera restante.

Nuestros labios se encontraron en un beso que fue suave al principio, pero que rápidamente se volvió urgente, cargado de deseo reprimido y de tensión acumulada.

Sentí su cuerpo contra el mío, temblando ligeramente, y por primera vez, entendí lo que era dejarse caer sin red. Cada roce, cada suspiro, cada gemido contenido nos acercaba más, nos hacía vulnerables, pero también más humanos.

—Eres un problema —dijo entre besos, su voz quebrada, mientras se separaba un instante para mirarme—. Y yo… no puedo resistirme.

—Aún no sabes cuánto —respondí, dejando que mis manos recorrieran con cuidado su espalda, sin miedo a cruzar límites, pero con respeto—. Pero lo vamos a descubrir juntos.

Nos miramos, con la frente apoyada en la del otro, respirando al unísono, y comprendiendo que nada volvería a ser igual. El rancho, los celos de Jake, los negocios, los terrenos, todo se había vuelto secundario frente a lo que estaba naciendo entre nosotros: un vínculo peligroso, intenso, adictivo y, sobre todo, inevitable.

Y mientras regresaba a mi rancho, no pude dejar de pensar en ella. Kelly Callahan. Tan fuerte, tan vulnerable, tan desafiante y, sin embargo, capaz de hacerme sentir como un hombre desarmado, atrapado en algo que no podía controlar.

Pensé en Jake y sus advertencias; en los trabajadores que nos habían observado durante el rodeo; en los hermanos de Kelly, siempre atentos, siempre protectores. Pero ninguna advertencia era suficiente para mantenerme alejado.

—*Esto no es solo deseo* —me dije—. *Esto es algo que nos va a marcar a ambos.*

Y mientras el viento nocturno recorría el rancho, supe que estaba empezando a perderme en ella, sin quererlo, sin poder evitarlo.

La atracción ya no era solo química, era un vínculo que nos arrastraba hacia un juego peligroso, donde los límites de la razón y el corazón se mezclaban, y donde ninguno de los dos estaba dispuesto a retroceder.

Capítulo 18

Kelly

El olor a madera vieja y whisky barato me golpeó en cuanto empujé la puerta del bar.

La música country sonaba a un volumen que invitaba a mover los pies, y las luces cálidas iluminaban los rostros de los vaqueros y turistas que se mezclaban entre las mesas y la barra. A mi lado, Clara ya se había acomodado en un taburete alto, sonriendo con esa mezcla de complicidad y picardía que siempre conseguía ponerme de buen humor.

—Te dije que esto te vendría bien —dijo, levantando su copa de bourbon y brindando conmigo—. Solo nosotras, un poco de música, y a olvidarnos del rancho por unas horas.

—Claro que sí —respondí, sonriendo mientras me sentaba frente a ella—. Aunque no sé si esto va a ayudarme a olvidarme de ciertas… distracciones.

Clara arqueó una ceja, divertida, y me golpeó suavemente con el dorso de la mano.

—Vamos, Kelly, no me digas que no te estás cayendo. No es solo físico, lo sé.

—Claro que sí —repuse con un guiño, aunque mi corazón latía con fuerza cuando pensé en Ethan—. Solo es físico, nada más.

Nos reímos, y por un instante el mundo del rancho y los problemas con Ethan parecieron disiparse. Clara tenía esa habilidad de sacarme de mi propia cabeza.

Mientras hablábamos, la camarera nos trajo un par de platos de costillas y más bourbon. La combinación de comida, alcohol y música country creaba un ambiente cálido, casi mágico.

—Recuerda que tienes que mantener tu orgullo —me recordó Clara, mordiendo un trozo de costilla—. No puedes dejar que un tipo te haga perder la cabeza.

—Lo sé… pero es tan irritante —dije, y ella se rio de nuevo—. Irritantemente… irresistible.

En ese momento, mis hermanos entraron en el bar. Liam y Noah nos vieron de inmediato y se acercaron a la mesa, saludando con sus sonrisas características.

—Si no fuera porque conozco a Clara, diría que estas dos van a incendiar el lugar —bromeó Liam, apoyándose en la mesa y mirándonos con esa mezcla de diversión y advertencia—. Pero cuidado, que hoy el que baile con Noah va a ser arrastrado al centro del rodeo, y no quiero ver a nadie rompiéndose un tobillo.

Noah se inclinó hacia Clara, ofreciéndole la mano con un gesto teatral.

—¿Bailas conmigo, señorita Méndez?

Clara aceptó sin dudarlo, y en cuestión de segundos, ella y Noah estaban bailando en el medio del bar, riendo y torpeando los pasos. La música country llenaba el espacio y, por un instante, todo parecía ligero y divertido.

—El día que esos dos den el paso de algo más… va a arder todo Texas —dijo Liam en voz baja, para que solo yo lo escuchara, y yo no pude evitar reírme—. Ese chico tiene suerte de tener tanta paciencia.

—Son igual de cabezones —suspiré.

—Tú no te quedas atrás, hermanita.

—Mira quién fue a hablar. El rey de los cabezones de esta familia —volteé los ojos.

—En todo caso, príncipe, el rey es papá.

—Cierto, nos gana a todos —dije, levantando mi copa a modo de brindis.

El ambiente del bar seguía lleno de música country y risas. Noah y Clara bailaban torpemente, pero con entusiasmo en medio del salón, mientras Liam y yo los observábamos con media sonrisa. Por unos minutos, me sentí liberada, olvidando los problemas con Ethan y el proyecto del hotel.

Pero entonces los vi entrar. Ethan y Sophie.

Mi pecho se tensó al instante. Ethan vestido con esa chaqueta oscura que lo hacía ver impecable incluso en un bar de vaqueros, caminando con esa seguridad que siempre me irritaba. Sus ojos azules se posaron sobre mí apenas cruzamos miradas, y por un segundo, sentí que el aire a mi alrededor se había vuelto más denso.

Sophie, como siempre, radiante y parlanchina, se adelantó y fue directamente hacia nuestra mesa, ignorando a Liam completamente.

—¡Kelly! ¡Qué sorpresa! —exclamó, dejando su bolso sobre la silla y mirándome con esa mezcla de complicidad y descaro—. Y tú debes ser Liam, ¿verdad? Encantada de conocerte.

Liam arqueó una ceja, divertido y algo desconcertado.

—Encantado, supongo —respondió con esa media sonrisa que siempre usaba conmigo cuando quería irritarme.

Ethan se detuvo justo detrás de Sophie, observándome en silencio. Su mirada era penetrante, y sentí que mi corazón empezaba a latir más rápido, aunque intenté mantener mi actitud despreocupada.

—Hola, Kelly —dijo, con esa voz grave que me hacía querer replicarle con sarcasmo de inmediato—. No esperaba encontrarte aquí.

—Ni yo a ti —respondí, cruzando los brazos y apoyándome ligeramente en la barra. Intenté sonar fría, pero mi voz traicionó una ligera vibración de interés—. ¿Vienes a ver a quién más puedes comprarle parte de sus tierras?

Ethan sonrió con un destello divertido en su mirada que me hizo fruncir el ceño.

—Sophie necesitaba ver cómo es un verdadero bar vaquero.

Sophie se rio, claramente disfrutando la tensión entre nosotros.

—Así es, Kelly, ¡quiero aprender a bailar country! ¿Podrías enseñarme tú, Liam? —dijo, empujando suavemente a mi hermano, con un brillo travieso en los ojos.

Liam me miró como diciendo "prepárate", mientras yo lanzaba una mirada rápida a Ethan, quien observaba toda la escena con los brazos cruzados y esa mezcla de curiosidad y desafío que siempre lograba desarmarme.

—¿Qué me dices, Liam? ¿Me enseñas? —insistió—. No quisiera lanzarme ahí sola y hacer el ridículo.

—No te preocupes —dijo Liam, cogiéndole de la mano con firmeza —. Aunque si se ríen, será por nuestra falta de ritmo, no por ti.

Sophie sonrió mientras mi hermano la llevaba hacia el centro de la pista, donde estaban Noah y Clara, y yo me quedé allí sola con Ethan.

Creí que podría controlarlo, pero no era así, porque en el momento en el que nos quedamos solos, me vinieron a la mente sus besos, el modo en el que sus labios se habían posado en los míos y en cómo mi cuerpo parecía necesitarle cerca constantemente.

—¿Tú no bailas? —me preguntó, y cuando le miré, sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo ante la intensidad de su mirada.

—Ahora mismo, no, la verdad. Estoy muy bien aquí, con mi bourbon. ¿Tú sabes bailar esto? —señalé hacia la pista y él miró.

Las parejas sonreían mientras bailaban, daban palmadas y disfrutaban del momento.

Yo misma había estado ahí millones de veces, pero esta noche, sin saber bien por qué, no me atrevía a salir a bailar porque no quería acabar haciendo el ridículo delante de Ethan. Y eso… eso sí que era una estupidez.

—No, no lo he bailado nunca —dijo con calma, pero con un filo que hacía vibrar cada fibra de mi cuerpo—. Pero ahora mismo me encantaría ver cómo te mueves.

Mi corazón dio un vuelco, y tuve que contener la risa que quería escaparse. Su mirada era intensa, cargada de una mezcla de desafío y atracción que hacía que mi control se deslizara.

—Ah, ¿así que prefieres verme bailar antes que conquistar tierras ajenas? —dije con tono pícaro, mientras Liam me guiaba con pasos inseguros pero firmes.

Ethan no respondió de inmediato, solo se acercó un poco más, y su presencia era tan abrumadora que sentí que el espacio entre nosotros se reducía sin que ninguno de los dos dijéramos una sola palabra.

—Enséñame a bailar —dijo, y como si pudiera hipnotizarme con una sola mirada, asentí.

Dejé mi copa, me puse en pie y le cogí de la mano para llevarle a la pista.

Veinte minutos después, Ethan se movía como si hubiera bailado así toda su vida.

—Me gusta cómo te mueves —me susurró al oído y mi respiración se aceleró—. Muy… decidida.

—¿Eso es un cumplido o una advertencia? —logré decir, manteniendo la voz firme, aunque mis rodillas temblaban ligeramente.

Ethan inclinó la cabeza, con esa media sonrisa que hacía que mi mente se llenara de pensamientos que no debía tener.

—Depende de ti —murmuró, acercándose un poco más, tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo—. Pero te aseguro que me atraes más de lo que debería.

El sonido de la música country se mezclaba con nuestros silencios cargados de tensión, y la risa de Noah y Clara bailando alrededor era como un eco que contrastaba con lo que sucedía entre nosotros. Cada roce accidental, cada mirada prolongada, hacía que la electricidad entre nosotros fuera imposible de ignorar.

Su mirada seguía fija en mí, y cuando me giró suavemente para un paso de baile, pude sentir cómo él se inclinaba un poco hacia mí, casi como desafiándome a cruzar los límites que todavía nos separaban.

Mi pulso se aceleró. Sabía que cada segundo que pasaba cerca de Ethan me estaba arriesgando, que la atracción entre nosotros era peligrosa, y, aun así, no podía apartar los ojos de él.

—Esto… esto es demasiado fácil —susurré, mientras los dedos de Ethan me guiaban en un giro torpe pero encantador.

—O quizás solo es que todavía no sabes jugar —respondió Ethan.

Sentí un escalofrío recorrerme y, por un instante, todo el ruido del bar desapareció. Solo él, su cercanía y la tensión que nos envolvía, como un hilo invisible que nos unía más de lo que cualquiera podía entender.

La música country cambió a un ritmo más lento y melódico, perfecto para un baile cercano, y Ethan me ofreció su mano con una sonrisa cómplice. Noah seguía girando a Clara entre risas, totalmente entregado al momento, igual que Liam con Sophie.

En ese momento sentí un impulso de libertad al dejarme guiar por los pasos, aunque no podía ignorar que todos los ojos del bar parecían estar en nosotros.

—¿Eso es un giro? —preguntó con un tono bajo, claramente disfrutando de nuestra cercanía.

—Sí, pero parece que necesitas práctica —respondí, intentando sonar confiada mientras mi corazón se aceleraba.

Se inclinó un poco más, acercando su rostro al mío mientras sus dedos rozaban los míos accidentalmente, aunque no era casualidad.

—Claro que necesito práctica… contigo —susurró, y sentí cómo un calor subía por mi espalda.

Intenté reírme, pero sonó más como un jadeo contenido que como una carcajada. Cada palabra suya, cada roce de sus dedos, hacía que mi control se deslizara peligrosamente.

—Ethan… —Murmuré, pero él solo arqueó una ceja, divertido y desafiante.

—¿Sí? —preguntó suavemente, inclinándose todavía más cerca, como si esperara una confesión que yo no estaba lista para dar.

Mi respiración se aceleró y mi pulso se disparó. Cada segundo cerca de él era como caminar sobre un alambre: peligroso y excitante al mismo tiempo.

Capítulo 19

Kelly

Sophie se acercó a nosotros, con esa risa característica que siempre lograba sacarnos de la tensión.

—¡Ethan! Esto es divertidísimo. Lo que nos estábamos en Boston. ¿Por qué no habíamos venido antes?

—Ya sabes que hemos tenido mucho trabajo.

—Tú has tenido mucho trabajo; tu madre y yo podríamos haber venido a pasar aquí nuestras vacaciones. ¿Puedo dejar mi empleo y quedarme aquí a vivir?

—Si pagas la suite presidencial del hotel, es toda tuya.

—¿La suite presidencial? Ni que tuviera yo el sueldo de una gobernadora o algo así.

—Entonces tendrás que buscar trabajo en algún rancho y alquilar una habitación.

—¿Sabes? Lo de verme vestida de vaquera, no estaría nada mal —dijo Sophie mientras lanzaba una mirada juguetona y sonreí.

Un par de minutos después fue a la barra con Liam a por un par de cervezas y allí se quedaron, charlando y riendo, hasta que Noah y Clara se unieron a ellos.

Miré a Ethan, que me miraba fijamente, y sus ojos tenían un brillo diferente al de otras veces. Y esa simple mirada era suficiente para que mi respiración se volviera irregular y mis pensamientos giraran en torno a él.

—¿Quieres que salgamos de aquí? —susurró de repente, tan cerca que pude sentir el calor de su aliento.

Mi corazón dio un vuelco. Estaba tentada, temerosa y excitada al mismo tiempo. Miré alrededor y vi que Sophie y Liam seguían distraídos, Noah y Clara riendo felices, y la música llenando cada rincón. Podía aprovechar ese momento para escapar de la mirada de todos y enfrentarme a lo que realmente sentía.

—¿Ahora? —pregunté, jugando con la voz, intentando sonar segura —. No es que me dé miedo… pero tampoco quiero arrepentirme.

—No vas a arrepentirte —susurró, rozando apenas mi brazo mientras extendía la mano para invitarme a seguirlo fuera del bar—. Confía en mí.

Mi pulso se aceleró y, por un instante, vacilé. Pero entonces, con un suspiro que fue más para mí que para él, acepté. Cogí su mano y dejamos atrás la risa y la música del bar.

Al salir al aire fresco de la noche, el viento me golpeó suavemente, despeinando mis cabellos y recordándome que estábamos solos, lejos de miradas indiscretas.

Ethan me guio hacia su coche y la tensión entre nosotros era palpable, cada paso acercándonos más, casi provocándonos.

—Aquí estamos —dijo con una sonrisa que no alcanzaba a ocultar el fuego que había en sus ojos—. Nada de público, nada de distracciones. Solo nosotros.

—Aquí estamos —susurré, intentando mantener el control, aunque mi respiración era más rápida de lo normal—. Pero no va a pasar nada —dije con un tono firme, aunque cada palabra se sentía débil frente a la cercanía de su cuerpo.

Ethan sonrió y, con un movimiento lento, acercó su rostro al mío. Su mano rozó mi cuello con la yema de los dedos, provocando un escalofrío que me recorrió la columna vertebral.

—Vuelve a decirlo… pero más convincente —me susurró al oído y sentí su aliento cálido rozando mi piel.

Mi garganta se cerró, y no dije nada. Solo sentí cómo la tensión entre nosotros se volvía insoportable, cargada de deseo y peligro.

No pude evitar sonreír, aunque el corazón me latía con fuerza. Sabía lo que estaba por venir y, al mismo tiempo, no podía resistirme.

Subimos al coche y el silencio se instaló entre nosotros. Ninguno decía nada, pero en realidad no hacía falta.

Cuando llegamos a sus tierras, el silencio de la noche y la extensión de su propiedad nos envolvieron. Solo nosotros dos y la tensión que había estado acumulándose durante días.

Ethan me tomó por la cintura, acercándome aún más, y esta vez no hubo palabras ni juegos: solo la electricidad que nos conectaba. Sus labios encontraron los míos con fuerza y necesidad, y mis manos se enredaron en su cuello mientras el mundo desaparecía a nuestro alrededor.

Susurró mi nombre entre besos y caricias, explorando cada curva de mi cuerpo con un hambre que coincidía con la mía. Cada roce, cada suspiro, era un recordatorio de lo peligroso que era esto, y, aun así, no podía apartarme.

Nos estábamos dejando llevar, perdiéndonos en la intensidad del momento, y por primera vez, la tensión, los juegos de poder y la atracción se convirtieron en algo físico, real y adictivo. Cada movimiento, cada roce, cada beso nos acercaba más a cruzar la línea que habíamos estado evitando cruzar a toda costa.

—Creo que deberíamos tomar un poco de aire —dije, apartándome en lo que tomé como un momento de lucidez.

Le deseaba, pero estábamos en el coche y, la verdad, mi etapa adolescente y la suya habían quedado atrás para acabar teniendo sexo en el asiento delantero de un coche.

Ethan sonrió, me dio un beso rápido y asintió.

Cuando salí y sentí el viento de nuevo en mi rostro, cerré los ojos y cogí aire, tratando de calmarme, de olvidarme de lo mucho que deseaba a ese hombre.

La noche caía sobre las tierras de Ethan como una manta cálida y silenciosa. El cielo estaba despejado y la luna brillaba sobre los corrales y el pasto alto, iluminando el camino por el que caminábamos. El aire olía a tierra húmeda y a hierba recién cortada, un aroma que siempre me había hecho sentir viva, pero nunca tanto como aquella noche.

Ethan estaba delante de mí y cada paso que daba era seguro, decidido, con esa mezcla de control y desafío que tanto me desconcertaba. Su mirada azul me atravesaba, y no podía evitar sentir que él veía más de lo que yo misma quería mostrar. Mi corazón latía rápido, y mi respiración se entrecortaba con cada movimiento que él hacía.

Nos detuvimos junto a un árbol, nos miramos y eso fue suficiente para que las ganas y el deseo regresaran a invadirnos.

Ethan me rodeó con el brazo, atrayéndome hacia él, y sus labios se apoderaron de los míos con urgencia, con hambre y con esa necesidad que yo también sentía.

Sin darme apenas cuenta, me escuché gemir cuando noté las yemas de sus dedos en la curva de mi cuello; esa caricia fue estremecedora, el detonante que hizo que mi cuerpo dejara de obedecerme.

—Kelly —dijo en voz baja, grave, cargada de intención—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

—Lo sé —contesté, intentando sonar firme, aunque por dentro sentía cómo todo se removía—. Y tú también.

No hubo más palabras. Me atrajo de nuevo hacia él y el beso se volvió más urgente, más fiero y voraz. Pude sentir su calor, su respiración, la fuerza contenida en su cuerpo.

Cada roce enviaba descargas eléctricas por mi cuerpo. Sus manos descendieron por mi espalda, atrayéndome hacia él, y sentí que el mundo desaparecía bajo nuestros pies.

—Eres un problema —susurró, apenas rozando mis labios con los suyos, con un tono entre advertencia y deseo.

—Aún no sabes cuánto —murmuré, mientras mis manos se enredaban en su cabello y lo acercaba más a mí, sintiendo cómo su cuerpo respondía al mío.

El contacto era un fuego que me recorría de pies a cabeza. Cada caricia de sus manos, cada roce, cada suspiro me hacía consciente de la intensidad de aquello. No era solo deseo físico; había algo más profundo, más peligroso, un vínculo que se estaba formando entre nosotros.

—Déjame mostrarte algo —dijo, con voz baja y urgente, mientras sus manos me guiaban suavemente hacia el césped—. Confía en mí.

Nos tumbamos sobre la hierba, y el mundo desapareció. Solo quedábamos él y yo, la noche y el silencio. Sus labios descendieron por mi cuello, provocando un estremecimiento que me recorrió toda la espalda. Mis manos recorrían su torso, explorando, descubriendo, reaccionando a cada movimiento.

—Kelly… —Susurró entre jadeos, apoyando su frente contra la mía —. Nunca creí que alguien pudiera hacerme sentir así.

—Yo tampoco —le respondí, apoyando mi cabeza contra su pecho, escuchando los latidos de su corazón—. Pero está pasando.

Sus manos hablaban un lenguaje propio: protección, deseo, urgencia. Mis respuestas eran entrega, curiosidad, hambre y una pizca de miedo. Cada contacto nos unía más, creaba un vínculo peligroso y adictivo que no podíamos negar.

—No quiero perder el control —susurré, sintiendo cómo nuestras piernas se entrelazaban—. Pero contigo… es imposible.

—No tienes que perderlo —dijo, acercando su rostro al mío y sus ojos brillaron intensamente—. Solo déjate llevar.

Y sí, nos dejamos llevar.

La tensión se convirtió en un baile de pieles, suspiros y caricias. Cada movimiento era consciente y a la vez impulsivo, un choque de voluntades que nos arrastraba sin remedio. Sus labios bajaron lentamente por mi cuello, y mis manos recorrieron su espalda y pecho, sintiendo la fuerza contenida bajo la piel. Cada roce provocaba que mi respiración se acelerara, que el corazón me latiera desbocado, que me olvidara del mundo entero.

La ropa desapareció y nos quedamos desnudos bajo la luz de la luna. Nuestros ojos se encontraban constantemente y el brillo que veía en los de Ethan me decía que realmente me deseaba, que quería aquello tanto como yo.

Se inclinó para besarme de nuevo y sentí las yemas de sus dedos subiendo despacio por mi pierna, haciendo que me estremeciera. Sus labios abandonaron los míos y bajaron a mi cuello, besando y mordisqueando esa zona tan sensible.

Sin poder evitarlo, gemí y noté cómo se reía en mi cuello mientras mis manos subían por su espalda, notando cada músculo.

Unos segundos después, la punta de su lengua lamió uno de mis pezones y gemí de nuevo; le miré y me encontré con sus ojos, hambrientos de deseo.

Comenzó a lamerlo, mordisquearlo y masajear el otro pecho con la mano, haciendo que mi excitación creciera a cada segundo que pasaba.

Y cuando se centró en lamer y mordisquear el otro pezón, su mano fue bajando muy despacio por mi costado hasta que la noté entre mis piernas.

El calor de su mano sobre mi sexo hizo que arqueara la espalda, y gemí mientras clavaba mis uñas en su espalda cuando sus dedos se deslizaron entre mis pliegues. Tenía experiencia, estaba claro, porque sabía bien dónde y cómo tocar.

Grité cuando me penetró con el dedo y ahí ya no pude contenerme más. Busqué su rostro con mis manos y lo atraje hacia mí para besarlo. Necesitaba sentir sus labios sobre los míos mientras su mano me llevaba al orgasmo.

Porque sí, de manera inevitable estaba llegando a ese punto de no retorno. Y cuando estaba a punto de correrme, sentí cómo retiraba el dedo.

—¿Por qué paras? —pregunté entre jadeos.

—Porque todavía no vas a correrte, vaquera —murmuró, me dio un beso en los labios y comenzó a dejar un camino de besos por mi cuerpo.

Hasta que le vi hundir el rostro entre mis piernas y comenzó a lamer como si la vida le fuera en ello.

Joder, en mi vida me habían devorado del modo que él lo hacía.

Y mis caderas se movían solas, acompasadas al ritmo que él marcaba, mientras mis gemidos y gritos resonaban en el silencio de la noche.

Cuando Ethan comenzó a penetrarme con dos dedos, supe que estaba perdida, y en cuestión de unos minutos me estaba corriendo como nunca antes lo había hecho.

Ethan no me dio tregua y ni siquiera esperó a que el orgasmo se desvaneciera, sino que se arrodilló entre mis piernas y me penetró de una sola embestida, fuera y profunda, que me arrancó un grito casi ahogado.

Y mientras él me penetraba, una y otra vez, yo me aferraba a sus brazos con todas mis fuerzas. Le rodeaba con las piernas por las caderas, gimiendo y gritando mientras contemplaba su torso. Me perdía en sus ojos, esos que me observaban como si fuera una pieza de museo, algo valioso para él.

En un momento de auténtica locura, le hice recostarse y me acomodé sobre él, le besé con todo lo que tenía, con esa hambre que él me despertaba, y tras guiar su miembro a mi vagina, comencé a moverme.

Me aparté para verle y sonreí internamente mientras le veía disfrutar del espectáculo.

Mis pechos se movían cada vez que yo subía y bajaba, sintiendo su miembro abriéndome por completo. Sus manos me agarraban por las caderas y, cuando sentí que me apretaba con un poco más de fuerza, apoyé ambas manos en su torso y él comenzó a moverse, a penetrarme con más fuerza.

No sabría decir cuánto tiempo pasó, pero sí que cuando alcanzamos el clímax lo hicimos al unísono y que mis gritos resonaron en la noche.

—Kelly… esto… —Susurró, con un hilo de voz—. No puedo… no puedo parar de sentirlo.

—Ethan… —Susurré, apoyando mi frente contra la suya—. Esto es peligroso.

—Lo sé —dijo, acariciando mi mejilla—. Pero no me importa.

Nos quedamos abrazados, bajo la luz de la luna, respirando juntos, compartiendo un silencio cargado de tensión y emoción. Cada caricia era un recordatorio de lo que nos unía, de la química que nos consumía, de la vulnerabilidad que estábamos compartiendo.

—Kelly… —Susurró, rozando mis labios con los suyos suavemente.

—Esto no puede repetirse —le corté, mientras sentía mi cuerpo temblar bajo el suyo—. Ya hemos roto la única regla que no deberíamos haber roto.

—Entonces déjame romper esa regla una vez más —dijo, con una sonrisa apenas perceptible, mientras sus dedos recorrían mi cuello y hombros, provocando escalofríos que me recorrían toda la espalda—. Solo una vez más.

Y me dejé llevar. Por primera vez en mucho tiempo, olvidé el miedo, el control y las barreras. Solo existíamos él y yo, la noche, el césped frío bajo nosotros, el calor de su cuerpo y la electricidad de cada roce. La intensidad de nuestro encuentro nos marcaba, nos transformaba, nos unía de una manera que sabíamos peligrosa, pero irresistible.

Nos quedamos allí, abrazados, respirando juntos, sintiendo la cercanía y la vulnerabilidad. No había distracciones, no había juicios. Solo nosotros, la noche y la certeza de que este vínculo que empezaba a formarse sería imposible de romper.

—Ethan… —Susurré, temblando, con la voz apenas audible—. No debería…

—Déjalo —murmuró, acariciando mi cuello con la yema de los dedos, provocando un escalofrío que me recorrió toda la espalda—. Déjate sentir.

Por primera vez en mucho tiempo, me permití soltar el control, dejar que el miedo y la cautela se mezclaran con el deseo y la necesidad. Sus labios descendieron lentamente por mi hombro, mientras mis manos recorrían su espalda, aferrándome a él como si así pudiera anclarme al momento, al presente, a nosotros.

Cuando finalmente nos separamos un momento, nuestros rostros estaban cerca, las frentes rozándose, respirando con dificultad, compartiendo el calor y la intimidad del momento. La luna iluminaba nuestros rostros, y podía ver la misma mezcla de deseo y aprehensión en sus ojos que sentía en los míos.

—Kelly… —susurró, acariciando mi mejilla con delicadeza—. Esto no es solo físico. Los dos lo sabemos.

—Lo sé —dije, temblando levemente.

Y en ese instante, con las respiraciones entrecortadas y los cuerpos todavía temblando por la cercanía, entendimos que algo había cambiado. Lo que comenzó como tensión y provocación había evolucionado hacia algo mucho más profundo, peligroso y adictivo. Habíamos cruzado una línea que no tenía vuelta atrás, y ambos éramos conscientes de ello.

Nos quedamos abrazados bajo la luna, respirando juntos, compartiendo un silencio cargado de significado, mientras la noche nos envolvía y nos prometía que, a partir de ese momento, nada volvería a ser igual.

La primera luz del amanecer nos rodeaba cuando por fin nos separamos.

Mis músculos aún temblaban por el contacto de Ethan, por la intensidad de la noche, pero lo que me golpeaba con fuerza era la realidad: habíamos cruzado una línea, y no había vuelta atrás.

—Kelly —dijo él, con voz rasposa, mientras me sujetaba suavemente por los hombros—. No quiero que esto se convierta en un error.

—No lo es —respondí, tratando de sonar firme, aunque el temblor en mi voz delataba lo contrario—. Pero tampoco podemos fingir que no pasó.

Ethan me miró con esa mezcla de desafío y vulnerabilidad que lo hacía irresistible. Sus ojos azules no mentían; yo podía ver todo lo que no se atrevía a decir en voz alta.

—Nunca me había sentido así —murmuró, inclinándose ligeramente para rozar mi mejilla con sus labios—. Contigo todo es demasiado real.

Me aparté un instante para respirar, tratando de calmar el corazón que latía a mil por hora.

—¿Demasiado real o demasiado peligroso? —pregunté, con un hilo de ironía que apenas lograba mantener mi compostura.

—Ambas cosas —dijo él, dejando escapar un suspiro—. Pero eso no cambia lo que siento.

Me quedé callada, intentando ordenar mis pensamientos. Cada palabra suya encendía algo dentro de mí que no podía controlar. Todo lo que había jurado: distancia, control, prudencia… se había esfumado en cuestión de horas.

Capítulo 20

Kelly

El viaje fue silencioso, cargado de tensión. Cada vez que nuestras manos se rozaban, mi corazón daba un vuelco. No podía mirarlo directamente demasiado tiempo; su intensidad me desarmaba.

Cuando llegamos, Ethan abrió la puerta de su casa con movimientos suaves, pero decididos. La elegancia del lugar contrastaba con la naturaleza de su carácter: ordenado, controlado, pero con una corriente de pasión contenida que podía sentir en cada gesto.

—¿Segura de esto? —preguntó, cerrando la puerta tras nosotros.

—Tan segura como puedo estar —susurré, acercándome a él—. Pero esto es peligroso, Ethan. Lo sabes.

Él sonrió con una media sonrisa que me volvió a desarmar, acercándose lentamente, hasta que apenas nos separaban unos centímetros.

—Peligro es mi segundo nombre —murmuró, inclinándose para rozar mis labios con los suyos otra vez, esta vez con más urgencia—. Pero contigo, siento que vale la pena el riesgo.

El contacto fue más intenso esta vez. No había reservas, no había cautela. Sus manos exploraban con firmeza y delicadeza al mismo tiempo, recorriendo mi espalda, mis brazos, mi cuello. Mi respiración se aceleraba con cada roce, cada suspiro, cada palabra susurrada que hacía que mi cuerpo reaccionara de manera involuntaria.

—Kelly —dijo, apoyando su frente contra la mía—. No quiero que después te arrepientas de esto.

—No lo haré —admití, apoyando mi cabeza contra su pecho—. Pero debemos ser conscientes de lo que esto significa.

—Lo soy —dijo, susurrando cerca de mi oído y sentí su aliento rozando mi piel—. Lo sé todo. Y, aun así, no puedo alejarme.

Su cercanía me hizo temblar. Era imposible pensar en otra cosa. Cada roce de sus dedos, cada caricia, cada suspiro nos unía más, nos hacía vulnerables, nos acercaba a un límite que era casi aterrador. Pero no quería detenerme. No podía.

—Ethan… —Susurré, con un hilo de voz temblorosa—. Esto me consume.

—A mí también —contestó, con sinceridad—. Pero eso es lo que lo hace real.

Subimos a su habitación, tan silenciosos como pudimos, conscientes de que su madre y Sophie estaban allí, y cuando entramos, el aroma de su perfume, masculino y amaderado, se sentía impregnado en cada rincón.

Nos dejamos caer en la cama, abrazados, sin tocar aún los límites de la pasión total, pero explorando cada gesto, cada contacto, cada respiración compartida. Había algo más que deseo; había confianza y vulnerabilidad. Por primera vez, ambos bajábamos la guardia y nos mostrábamos tal como éramos.

—Nunca he permitido que alguien me vea así —admití con voz temblorosa—. Siempre controlo todo. Pero contigo… no puedo.

—Eso es lo que me asusta y me atrae a la vez —dijo Ethan, acariciando mi mejilla con delicadeza—. Nadie me ha hecho sentir esta mezcla de peligro y seguridad antes.

El tiempo parecía haberse detenido. Cada segundo era más intenso que el anterior. Su respiración cerca de mi oído, el calor de su cuerpo, la electricidad que recorría nuestras pieles, todo me recordaba que esta relación no era solo física; era algo que nos marcaba, que nos unía emocional y profundamente.

—Kelly —susurró, con voz baja y grave—. Esto no tiene marcha atrás.

—Lo sé —dije, apoyando mi frente contra la suya, sintiendo cada latido de su corazón—. Y aun así no quiero que la tenga.

Sus labios encontraron los míos otra vez, más firmes, más apasionados. Cada caricia nos llevaba más allá, creando un vínculo peligroso y adictivo que ninguno de los dos podía negar. Por primera vez, comprendí que esta conexión no era solo deseo ni juego de poder: era algo que nos iba a marcar para siempre.

Nos abrazamos en silencio, compartiendo el calor, la respiración, la intensidad de lo que habíamos empezado. No había palabras suficientes para describirlo, y no hacían falta. Todo estaba en la mirada, en el contacto, en la electricidad que nos recorría.

En ese momento, comprendí que Ethan no era solo un enemigo, un intruso que ponía en peligro las tierras de mi familia o un desafío a mi independencia. Era alguien que había encontrado una grieta en mi armadura y la estaba usando para entrar en mi vida de una manera que no podía controlar, y que no quería controlar.

Durante unos instantes, el silencio nos envolvió como un manto pesado y cálido. La luz del sol que seguía saliendo se colaba por los ventanales, iluminando su rostro y sus ojos azules que brillaban con intensidad. Mi corazón latía con fuerza, y sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Estábamos solos, y algo en el aire me decía que lo que sucediera a partir de ese instante podía cambiarlo todo.

—Kelly —dijo, avanzando un paso hacia mí, su voz grave y cargada de intención—. Esto no tiene que ser solo sexo.

Me quedé paralizada un segundo, observando cómo me miraba. Su presencia era abrumadora; su mirada parecía atravesarme, leer cada pensamiento y cada miedo.

—No quiero que sea solo un roce —susurré, sintiendo cómo el calor de su cuerpo comenzaba a invadirme—. Pero también tengo miedo.

Sus manos subieron lentamente hasta acariciar mi mejilla, trazando líneas delicadas y tiernas, que contrastaban con la tensión de su mirada.

—Yo también —dijo en un leve murmullo—. Pero estoy dispuesto a arriesgarlo todo.

Mi respiración se aceleró. Mis manos temblaban mientras recorrían su espalda, sintiendo cada músculo tensarse bajo mis dedos. Cada roce enviaba descargas eléctricas por todo mi cuerpo, una mezcla de deseo y miedo que me hacía estremecer.

Ethan se inclinó hacia mí y sus labios se encontraron con los míos, primero suaves, casi exploratorios, luego con más urgencia. Su aliento se mezclaba con el mío, y sentí cómo su cuerpo se pegaba al mío con fuerza y firmeza, abrazándome, sujetándome, marcando su territorio de manera silenciosa pero rotunda.

—Kelly… —murmuró, su voz ronca, mientras sus labios bajaban hacia mi cuello.

No dijo nada más, pero para mí fue suficiente. El modo en el que había dicho mi nombre me dejaba claro que deseaba que volviera a pasar, que deseaba cruzar de nuevo esa línea que habíamos cruzado dos veces en las últimas horas y que, aunque yo dijera que no debía volver a repetirse, ambos romperíamos esa promesa.

Volvió a besarme, con una intensidad que me dejó sin aire, sus manos explorando con decisión, acariciando, provocando, mientras mi cuerpo reaccionaba instintivamente. Cada roce de su piel contra la mía enviaba oleadas de calor y deseo que me hacían olvidar todo, menos él.

—Ethan… —Jadeé, apoyando mis manos en su pecho, notando cómo el latido de su corazón se mezclaba con el mío—. Esto es peligroso.

—Lo sé —dijo, con un suspiro entrecortado, sus dedos bajando por mi espalda hasta mi cintura—. Pero eso es lo que lo hace perfecto.

Nuestros cuerpos se movían al unísono, buscando contacto, explorando, descubriendo curvas, piel, cada centímetro que hasta ahora habíamos mantenido bajo control. No había prisas, solo el tiempo detenido mientras nuestros labios, manos y cuerpos hablaban un idioma que no necesitaba palabras.

Él me hizo girar suavemente, quedando frente a frente. Sus manos recorrían mis brazos, mi espalda, mientras sus ojos me quemaban con intensidad. No había nada más que su presencia y la electricidad que nos recorría.

—Kelly —susurró, bajando la cabeza hacia mi cuello, dejando un rastro de besos que me hizo estremecer—. No hay vuelta atrás.

—No la quiero —susurré, apoyando mi frente contra la suya, dejando que su calor me envolviera.

Sentí cómo sus manos bajaban aún más, acariciando mi cintura, mis caderas, provocando que todo mi cuerpo respondiera sin control. Cada roce, cada suspiro nos acercaba al límite, y no quería retroceder. Quería sentirlo todo, cada segundo, cada instante, cada caricia compartida.

Me dejé llevar, olvidando todo excepto su piel contra la mía, sus manos explorando, su respiración mezclándose con la mía. Cada suspiro y gemido era un diálogo de deseo y necesidad, cada toque una confesión silenciosa. Me sentí expuesta y viva a la vez, completamente atrapada en el momento, sin intención de soltarme.

Sus manos subieron por mi espalda, volvieron a bajar por los costados y acto seguido comenzó a desabrochar de nuevo uno a uno los botones de mi camisa. Me desnudó despacio, sin prisa, como si esta vez quisiera que este momento durase mucho más. Cuando me tuvo completamente desnuda ante él, se detuvo un momento, y sus ojos recorrieron cada centímetro de mi cuerpo.

—Eres perfecta —susurró, y sentí cómo mis mejillas se sonrojaban.

Sus manos volvieron a mi cuerpo, esta vez con más urgencia, deslizándose por mis costados y posándose en mis caderas.

—Kelly —murmuró contra mi piel mientras sus labios trazaban el contorno de mi clavícula.

El aire frío hizo que mis pezones se pusieran duros, y Ethan no perdió tiempo en llevar su boca a uno de ellos, su lengua trazando círculos mientras su mano acariciaba el otro.

—Ethan —gemí, llevando mis dedos a su cabello y entrelazándolos.

Él continuó con sus labios besando cada centímetro de mi estómago hasta que se arrodilló frente a mí. Estaba de nuevo desnuda frente a él, sintiéndome vulnerable pero increíblemente poderosa al mismo tiempo.

Capítulo 21

Kelly

—Mira lo que me haces —dijo, con la voz áspera de deseo.

Miré hacia abajo y vi cómo sus pantalones se tensaban, evidencia clara de su excitación. Me arrodillé frente a él y mis manos fueron directas al cinturón de sus pantalones. Mis dedos temblaban ligeramente mientras lo desabrochaba, deslizando la cremallera hacia abajo.

Cuando lo liberé de su ropa, Ethan emitió un gemido bajo. Mis dedos se cerraron alrededor de su miembro, sintiendo su calor y su pulso bajo mi mano. Comencé a moverla lentamente, mirando su cara mientras sus ojos se cerraban por el placer.

—Clara, no... —Si sigues así, no voy a durar —dijo, con voz tensa.

Sonreí y me retiré, recostándome en la cama. Él me siguió, y su cuerpo cubrió el mío. Sus rodillas se abrieron entre mis piernas, empujándolas suavemente hacia los lados. Podía sentir su erección presionando contra mi entrepierna, y me moví contra él, buscando más fricción.

—¿Qué quieres, Kelly? —preguntó con los labios junto a mi oído.

—Quiero que me folles, Ethan —susurré, sin rodeos.

Él rio suavemente, y sentí su aliento caliente contra mi piel.

—Será todo un placer.

Se deslizó dentro de mí lentamente, y ambos gemimos al sentirnos completamente unidos. Se quedó quieto un momento, permitiéndonos disfrutar de la sensación, antes de comenzar a moverse.

Sus movimientos comenzaron lentos, deliberados, cada embestida profunda y completa. Pero pronto la urgencia se apoderó de nosotros, y su ritmo se aceleró. Mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura, permitiéndole entrar aún más profundo.

—Así, Ethan, así —gemí, y mis uñas arañaron su espalda.

Él respondió aumentando el ritmo, sus caderas moviéndose con una fuerza que me llevaba al borde del éxtasis. Una de sus manos bajó entre nosotros, sus dedos encontraron mi clítoris y comenzó a frotarlo en círculos.

—Ethan, voy a... voy a... —No pude terminar la frase mientras el orgasmo me recorría como una ola.

Mi cuerpo se arqueó bajo él, mi espalda curvándose mientras el placer me consumía. Ethan continuó moviéndose, prolongando mi orgasmo hasta que él también alcanzó el suyo, con un gemido profundo mientras se vaciaba dentro de mí.

Permanecimos así un momento, nuestros cuerpos sudorosos y entrelazados, ambos intentando recuperar el aliento. Finalmente, se retiró de mí, tumbándose a mi lado y tirándome hacia su pecho.

Sus dedos comenzaron a trazar leves caricias en mi espalda, y sentí cómo los párpados me pesaban. Estaba a punto de quedarme dormida cuando sentí cómo su miembro comenzaba a endurecerse de nuevo contra mi muslo.

—¿Otra vez? —pregunté con una sonrisa pícara.

—Para ti, siempre —respondió, y sus labios encontraron los míos en otro beso apasionado.

Y lejos de cumplir la promesa de no repetir, durante el amanecer lo hicimos dos veces más, explorando cada rincón de nuestros cuerpos y descubriendo nuevas formas de darnos placer.

Desperté horas después con el peso de su brazo sobre mi cintura y el sonido suave de su respiración en mi oído. Me giré lentamente para mirarlo, estudiando su cara mientras dormía. En ese momento, supe que aquello no sería solo una noche. Había algo más entre nosotros, algo que iba más allá del deseo físico.

Cuando Ethan abrió los ojos, me encontró mirándolo. —Buenos días —dijo, con la voz ronca por el sueño.

—Buenos días —respondí, acercándome para darle un beso suave.

Sus brazos me rodearon, tirándome más hacia él.

—¿Qué te parece si empezamos el día de la misma manera que terminamos el de ayer? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Yo no pude evitar reír.

—Etan, eres insaciable.

—Solo cuando se trata de ti —respondió él, y su boca encontró de nuevo la mía mientras sus manos comenzaban a explorar mi cuerpo una vez más.

Y sí, el día lo empezamos, o mejor dicho lo continuamos, dejándonos llevar por el deseo, entregándonos el uno al otro sin reservas.

Cuando acabamos, jadeantes, exhaustos pero saciados, nos quedamos abrazados en silencio durante varios minutos, con la respiración aún agitada y los cuerpos todavía marcados por cada roce, cada caricia y cada beso. Podía sentir el calor de Ethan, cómo cada músculo de su cuerpo estaba tan tenso y alerta como el mío. Habíamos cruzado un límite, y aunque la mente me decía que debía detenerme, el corazón y el cuerpo no querían escuchar nada más.

—Kelly —dijo de nuevo, con esa voz grave y profunda en un susurro —. Esto nos cambia.

Asentí, sin palabras, porque ninguna palabra podía describir lo que sentía. Su cercanía, su tacto, la manera en que sus manos me sostenían, como si no quisiera dejarme escapar… todo eso hablaba más fuerte que cualquier discurso.

Él bajó lentamente la frente hacia la mía, y sus labios rozaron apenas los míos, un gesto íntimo, casi prohibido. La tensión entre nosotros se mezclaba con la ternura de un momento que ninguno de los dos había planeado, pero que, inevitablemente, nos marcaba.

—No quiero que esto termine —susurró, acariciando mi cuello con la yema de los dedos, mirándome a los ojos—. No sé si voy a poder mantener la promesa de no volver a repetir esto.

—No sé si quiero que termine —confesé con un hilo de voz, apoyando mi cabeza contra su pecho—. Pero tampoco sé a dónde nos lleva esto.

Se inclinó, besando mi frente, y por un instante todo parecía posible, y a la vez, todo era un riesgo. Nos quedamos así, abrazados, permitiéndonos sentir, sin palabras, solo respirando juntos y aceptando que lo que acababa de ocurrir era el principio de algo que no podríamos controlar, algo intenso, peligroso… y adictivo.

Finalmente, Ethan se separó apenas un poco, suficiente para mirarme de frente, sus ojos azules llenos de intensidad y deseo.

—Kelly —dijo, con un susurro que recorrió mi piel como fuego—. Esto no es un juego. Puedes creerme.

Quería creerlo, pero mi pasado me había enseñado que la confianza se ganaba con el tiempo, y no podía olvidarme de que Ethan había llegado al pueblo con la intención de poner un hotel de lujo en las tierras vecinas a las mías, y acabar con la vida tal como la conocía.

Nos miramos unos segundos más, compartiendo un entendimiento silencioso: habíamos cruzado la línea, y aunque ambos éramos conscientes del peligro, ninguno quería retroceder.

El silencio se hizo cómodo, cómplice. Sabíamos que la pasión no se había apagado, que la atracción que nos consumía era demasiado fuerte. Pero también sabíamos que habría consecuencias, que la mañana siguiente traería nuevos desafíos… nuevos conflictos… y que nada volvería a ser igual entre nosotros.

Con un último suspiro, Ethan acarició mi mejilla, bajando lentamente su frente hacia la mía una vez más, antes de alejarse unos pasos. Nos quedamos mirándonos, respirando aún con fuerza, y con la certeza de que aquel encuentro había marcado el inicio de algo que ninguno de los dos podría ignorar ni controlar.

—Tengo que irme antes de que todos se den cuenta de que no he dormido en casa —dije.

—Te llevo.

—No es necesario.

—Ningún hombre que se llame así dejaría a una mujer volver sola a casa —respondió, me volvió a besar y salió de la cama.

Mi mirada fue directa a él, a su espalda, a su cuerpo fibroso y trabajado en el gimnasio. Se notaba que se cuidaba para mantenerse en forma.

Se duchó mientras me vestía y, cuando salió, volvió a besarme y me cogió de la mano, guiándome en silencio por la casa hasta que salimos y subimos a su coche.

Por más que le pedí que me dejara en la valla que separaba nuestras tierras, dijo que no y me llevó hasta la parte trasera del rancho. Le di un beso y salí del coche, subiendo a mi habitación tan sigilosa como pude.

Me duché y me vestí mientras pensaba en mis palabras, en que lo que había pasado con Ethan no podía volver a repetirse, pero ni siquiera había podido mantenerlo después de que pasara.

Al salir al porche, el aroma del café recién hecho me envolvió. Mi padre ya estaba allí, sirviendo las tazas con su habitual calma, mientras la abuela me observaba desde su mecedora con una sonrisa traviesa, gafas de sol incluidas, como si supiera exactamente lo que había pasado.

—Veo que llegas tarde al desayuno, Kelly —dijo la abuela—. ¿Qué te ha mantenido en la cama hasta ahora?

Negué con la cabeza, intentando mantener la compostura.

—Solo… necesitaba pensar un poco —mentí, abrazándome a la taza de café—. Nada importante.

La abuela me miró detenidamente, inclinando la cabeza, y su sonrisa solo aumentó.

—Claro que sí, corazón. Pero te lo advierto, sé reconocer un fuego cuando lo veo —susurró divertida—. Y el tuyo no es un fuego cualquiera.

Antes de que pudiera responder, Jake apareció en el porche, con la camisa desabrochada y los brazos cruzados sobre el pecho. Su mirada se posó en mí, y la tensión se volvió casi física, cargada de celos y protección.

—Buenos días, Kelly —dijo con voz grave—. Quiero hablar contigo.

Mi corazón se aceleró y traté de mantener la calma.

—Ahora no, Jake —respondí firme—. Tengo cosas que hacer.

—Esto no puede esperar —insistió, dando un paso hacia mí.

Suspiré y crucé los brazos, mientras mis músculos se tensaban. Sabía que cualquier roce, cualquier palabra de Jake, me hacía recordar a Ethan, y eso solo aumentaba la tensión.

Fue entonces cuando Liam y Noah bajaron las escaleras del porche, alertados por la discusión. Liam se plantó frente a Jake, con una mezcla de advertencia y firmeza.

—Jake, cálmate —dijo—. Sé que te importa, pero actúa como un hombre, no como un adolescente celoso.

Jake frunció el ceño, conteniendo la rabia, mientras Noah se acercaba y me tocaba el brazo suavemente.

—Todo está bien, Kelly —susurró, y noté la preocupación en su mirada.

Pero no estaba bien, nada lo estaba, porque había dejado que mi mente y mi cuerpo tomaran el control. Había cruzado la línea con Ethan y ahora... ahora sabía que no había vuelta atrás. Ese hombre me gustaba y me atraía más de lo que ni siquiera estaba dispuesta a admitirme ni a mí misma.

Capítulo 22

Ethan

Había pasado la noche en vela. La casa estaba silenciosa, pero mi mente no encontraba paz.

Todo mi sistema parecía en alerta, y no era por los números, las propiedades ni los contratos que debía cerrar: era por Kelly. Esa mujer había conseguido algo que nadie había logrado jamás: hacerme perder el control sin apenas tocarme.

Me levanté antes del amanecer, empujando la puerta de mi despacho. Los papeles estaban alineados como siempre, la pantalla del ordenador iluminaba el cuarto con esa luz fría y obsesiva que me gustaba, pero nada me ayudaba a concentrarme.

Revisé balances, contratos de terrenos, correos electrónicos; todo me parecía irrelevante. Cada pensamiento volvía a ella: la forma en que sus piernas se tensaban al montar, la manera en que su risa podía cortar el aire, cómo podía ser feroz y vulnerable al mismo tiempo. Y, sobre todo, el modo en el que había correspondido a mis besos y cómo se había entregado a mí.

Tomé un café que no sabía a nada y me senté frente a un archivo antiguo que me había dejado Sophie mientras revisaba documentos del rancho.

Era un artículo de periódico fechado hacía años, una nota sobre Kelly y un exnovio en el circuito de rodeos. Leyéndolo, sentí cómo se abrían grietas en la imagen que tenía de ella: la mujer fuerte, independiente, sin fisuras. Allí estaba, expuesta a la humillación pública, traicionada, con su orgullo hecho añicos.

Mi pecho se apretó. Por primera vez no estaba viendo a la mujer invencible que desafiaba mi control, sino a alguien con cicatrices reales. Cicatrices invisibles, pero dolorosas.

No debería importarme, me repetía a mí mismo. Pero no podía. Cada palabra que leía sobre aquel escándalo público me acercaba más a comprender su fuego, su miedo a confiar y la razón por la que siempre se había mantenido a la defensiva conmigo.

Cuando el sol empezó a elevarse, ya no podía soportar estar solo. Cogí las llaves del coche, mi chaqueta y salí sin rumbo fijo hacia el rancho. Necesitaba verla. No como un capricho o una distracción, sino porque algo en mí reclamaba estar cerca de ella, como si su sola presencia fuera la única forma de respirar con normalidad.

Al llegar, la vi en el establo, inspeccionando los caballos con su habitual concentración, su cabello oscuro cayendo sobre sus hombros, la luz del amanecer iluminando sus curvas atléticas y sus ojos verdes que parecían penetrar la realidad misma.

Por un instante, dudé si debía acercarme o quedarme escondido en la sombra, pero algo me empujó a dar un paso adelante.

—Deberías haberme contado lo que pasó —dije finalmente, con voz contenida, sin arrogancia, tratando de sonar cercano sin invadir—. Aquello, lo que viviste, todo el escándalo.

Se tensó de inmediato, con los hombros rígidos, la mandíbula apretada, y sus ojos brillaron con desconfianza.

—No te debía nada —contestó con firmeza, aunque su voz estaba cargada de un hilo de vulnerabilidad que solo noté yo.

Me acerqué un paso más, intentando suavizar la distancia entre nosotros sin romper su espacio personal.

—No tienes que demostrar nada todo el tiempo —susurré, más suave ahora, buscando romper las defensas que ella levantaba sin querer.

La vi parpadear, y por primera vez no respondió con sarcasmo ni provocación, sino con un silencio que decía más que cualquier palabra. El aire entre nosotros se volvió pesado, eléctrico.

—Ethan… —dijo finalmente, bajando la mirada—. Entre nosotros no podría haber nada más allá del sexo. Tú eres un hombre de ciudad; yo… yo soy esto —señaló el rancho, los caballos, la tierra—. Mi vida es esto, y no puedes apreciarlo, ni tú ni tu proyecto.

Su franqueza me golpeó como un puño. Respiré hondo y la miré directamente a los ojos.

—No se trata del rancho ni del proyecto —dije con calma, pero con intensidad—. Si tuviera que cambiar la ciudad por un rancho en Texas, tú serías el único motivo por el que lo haría.

Ella me miró con incredulidad, y sus labios temblaron.

—Eso… no me lo creo —susurró, apartando la mirada—. —Será mejor que dejemos de vernos —dijo mientras comenzaba a alejarse, con la espalda recta y desafiante, aunque sentía la tensión en cada movimiento.

Mi corazón latía con fuerza, y sabía que no la dejaría ir tan fácilmente. Corrí hacia ella, tomándola suavemente del brazo, girándola hacia mí.

—Kelly… —dije, casi rogando, con una sinceridad que rara vez permitía—. No me voy a alejar de ti. No tan fácilmente.

Ella me miró, sus ojos verdes llenos de fuego y dudas, y por un instante, me dejó ver la niña que había sido traicionada y la mujer que podía ser amada.

—Entonces… no lo intentes —susurró, un hilo de vulnerabilidad y desafío en su voz.

Sin más palabras, nos acercamos. Esta vez nuestros labios se encontraron en un beso lento, lleno de tensión, deseo y una promesa no dicha: que ninguno de los dos iba a ceder, que este vínculo nos marcaría para siempre. Pese a las diferencias y cicatrices, estábamos destinados a cruzarnos una y otra vez.

Después del primer beso, el aire se volvió pesado, y la distancia que Kelly intentaba imponer se sentía como un muro que quería atravesar. Me aparté ligeramente, no por falta de deseo, sino porque necesitaba entenderla, leerla, saber qué estaba pasando detrás de esos ojos verdes que me desarmaban.

—Kelly… Empecé, pero ella me interrumpió, su voz cortante como un látigo suave.

—No va a repetirse. Lo que pasó… no debe volver a ocurrir.

La escuché, y cada palabra era una mezcla de advertencia y confesión. Su orgullo chocaba con su vulnerabilidad, y me resultaba imposible no querer romper todas las barreras que había construido.

—¿Por qué no? —pregunté con cuidado, intentando no sonar arrogante—. ¿Por qué soy un hombre de ciudad y tú de rancho?

Se tensó, cruzando los brazos sobre el pecho como un escudo.

—Exactamente —dijo, sin mirarme—. Mi vida es esto: el rancho, los caballos, los rodeos. Tú no puedes apreciarlo ni entenderlo. No quiero que lo destruyas.

Mi pulso se aceleró. No por el rechazo, sino por la mezcla de frustración y deseo. Quería que me dejara cerca, aunque fuera un segundo más. Quería que confiara.

—No se trata de destruirlo —susurré, acercándome un poco más—. Ni siquiera del proyecto. Se trata de ti, Kelly. Solo de ti.

Sus ojos se abrieron, pero no con sorpresa: con incredulidad. Aquello me hizo sonreír, aunque el calor en el pecho no me dejaba pensar con claridad.

—¿Solo de mí? —murmuró, bajando la vista—. Y… ¿Qué hay de tu mundo? ¿Tu ciudad, tus negocios, tu vida…?

Me encogí de hombros ligeramente, intentando mostrar que podía ser flexible, aunque por dentro sentía una tensión insoportable.

—Todo eso puede esperar.

Hubo un silencio largo, donde solo escuchábamos el viento entre los establos y el movimiento de los caballos. Me sentí invadido por un tipo de intimidad que nunca había experimentado: estar cerca de alguien y conocer sus grietas sin que haya palabra de por medio.

—Ethan… —Susurró finalmente—. No puedes… no puedes cambiar lo que soy ni lo que tengo aquí.

—No quiero cambiarlo —dije con firmeza—. Solo quiero ser parte de ello, de ti.

La miré, y vi cómo un hilo de emoción cruzaba su rostro. Por primera vez no era sarcasmo ni desafío: era la mujer que había sufrido, que se había defendido de todos, que había aprendido a no confiar… y que estaba allí, frente a mí, dejándose ver.

—Tú… no entiendes —dijo en un susurro, como si tuviera miedo de que alguien escuchara lo que estaba a punto de confesar—. Lo que me pasó… con mi ex. Cómo me humilló en público. Lo que hizo con otra… y cómo me dejó sentir que no valía nada.

Mi pecho se apretó. Esa era la primera grieta real que me dejaba ver. La escuché sin interrumpir, absorbiendo cada palabra.

—Lo sé —dije suavemente—. Y no tienes que ocultarlo más. No conmigo.

Se giró levemente hacia mí, y vi sus ojos brillando con un fuego contenido.

—No quiero que vuelvan a hacerme daño —susurró, y su voz temblaba apenas.

—No voy a hacerlo —aseguré, aunque sentía que las palabras no bastaban.

Hubo un momento en que el silencio se hizo absoluto. Solo nos mirábamos, y por primera vez, ninguno de los dos intentaba desafiar al otro. Era un espacio frágil y peligroso, lleno de deseo, tensión y algo que ambos sabíamos que no debía existir… pero estaba allí.

—Ethan… —Murmuró de nuevo—. Si esto continúa… no sé si podré mantener la cabeza fría.

Mi corazón dio un vuelco. Nunca había querido estar tan cerca de alguien, y al mismo tiempo sentir que podría perderlo todo por la misma cercanía.

—Kelly —susurré, acercándome lo suficiente para sentir su respiración contra mi rostro—. No quiero que tengas que mantener la cabeza fría conmigo. Quiero que confíes.

Ella me miró, y en ese instante vi el conflicto entre el orgullo y el deseo, entre la defensa y la entrega. Era tentador, casi intoxicante.

—La confianza se gana, Ethan —dijo finalmente, dejando que mis dedos rozaran su mejilla.

Sonreí, un poco con alivio y un poco con un deseo contenido. Ese segundo era todo y nada, y aun así nos había acercado más que cualquier palabra.

—Me ganaré la tuya —susurré, y ella no respondió con palabras. Solo con una mirada que lo decía todo: miedo, deseo y una chispa de lo que podríamos ser si nos atreviéramos.

El aire estaba cargado. Podía sentirlo en la forma en que Kelly me miraba, en la manera en que sus hombros tensos hablaban más que cualquier palabra. Me había acercado un paso, intentando acortar la distancia emocional, pero ella había dado un paso atrás, un reflejo instintivo que hablaba de años de desconfianza, de heridas no cerradas.

Ella respiró hondo y apartó la mirada. Su mano se aferró a la silla, como si necesitara anclarse a algo tangible.

—Ethan… no puedes hacer que esto funcione —susurró, sin mirarme—. No puedes. No es solo por mí, es… nosotros. Tú… tú no entiendes el valor de esto. Ni siquiera sabes lo que significa crecer aquí.

La tensión entre nosotros se volvió insoportable. Cada palabra era un golpe, cada silencio, un filo. Pero en lugar de retroceder, sentí que debía desafiarla, demostrarle que estaba dispuesto a entender, a acercarme a su mundo, incluso si eso significaba dejar mi ciudad atrás.

El desafío en sus ojos era claro. Quería que me marchara, pero cada fibra de mi cuerpo me decía que no podía hacerlo. Que no iba a alejarme de ella tan fácilmente.

—¿De verdad crees que voy a alejarme? —pregunté, bajando la voz hasta un susurro—. Porque no lo haré, Kelly.

Se quedó en silencio, y por un instante sentí que todo lo que habíamos construido en segundos de intimidad podía romperse en cualquier momento. Su mirada buscaba algo, quizás confirmación, quizás un motivo para rendirse… o para resistir.

—Ethan… —Murmuró, con un hilo de voz que no ocultaba su deseo —. No podemos… no debería pasar.

—Pero está pasando —susurré, acercándome todavía más, hasta que la distancia entre nosotros se volvió casi inexistente—. Y no puedo ignorarlo. Ni quiero.

Sus labios temblaron ligeramente, su respiración se aceleró y, por un segundo, todo el orgullo y la defensa se derrumbaron. Yo podía sentir su pulso, su calor, la manera en que su cuerpo pedía acercamiento, aunque su mente gritara "detente".

No dije nada. Solo la miré, permitiéndome sentir todo lo que la tensión acumulada nos había creado. Y entonces, cuando sus ojos bajaron lentamente hacia mis labios, el tiempo pareció detenerse.

Sin esperar más, incliné la cabeza y la besé otra vez. No era un beso torpe ni precipitado: era intenso, cargado de todo lo que habíamos contenido hasta ese momento. Cada segundo era un desafío, cada contacto, una confesión sin palabras.

Ella respondió con igual intensidad, sus manos buscando mis hombros, su cuerpo acercándose al mío. Todo lo demás desapareció: los miedos, las diferencias, el rancho, la ciudad… solo existíamos nosotros, envueltos en una chispa que podía encenderlo todo.

Cuando nos separamos un instante, lo suficiente para respirar, sus ojos brillaban con una mezcla de miedo y deseo, y yo sentí que la había tocado de una manera que iba más allá de lo físico.

Su mirada buscó la mía, y en ese instante supe que habíamos cruzado una línea aún mayor, una de la que no habría vuelta atrás.

Y mientras nuestras respiraciones se mezclaban, sentí que nada podría apartarme de ella, ni siquiera la distancia entre nuestros mundos.

Capítulo 23

Ethan

No me gustaban las invitaciones inesperadas. Nunca me habían gustado.

En mi mundo, todo tenía un propósito, una estrategia, una consecuencia medida. Una cena no era solo una cena: era una reunión, una negociación, un movimiento dentro de un tablero que siempre intentaba controlar.

Pero aquello… aquello no encajaba en ninguna de mis categorías.

Tenía la invitación sobre la mesa desde hacía horas. Una simple tarjeta escrita a mano, con una caligrafía firme, ligeramente inclinada, con un toque… irreverente.

«Cena familiar. Esta noche. No acepto un no. Evie Callahan»

Apoyé los dedos sobre el papel, repasando las letras como si escondieran una trampa. Porque, de algún modo, estaba seguro de que lo hacían.

—Vas a desgastarla si la sigues mirando así —dijo mi madre desde el otro lado del salón y levanté la vista.

Estaba sentada con una taza de té, observándome con esa mezcla de calma y curiosidad que siempre había tenido. Como si pudiera leerme incluso cuando yo no decía nada.

—No me gustan las sorpresas —respondí con sequedad.

—Eso ya lo sé —sonrió levemente—. Pero no todas las sorpresas son malas.

Dejé escapar un suspiro, echándome hacia atrás en la silla.

—Es una cena en el rancho Callahan —dije—. "Familiar". Sin previo aviso. Con una abuela que claramente disfruta incomodando a la gente. No veo dónde está lo bueno.

Mi madre dejó la taza sobre la mesa con una suavidad casi estudiada.

—Evie Callahan siempre fue una buena mujer —dijo, con un tono distinto, más profundo—. Moderna. Demasiado para su época, en realidad.

La miré, arqueando ligeramente una ceja.

—¿La conocías bien?

Una leve sonrisa cruzó sus labios, cargada de nostalgia.

—Más de lo que imaginas. Tu abuelo siempre hablaba muy bien de ella. Decía que tenía más carácter que todos los hombres del pueblo juntos.

Eso no me sorprendía.

—Eso encaja con lo que he visto —murmuré, pensando en Kelly y en que parecía haber heredado el carácter de su abuela.

Mi madre me observó unos segundos más.

—Y además… —añadió, inclinándose ligeramente hacia mí—. Es imposible decirle que no sin que te haga sentir culpable durante semanas.

Solté una breve risa sin humor.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Ethan —dijo con suavidad—. No es solo una cena.

La miré directamente.

—Lo sé.

Era mucho más que eso. Era Kelly. Siempre acababa siendo Kelly.

Desde aquella noche, desde aquella maldita noche en la que había perdido cualquier tipo de control, no había conseguido sacarla de mi cabeza. Ni trabajando, ni revisando contratos, ni intentando convencerme de que aquello no significaba nada.

Porque sí significaba algo. Y ese era el problema.

—Entonces ve —añadió mi madre con naturalidad—. No huyas de algo solo porque no lo puedes controlar.

No respondí. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no tenía una respuesta lógica.

El camino hacia el rancho estaba envuelto en ese tono dorado del atardecer que parecía convertir todo en algo irreal.

Sophie no había dejado de hablar desde que salimos.

—Te juro que esto es lo mejor que nos ha pasado desde que llegamos —decía, prácticamente vibrando en el asiento—. Cena familiar, tensión romántica, vaqueros… esto es mejor que cualquier serie.

—No es un espectáculo —respondí sin apartar la vista de la carretera.

—Para ti no —replicó ella—. Para mí… absolutamente sí.

Negué con la cabeza, aunque una parte de mí entendía perfectamente su entusiasmo.

Sophie se había adaptado a aquel entorno con una facilidad que me resultaba… inquietante. Y más aún desde que se había producido un acercamiento con Liam Callahan.

No hacía falta ser especialmente observador para notar la tensión entre ellos. Era diferente a la que yo tenía con Kelly. Menos contenida, más directa, pero igual de peligrosa.

Cuando el rancho apareció frente a nosotros, iluminado por las luces cálidas del porche y el movimiento constante de gente, tuve la sensación de estar entrando en otro mundo.

Uno que no me pertenecía. Uno que, sin embargo, empezaba a atraerme más de lo que debería.

Cuando aparqué, la puerta principal se abrió de golpe y el caos comenzó. Risas, voces y pasos.

—¡Ya era hora! —gritó una voz que solo podía pertenecer a Evie Callahan.

Sophie soltó una carcajada antes incluso de bajar del coche.

—Me encanta esta mujer.

Yo todavía no estaba tan seguro.

Al salir, la escena me golpeó de lleno. El porche estaba lleno. Trabajadores del rancho entrando y saliendo, una mujer dando órdenes desde dentro, alguien riéndose a carcajadas… y en medio de todo eso… ellos. Los Callahan.

Liam apoyado en una columna, con los brazos cruzados y la mirada atenta. Noah hablando con alguien mientras sonreía como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. Patrick observándolo todo desde su posición, tranquilo pero presente.

Y Kelly estaba de pie cerca de la barandilla, con una camiseta ajustada, vaqueros y el cabello suelto cayendo sobre sus hombros. Pero no era eso lo que me detuvo. Era la forma en que se movía entre ellos.

Natural, cómoda y viva.

Se reía de algo que Noah decía, empujándolo ligeramente con el hombro. Liam murmuró algo y ella volteó los ojos, pero sonrió igualmente.

Había una conexión entre ellos que era imposible de fingir. Sin duda, eran una familia real y sólida.

Y por un segundo sentí algo incómodo en el pecho. Algo que no me gustó reconocer. Porque lo entendía. Porque lo quería. Y porque, en cierto modo, Sophie y yo también habíamos construido algo parecido.

Diferente y más caótico, pero igual de leal.

—No me mires así —murmuró Sophie a mi lado—. Estás teniendo un momento.

—No estoy teniendo ningún momento —respondí automáticamente.

—Claro —sonrió—. Y yo no me chupo el dedo —volteó los ojos.

Antes de que pudiera responder, Evie apareció frente a nosotros como un huracán perfectamente vestido.

—¡Por fin! —dijo, agarrándome del brazo sin ningún tipo de permiso —. Ya pensaba que te habías arrepentido, muchacho interesante.

La miré, ligeramente sorprendido por la forma en que me había clasificado sin esfuerzo.

—Nunca me arrepiento —respondí, y sus ojos brillaron con diversión.

—Oh, cariño… eso es porque aún no has vivido lo suficiente.

Sophie estaba claramente encantada.

—Señora Callahan, soy oficialmente su fan.

—Llámame Evie —respondió ella sin dudar—. Y tú… —La señaló— Eres peligrosa. Me caes bien.

—Gracias, creo —rio Sophie.

Entonces Evie volvió su atención hacia mí. Me miró de arriba abajo, sin disimulo, sin filtro. Y sonrió.

—Tú no eres peligroso —dijo finalmente.

—Ah, ¿no?

Se inclinó ligeramente hacia mí.

—Eres peor —susurró con una sonrisa ladina—. Eres interesante.

Y por alguna razón supe que aquella noche iba a ser un desastre.

—Magaret, cuánto tiempo —le dijo Evie a mi madre, que sonrió y se dejó abrazar.

—Evie, estás estupenda, como siempre.

—Y tú estás mejor que cuando eras una chiquilla. Los años te sientan bien. ¿Algún hombre reseñable en tu vida? —curioseó y mi madre sonrió.

—Le acabas de conocer, Evie —contestó mirándome.

—Margaret, toda madre tiene varios hombres de su vida, pero ninguno ocupa un lugar tan importante como el de un hijo. Vamos, entremos, que la cena nos espera y en esta casa hay varios vaqueros que parece que no han comido en meses —suspiró, y tanto mi madre como Sophie se rieron.

Entrar en la casa de los Callahan fue como cruzar una frontera invisible.

El ruido aumentó. Las risas, los pasos, el sonido de platos, la voz de quien ahora sabía que era María, la cocinera, dando órdenes en la cocina… todo se mezclaba en un caos perfectamente organizado que me descolocó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

No era incómodo. Era vivo.

—Quítate esa cara de funeral, Ethan —murmuró Sophie a mi lado—. Es una cena, no una ejecución.

—No estoy incómodo —respondí automáticamente.

—Ya —sonrió—. Y yo soy la reina de Texas.

No respondí, porque en ese momento la vi.

Kelly estaba dentro, ayudando a María con algo en la mesa, inclinándose ligeramente hacia adelante mientras colocaba platos. Su cabello caía sobre su hombro, y la luz cálida de la cocina resaltaba el tono dorado de su piel.

No debería haberme afectado, pero lo hizo, como siempre.

Levantó la mirada y, cuando me vio, el tiempo se ralentizó. Ni sonrió, ni se tensó, solo me miró. Una mirada directa e intensa Como si todo lo que había pasado entre nosotros siguiera ahí, latiendo bajo la superficie.

Y entonces se giró como si nada.

Suspiré lentamente porque esto iba a ser más complicado de lo que imaginaba.

—¡A la mesa! —gritó Evie desde el salón—. Y nada de sentarse donde queráis. Aquí mando yo.

Por supuesto, no me sorprendía en absoluto.

La distribución fue… estratégica. Demasiado estratégica.

Yo acabé sentado frente a Kelly. Sophie a mi derecha. Liam frente a Sophie. Noah al lado de Kelly. Patrick en la cabecera, mi madre a mi izquierda junto a Patrick y Evie controlándolo todo como una reina en su trono.

Y entonces empezó el verdadero espectáculo.

—Bueno —dijo Evie, apoyando los codos sobre la mesa—. Ahora que estamos todos, vamos a divertirnos.

—Eso suena amenazante —murmuró Noah.

—Lo es —respondió ella sin dudar.

Sophie soltó una carcajada.

—Esto es mejor de lo que esperaba.

—Tú cállate, que luego te toca a ti —le lanzó Evie con una sonrisa afilada.

Liam suspiró, claramente resignado.

—Abuela…

—Nada de "abuela" —le cortó—. Que te saco los colores delante de la chica.

Sophie se inclinó hacia delante, interesada.

—¿Qué chica? ¿Yo?

Silencio. Liam la miró, Sophie sonrió más y yo negué con la cabeza.

Esto iba a ser un desastre absoluto.

Capítulo 24

Ethan

La conversación avanzó entre bromas, comentarios cruzados y ese tipo de complicidad familiar que me resultaba extraña, pero no desagradable.

En algún momento, Patrick empezó a hablar con mi madre, y algo cambió. Lo noté inmediatamente.

No era lo que decían, era cómo lo decían.

Las pausas. Las miradas. La forma en que se entendían sin necesidad de explicarse.

Entre ellos había algo cargado de historia. Y ahí había algo que claramente se me escapaba.

—Interesante… —Murmuró Evie para sí misma, aunque claramente quería que todos lo escucháramos.

Miré a mi madre y el modo en el que sonreía era diferente al que había visto siempre. Y ahora que la veía aquí, en lo que ella conoció una vez y tuvo que dejar atrás, entendía que, aunque nunca lo hubiera dicho, lo había echado mucho de menos.

—Ethan —dijo Evie de repente, clavando sus ojos en mí, y levanté la vista.

—Dígame.

—No me trates de usted —protestó—. Que me haces sentir vieja y no lo soy.

Sophie casi se atraganta de la risa.

—Perdón —dije—. Dime, Evie.

Y la abuela de los Callahan sonrió, satisfecha.

—Mucho mejor —contestó y se inclinó ligeramente hacia delante—. Dime una cosa… ¿Tú siempre miras así?

Parpadeé.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras calculando cada movimiento —respondió sin filtro—. Como si todo fuera una negociación.

No respondí inmediatamente, porque no estaba equivocada.

—Depende de la situación —dije finalmente.

—¿Y esto qué es? —preguntó ella, señalando la mesa.

Miré a mi alrededor. A Kelly. A sus hermanos. A mi madre. A Sophie riéndose con Noah.

—No lo sé todavía —respondí, y Evie sonrió.

—Eso es lo que lo hace divertido.

Y entonces pasó.

Debajo de la mesa, sin previo aviso, sentí algo. Un roce suave e intencionado.

La miré, y aunque Kelly no levantó la vista de su plato, su pie seguía ahí, rozando el mío. Deslizándose lentamente. Provocando.

Mi mandíbula se tensó ligeramente. No reaccioné, pero tampoco me aparté. Y ella tampoco. El contacto se volvió más firme. Más consciente. Más… peligroso.

—¿Te pasa algo, Ethan? —preguntó Sophie a mi lado.

—No —respondí sin apartar la vista de Kelly.

Mentía, claramente, porque cada roce bajo la mesa era una descarga eléctrica directa al sistema. Y lo peor era que ella lo sabía.

—Kelly —dijo Evie de repente y ella levantó la vista.

—¿Sí?

—¿Te estás divirtiendo?

—Sí, claro —respondió con naturalidad.

Evie ladeó la cabeza.

—Curioso… porque parece que estás muy concentrada en otra cosa.

Silencio. Mi pie seguía tocando el suyo y su respiración cambió ligeramente.

—No sé a qué te refieres, abuela —dijo Kelly, y Evie sonrió, lenta y peligrosamente.

—Ay… juventud.

Casi escupo el agua, y Sophie me miró.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondí.

Pero Evie lo sabía. Lo había visto. Y eso…

Solo iba a empeorar las cosas.

Kelly levantó la mirada hacia mí por primera vez desde que empezó la cena. Me miró directa e intensamente. Sin esconderse. Y en ese instante supe dos cosas:

Que no se arrepentía. Y que esto estaba lejos de terminar.

Si alguien me hubiera dicho que una cena podía convertirse en un campo de batalla emocional, no lo habría creído. Pero allí estaba.

Sentado en una mesa donde cada palabra parecía tener doble intención, donde cada silencio era más elocuente que cualquier discurso, y donde cada roce bajo la mesa amenazaba con hacerme perder el control por completo.

Kelly no había retirado el pie. Ni yo tampoco. Y eso ya decía demasiado.

—Bueno —dijo Evie, apoyándose en el respaldo de la silla con total tranquilidad—. Vamos a dejar de fingir que esto es una cena normal.

Sophie dejó el tenedor en el plato.

—Por favor, continúa —dijo encantada.

Liam se pasó la mano por la cara.

—Dios…

—¿Qué? —protestó Evie—. ¿Prefieres que hablemos del tiempo? Porque puedo hacerlo, pero sería una pérdida absoluta de talento.

Noah soltó una carcajada.

—Nunca cambies, abuela.

—No pensaba hacerlo, hijo —respondió ella sin dudar.

Luego me miró, directamente y sin disimulo alguno.

—Ethan —dijo.

Apoyé los codos en la mesa, entrelazando los dedos.

—Evie.

—Me gusta que aprendas rápido —sonrió—. Dime una cosa… ¿Tú siempre entras en sitios que no son tuyos con esa seguridad?

Silencio. Podía sentir la atención de todos. Incluso la de Kelly, aunque no la miré.

—Depende de lo que quiera —respondí con calma.

—¿Y qué quieres de nosotros? —preguntó sin rodeos.

Ahí estaba. La pregunta real. La incómoda. La que nadie más se atrevía a hacer.

Mi mirada se desvió, inevitablemente, hacia Kelly. Ella ya me estaba mirando.

—Aún lo estoy decidiendo —dije finalmente y Evie sonrió.

Pero no era una sonrisa cualquiera. Era una de esas sonrisas que decían "te he leído por completo".

—Pues date prisa —añadió—. Porque aquí las cosas importantes no esperan.

El comentario quedó flotando en el aire. Denso, incómodo y peligroso.

Sentí el pie de Kelly moverse ligeramente contra el mío. No para alejarse, sino para presionar más en un claro gesto desafiante.

Mi mandíbula se tensó. Levanté la mirada y ella seguía mirándome. Sin apartarse. Sin esconderse.

Maldita sea.

—Y tú —dijo Evie de pronto, girándose hacia Sophie.

—¿Sí?

—Tú eres un problema —afirmó.

—Lo sé —respondió Sophie con una sonrisa brillante.

—Y te gusta —añadió Evie.

—Muchísimo.

Noah se rio por lo bajo. Liam no.

Liam estaba tenso, observándola, midiéndola.

—¿Siempre eres así? —le preguntó él, con tono serio.

Sophie se inclinó ligeramente hacia él.

—¿Así cómo?

—Demasiado intensa —respondió.

Sophie sonrió más.

—Solo con quien lo merece.

Noah soltó un "oh" bajo, mientras que Evie aplaudió suavemente.

—Esto se pone interesante.

Yo observaba la escena sin intervenir, pero no podía ignorar lo evidente. Había tensión entre ellos, una muy real.

—¿Y tú, Kelly? —le preguntó Evie.

Kelly levantó la vista.

—¿Yo qué?

—¿De verdad te estás divirtiendo? —preguntó con una calma sospechosa.

—Sí —respondió ella, demasiado rápido.

Evie ladeó la cabeza.

—Curioso.

—¿Por qué?

—Porque tienes la misma cara que tu madre cuando mentía.

Silencio absoluto. Noté cómo el cuerpo de Kelly se tensaba. Sus dedos se aferraron al tenedor.

—No estoy mintiendo —dijo.

Evie sonrió suavemente esta vez. Una sonrisa menos afilada y más sabia.

—Claro que sí, cariño. Pero no pasa nada. Todos lo hacemos cuando algo nos importa demasiado.

Mi pecho se apretó. Porque no estaba hablando solo de Kelly. Estaba hablando de los dos.

—¿Sabes qué creo? —dijo Evie de repente.

Nadie respondió, porque nadie quería darle más munición.

—Creo que aquí hay demasiadas cosas sin decir —continuó—. Y eso siempre acaba explotando.

—Abuela… —advirtió Liam.

—¿Qué? —replicó—. ¿Prefieres que lo digan dentro de seis meses cuando ya sea un desastre mayor?

Mi pulso se aceleró. No por incomodidad, sino por anticipación. Porque sabía que estaba a punto de cruzar una línea.

—Hay miradas —añadió Evie—. Hay silencios. Hay tensión.

Sophie se llevó la copa a los labios, disfrutando claramente del espectáculo.

—Y hay gente que cree que puede ocultarlo —remató Evie.

Y entonces… Me miró. Y luego a Kelly, sin disimulo.

Yo seguí mirando a Kelly. Y ella me sostuvo la mirada. Desafiándome otra vez. Como siempre.

—Bueno —dijo Noah, rompiendo la tensión—. ¿Alguien quiere más vino antes de que esto se convierta en un interrogatorio policial?

Un eco de risas llenó el salón, pero nadie estaba relajado. No, de verdad, al menos. Porque todos lo sentían.

La tensión. El cambio. Lo que estaba creciendo entre nosotros.

Kelly se levantó de repente.

—Voy a tomar un poco de aire —dijo, y nadie la detuvo.

Pero todos la siguieron con la mirada. Yo también.

Y cuando salió por la puerta, supe que no iba a quedarme sentado.

Apoyé la servilleta sobre la mesa con calma.

—Disculpadme.

—Claro que sí —murmuró Evie con una sonrisa demasiado satisfecha.

Me levanté y fui tras ella. Porque ya no se trataba de control. Ni de estrategia. Ni de negocios.

Se trataba de ella.

Capítulo 25

Ethan

La noche en el rancho era distinta. Más densa. Más silenciosa, pero no vacía.

El sonido lejano de los caballos, el crujido de la madera del porche, el viento rozando los árboles… todo parecía amplificado cuando salí tras ella.

Kelly estaba apoyada en la barandilla, de espaldas a la casa. Sus hombros subían y bajaban con una respiración controlada, demasiado controlada. Como si estuviera conteniéndose. Como si estuviera luchando contra algo que ya había perdido.

—Huir no te pega —dije, deteniéndome a unos pasos de ella.

No se giró inmediatamente.

—No estoy huyendo —respondió—. Solo necesitaba salir de ahí.

Avancé un poco más.

—¿De la cena… o de mí?

Esta vez sí se giró y me miró directamente. Sin filtro. Sin esconderse.

—De todo —dijo.

Su honestidad fue como un golpe seco. No porque doliera, sino porque era real.

Me acerqué un paso más.

—No parecía que quisieras alejarte hace un momento.

Su mirada se endureció.

—No empieces.

—No estoy empezando nada —respondí, más bajo—. Solo estoy diciendo lo evidente.

—¿Evidente? —repitió, cruzándose de brazos—. ¿Qué es evidente para ti, Ethan?

La tensión subió.

—Que me miras como si quisieras matarme… o besarme —dije sin rodeos.

Y lo siguió un silencio tenso que no esperaba. El aire se volvió pesado y peligroso. Sus labios se entreabrieron ligeramente.

—No juegues conmigo —susurró.

—No estoy jugando —respondí, dando otro paso—. Tú sí.

—Yo no juego —replicó.

—Entonces deja de fingir que no sientes nada —dije, clavando la mirada en ella—. Porque no te creo.

Eso la golpeó. Lo vi en la forma en que su respiración se rompió un segundo. En cómo bajó la mirada solo para volver a levantarla con más fuerza.

—¿Y tú sí? —contraatacó—. ¿Tú sí sientes algo?

No respondí de inmediato porque esa pregunta no era simple.

—Más de lo que debería —dije finalmente.

Desde dentro de la casa, una sombra se movió tras la ventana. Evie, por supuesto. Observando. Siempre observando. Pero no dije nada.

Porque en ese momento solo existía Kelly.

—Esto es una mala idea —murmuró, aunque no se movió.

—Lo sé.

—Va a acabar mal.

—Probablemente.

—Entonces, ¿por qué…?

No terminó la frase, no hizo falta. Ya sabíamos la respuesta.

Me acerqué lo suficiente como para sentir su respiración. Su calor. Su tensión.

—Porque no puedo parar —dije en voz baja.

Sus ojos se clavaron en los míos y esta vez no había desafío. Solo verdad.

—Yo tampoco —susurró.

Y eso fue todo. El límite. La línea que ya no podíamos ignorar.

Levanté mi mano lentamente y rocé su mejilla. Su piel estaba cálida y viva. Y sentí cómo se estremecía bajo mis dedos.

—Esto… —Empecé.

—No lo analices —me cortó en voz baja—. Solo…

No terminó, pero no hacía falta. Ya estábamos demasiado cerca.

La besé y no fue como antes. No fue un juego. No fue provocación. Fue necesidad. Una necesidad real, cruda e intensa.

Sus manos se aferraron a mi camisa, tirando de mí, acercándome más. Mi otra mano se deslizó por su cintura, pegándola contra mí. Sin espacio. Sin distancia.

El mundo desapareció. Otra vez. Pero esta vez era algo más profundo y peligroso. Porque ya no era solo físico. Había algo más. Algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado para manejar.

Nos separamos apenas un segundo solo para respirar, para mirarnos. Sus labios estaban entreabiertos y sus ojos brillaban de un modo diferente.

—Esto no debería pasar —susurró.

—Lo sé.

—No quiero que me hagas daño.

Esa frase me golpeó más fuerte que cualquier otra. Mi mano subió hasta su cuello, acariciándolo suavemente.

—No quiero ser ese hombre para ti —dije, con un leve susurro.

—Entonces no lo seas —respondió.

Y ahí estaba la vulnerabilidad. Real y sin máscaras.

Desde dentro escuché una risa suave. Evie, otra vez, lo sabía. Como si estuviera disfrutando del espectáculo.

Kelly cerró los ojos un segundo.

—Nos está mirando —murmuró.

—Que mire —respondí.

Y la besé otra vez. Más lento. Más profundo. Más consciente.

Porque esto ya no era un juego. Ni una casualidad. Ni un error. Era una elección. Y los dos la estábamos tomando. Aunque supiéramos que podía rompernos.

Volver a entrar en esa casa fue muy distinto a haber salido.

El aire parecía el mismo. Las voces, las risas, el tintinear de los cubiertos, todo seguía ahí. Pero yo no era el mismo. Y Kelly tampoco.

Lo sentía en cada paso. En la cercanía que aún quedaba en mi piel. En el calor de su cuerpo, que parecía seguir pegado al mío incluso cuando ya no la tocaba.

Entramos juntos, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, pero lo suficiente como para que alguien atento… lo notara.

Y allí dentro había demasiada gente atenta.

La primera en mirarnos fue Sophie, por supuesto. Sus ojos brillaron inmediatamente.

—Vaya, vaya… —Murmuró, apoyando la barbilla en la mano—. Qué bien os ha sentado el aire. Tenéis las mejillas sonrojadas, sobre todo Kelly.

No respondí, pero su sonrisa se amplió.

—Luego me cuentas —añadió en voz baja.

—No hay nada que contar —dije automáticamente.

—Claro —respondió—. Y yo seré Miss Texas este año —volteó los ojos.

Liam nos observó después. Su mirada fue más dura, más directa y protectora.

Se centró en Kelly.

—¿Todo bien?

Ella asintió demasiado rápido.

—Sí.

Él no pareció convencido, pero tampoco insistió. Al menos no por el momento.

Noah, en cambio, sonrió. Una sonrisa lenta que mostraba lo mucho que se estaba divirtiendo. Como si aquello le resultara entretenido más que preocupante.

—¿Nos hemos perdido algo interesante? —preguntó.

—No —respondimos Kelly y yo al mismo tiempo.

Sophie soltó una carcajada.

—Por favor… esto es mejor que cualquier serie.

Volví a sentarme y Kelly hizo lo mismo. Esta vez más cerca de lo que había estado antes. Un error. O una decisión. Probablemente ambas cosas.

La cena continuó, o al menos lo intentó. Pero ya nada era igual.

Las conversaciones seguían, sí. Sophie hablando con Noah. Liam respondiendo con monosílabos. María trayendo más comida.

—Bueno —dijo Evie de repente—. Creo que esta ha sido una cena productiva.

—¿Productiva? —repitió Noah.

—Sí —respondió ella—. Ha habido tensión, miradas, secretos mal ocultados… lo necesario para que la vida sea interesante.

Sophie levantó su copa.

—Brindo por eso.

—Yo también —añadió Evie.

Luego nos miró a Kelly y a mí. Directamente y sin esconderlo.

—Y por lo que está por venir.

En la cabecera de la mesa, Patrick hablaba con mi madre. Más cerca ahora, más relajados. Más… conectados.

—Nunca pensé que volverías —decía él.

—Yo tampoco —respondió ella con una leve sonrisa—. Pero supongo que algunas cosas… tiran más de lo que creemos.

—Algunas personas —corrigió él suavemente.

Ella no respondió, pero no apartó la mirada. Y en ese silencio… había historia. Mucha.

—Dios… —Murmuró Sophie a mi lado—. Aquí todo el mundo se está enamorando de alguien.

Liam la miró.

—No digas tonterías.

Ella sonrió.

—¿Seguro? —preguntó arqueando la ceja.

Y Liam apartó la mirada demasiado rápido. Eso sí que me resultó interesante.

Evie se levantó finalmente.

—Bueno —dijo—. Creo que por hoy ya he hecho suficiente.

—¿Suficiente para qué? —preguntó Noah.

—Para agitarlo todo un poco —respondió ella con naturalidad—. Que falta hacía.

Se giró hacia mí y caminó despacio hasta quedarse justo a mi lado y se inclinó ligeramente. Lo suficiente para que solo yo la escuchara.

—Ten cuidado, muchacho interesante —susurró—. Porque mi nieta… no es como las demás.

La miré.

—Lo sé —respondí, y ella sonrió satisfecha.

—Más te vale.

Y se alejó. Como si acabara de dejar caer una bomba y no tuviera ninguna intención de recoger los pedazos.

La cena terminó poco después. Las despedidas fueron ruidosas y desordenadas, típicas de ese lugar.

Pero yo apenas presté atención porque mi mente estaba en otro sitio. En ella. Siempre en ella.

Cuando salí de la casa, el aire de la noche me golpeó de nuevo, pero esta vez no me calmó. No me aclaró las ideas. Porque ya no había nada que aclarar.

La miré una última vez desde la distancia. Kelly estaba en el porche, hablando con sus hermanos, pero como si sintiera mi mirada, levantó la vista y me buscó. Y me encontró, como siempre.

No sonrió ni se movió, pero lo sentí. Ese hilo invisible que se había creado entre nosotros. Tenso, fuerte e imposible de romper.

Subimos al coche y Sophie no dijo nada durante unos segundos. Algo raro en ella.

—Vale —dijo finalmente—. Esto ya no es solo tensión sexual.

No respondí.

—Esto es peor —añadió.

Apreté ligeramente el volante.

—Lo sé.

Y por primera vez en mucho tiempo no tenía ninguna intención de detenerlo.

Porque Kelly ya no era una distracción. Ni un problema, ni siquiera un riesgo. Era… Inevitable.

Capítulo 26

Kelly

El ruido del rodeo siempre me había hecho sentir en casa.

El polvo levantándose bajo los cascos. El murmullo de la gente creciendo hasta convertirse en gritos. El olor a cuero, sudor y adrenalina. Ese era mi mundo.

El único lugar donde todo tenía sentido. Donde podía olvidar. Donde podía controlar. O eso creía.

Apreté las riendas de Relámpago, sintiendo la tensión del animal bajo mí, listo para salir.

—Estás demasiado tensa —dijo la voz de Clara a mi lado.

Giré la cabeza y ahí estaba. Con su coleta desordenada, la sonrisa tranquila y esa mirada que lo veía todo.

—Estoy bien —respondí automáticamente.

—Ya —replicó—. Igual que cuando dices que no te importa y luego te bebes media botella de tequila.

Resoplé al escucharla.

—No empieces.

Clara ladeó la cabeza.

—No voy a empezar nada. Pero alguien debería decirte que estás a punto de liarla.

—¿Yo? —arqueé una ceja—. Siempre tan dramática.

—No —sonrió—. Tú siempre tan negadora.

Antes de que pudiera responder, dijeron mi nombre por megafonía.

Había llegado el momento. Perfecto. Y aproveché para escapar, como siempre.

Entré en la arena y todo lo demás desapareció. El mundo se redujo a mí… y a Relámpago.

Saltos. Giros. Velocidad. Precisión. Control.

Ese control que en mi vida real empezaba a desmoronarse, pero que ahí, encima del caballo, seguía intacto.

El público rugía. Yo no los escuchaba. Solo sentía. Solo reaccionaba. Solo era yo a lomos de mi caballo dando el mejor espectáculo de mi vida.

Cuando terminé, el aplauso me golpeó de lleno y sonreí. Porque ahí sí era fácil hacerlo. Ahí no había dudas. No había contradicciones. No estaba Ethan.

Pero en cuanto salí de la pista, lo vi apoyado en la valla, con un traje impecable, como si estuviera en medio de una reunión en lugar de en un rodeo lleno de polvo.

Tenía los brazos cruzados y estaba mirándome directamente. Sin apartar la vista. Y todo el control que había tenido se tambaleó. Otra vez.

Caminé hacia él, quitándome el sombrero.

—¿Qué? —dije, intentando sonar despreocupada—. ¿Te ha parecido lo suficientemente "de campo"?

Su mirada no cambió.

—Impresionante —respondió.

No sonaba condescendiente ni frío. Sonaba real. Y eso era peor.

—No necesito tu aprobación —dije, aunque esta vez no sonó agresivo.

Sonó diferente. Más suave y diría que más peligroso.

Una leve sonrisa cruzó sus labios.

—Lo sé.

—Kelly —me llamó alguien.

Me giré y vi a un tipo del circuito. Alto, de sonrisa fácil y mirada descarada.

—Eso ha sido increíble —dijo acercándose—. ¿Te invito a una copa luego para celebrarlo?

Y noté algo. No en él, sino en Ethan. Un cambio sutil pero real.

—Puede ser —respondí, encogiéndome de hombros.

El hombre sonrió más.

—Perfecto. Luego te busco.

Se alejó y el silencio volvió. Pesado y tenso. Muy tenso.

Giré lentamente hacia Ethan y vi que su mandíbula estaba tensa y su mirada… oscura.

—¿Te molesta? —pregunté.

—No —respondió.

Mentía, claramente. Y sonreí.

—Entonces deja de parecer tan celoso.

Un segundo. Dos. Y entonces… Se movió.

Su mano rodeó mi muñeca, un agarre firme, y tiró de mí.

—¿Qué haces? —dije, sorprendida mientras me arrastraba lejos del ruido, de la gente, de las miradas.

No respondió, solo caminó. Hasta que estuvimos lo suficientemente lejos. Hasta que el sonido del rodeo se convirtió en un murmullo lejano. Hasta que solo estábamos nosotros.

Se detuvo y se giró, quedándose demasiado cerca.

—Ethan…

No me dejó terminar.

—Esto —dijo, y me besó.

No fue un beso suave ni contenido. Fue directo, intenso y necesario. Como si hubiera estado aguantando demasiado tiempo. Como si ya no pudiera más.

Mis manos reaccionaron solas, agarrando su camisa, acercándolo más, porque yo tampoco podía. Porque yo también estaba perdiendo. Otra vez.

Cuando se separó apenas unos centímetros, mi respiración estaba descontrolada.

—Nos van a ver —susurré.

Sus manos seguían en mi cintura, firmes, sin intención de soltarme.

—Que miren —respondió.

Y en su mirada ya no había solo deseo. Había algo más. Algo más profundo. Más peligroso.

Y entonces lo sentí. Ese momento. Ese instante en el que todo cambiaba. En el que ya no había vuelta atrás.

Porque esto ya no era un juego.

Sus ojos se fijaron en los míos, y en su profundidad vi el mismo deseo que ardía en mis entrañas.

—Kelly —susurró, y sentí su mano subiendo por mi brazo hasta mi cuello.

No necesité más invitación. Me levanté sobre las puntas de mis pies y mis labios encontraron los suyos en un beso hambriento, desesperado. Sus manos se posaron en mi cintura, tirándome hacia él hasta que no quedaba espacio entre nuestros cuerpos. Podía sentir su erección endureciéndose contra mi vientre, una promesa de lo que estaba por venir.

—Ethan —gemí contra sus labios, subiendo mis manos por su pecho hasta su cuello.

Él me giró, presionándome contra la pared de madera del establo. Su boca se deslizó hacia mi cuello, sus dientes rozando mi piel con una delicadeza que me hizo estremecer. Sus manos encontraron el borde de mi camiseta, deslizándola hacia arriba y sobre mi cabeza. El aire nocturno me erizó la piel, pero el calor de su cuerpo pronto la calentó.

—Dios, no sabes lo que me haces —dijo, y sus ojos recorrieron mi torso.

Sus dedos encontraron el cierre de mis vaqueros, deslizándolo hacia abajo con una lentitud tortuosa. Cuando sus dedos se deslizaron bajo el tejido de mis bragas, emití un gemido bajo, mis caderas moviéndose instintivamente contra su mano.

—¿Te gusta esto, Kelly? —susurró cuando sus dedos encontraron mi clítoris y comenzó a frotarlo con movimientos circulares.

—Sí —jadeé, mi cabeza echándose hacia atrás contra la pared.

Él continuó, con sus dedos expertos llevándome al borde del éxtasis una y otra vez, solo para retroceder en el último momento. Mis manos se deslizaron hacia su cinturón, desabrochándolo con torpeza y deslizando sus vaqueros hacia abajo. Cuando lo liberé de su ropa, lo tomé en mi mano, sintiendo su calor y su pulso bajo mi piel.

—Kelly —gimió, moviendo su cadera y empujando hacia adelante.

Me giré, apoyando mis manos en el borde del pesebre. Él se colocó detrás de mí y se aferró con ambas manos a mis caderas. Sentí cómo su miembro se deslizaba entre mis labios, mojándose con mi excitación.

—Por favor, Ethan —supliqué, con la voz tensa de deseo.

Él entró en mí con una embestida lenta y profunda, y ambos gemimos al sentirnos completamente unidos. Se quedó quieto un momento, permitiéndonos disfrutar de la sensación, antes de comenzar a moverse.

Sus embestidas comenzaron lentas, deliberadas, cada una profunda y completa. Pero pronto la urgencia se apoderó de nosotros, y su ritmo se aceleró. Sus manos se deslizaron hacia adelante, encontrando mis pechos y apretándolos mientras su cuerpo se movía contra el mío.

—Así, Ethan, así —gemí.

Él respondió aumentando su ritmo, sus caderas moviéndose con una fuerza que me llevaba al borde del éxtasis. Una de sus manos bajó entre nosotros, sus dedos encontrando mi clítoris y comenzando a frotarlo en círculos.

—Ethan, voy a... voy a... —No pude terminar la frase mientras el orgasmo me recorría como una ola.

Mi cuerpo se arqueó bajo el suyo y sentí mi espalda curvándose mientras el placer me consumía. Ethan continuó moviéndose, prolongando mi orgasmo hasta que él también alcanzó el suyo, con un gemido profundo mientras se vaciaba dentro de mí.

Permanecimos así un momento, nuestros cuerpos sudorosos y entrelazados, ambos intentando recuperar el aliento. Finalmente, se retiró de mí, arreglándose la ropa y ayudándome a hacer lo mismo.

—Vaya —dije finalmente, con voz suave y algo ronca.

Él rio, y sentí su pecho vibrando contra mi mejilla.

—Sí, vaya.

Me giré para mirarlo, y mis dedos encontraron los suyos.

—¿Qué hacemos ahora?

Él sonrió, esa sonrisa pícara que siempre lograba desarmarme por completo.

—Ahora volvemos antes de que alguien llame al sheriff pensando que has huido.

Asentí, sintiendo cómo una sonrisa se dibujaba en mi propio rostro.

Sabía que esta noche era solo el comienzo de algo más, algo que iba más allá del deseo físico. Y mientras salíamos del establo, de la mano bajo la luz de la luna de Texas, supe que estaba lista para descubrir qué era.

La música country retumbaba en el aire como un latido constante. Las luces colgadas entre los postes iluminaban la noche con tonos cálidos, y el polvo aún flotaba en el ambiente después de la competición.

Risas. Botellas. Gente celebrando. El típico caos después de un buen rodeo.

Mi mundo. Mi lugar seguro. O eso solía ser.

Porque esa noche nada era seguro.

—¡Kelly! —gritó Noah, levantando una cerveza desde una de las mesas largas—. ¡La estrella de la noche!

Volteé los ojos, pero sonreí.

—No empieces —le dije al acercarme.

—Oh, voy a empezar —replicó—. Porque eso ha sido brutal.

Liam estaba a su lado, más contenido, pero asentía con orgullo.

—Has estado impecable.

—Gracias —respondí, más suave.

Ese tipo de aprobación siempre importaba. Aunque no lo dijera.

—Y ahora —añadió Noah— toca celebrarlo como se debe.

Me pasó una cerveza y la acepté. Porque necesitaba algo. Algo que bajara la intensidad. Algo que apagara el fuego que aún tenía en la piel.

—Te está devorando con los ojos —murmuró Clara a mi lado al ver cómo me miraba Ethan.

Casi me atraganto con la cerveza.

—Cállate.

—No —sonrió—. Porque es verdad. Y tú tampoco te quedas corta.

No respondí porque no podía. Porque tenía razón.

—¿Qué está pasando entre vosotros en realidad? —preguntó Noah, mirando entre nosotros.

—Nada —respondí demasiado rápido.

—Claro —dijo él, divertido—. Y yo soy monje.

Liam no dijo nada, pero su mirada pasó de mí a Ethan. Y no me gustó.

—Kelly —escuché una voz detrás de mí.

Era el tipo del rodeo, el de antes. Sonriendo otra vez. Insistente.

—Me debes esa copa.

Clara levantó las cejas.

—Interesante…

—Cállate —murmuré.

Volví hacia él.

—Claro —dije—. Vamos.

Caminamos hacia la barra improvisada y sentía la mirada de Ethan clavada en la espalda como si pudiera atravesarme. Como si cada paso que daba le molestara. Y una parte de mí lo estaba provocando.

—¿Siempre eres así de buena? —preguntó el hombre mientras me pasaba otra bebida.

—Solo cuando me apetece —respondí y él sonrió.

—Entonces debería alegrarme de estar aquí hoy.

No respondí, porque en ese momento Ethan se acercó.

No dijo nada al principio, solo se colocó a mi lado. Demasiado cerca.

El aire cambió y el hombre lo notó.

—¿Amigo tuyo? —preguntó.

—Algo así —respondí.

Ethan soltó una risa seca.

—No exactamente.

—Bueno… —dijo el otro, incómodo—. No quiero interrumpir.

—No estás interrumpiendo —dije, pero Ethan habló.

—Ya has terminado.

El hombre lo miró y yo también.

—Perdona… ¿Qué? —dije.

Ethan no apartó la vista de él.

—He dicho que ya ha terminado.

Silencio absoluto. El tipo dudó y después me miró.

—Creo que… mejor me voy.

Y se fue. Sin más.

Me giré hacia Ethan.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Su mirada bajó a la mía, intensa y oscura.

—No me ha gustado.

—No es asunto tuyo —protesté—. Solo tomábamos una cerveza. La acepté antes de…

—Empieza a ser asunto mío, preciosa, porque tú ya eres mía, y sí, yo soy tuyo.

El corazón me dio un golpe fuerte.

—Es lo que hay, Kelly. Es lo que siento y no voy a negarlo ni a ocultarlo más. Soy tu corbabitas.

—Eres tonto, eso es lo que eres. Y celoso, eres un celoso sin remedio.

—Mi madre estaría encantada de escuchar eso, pero no se lo digas —susurró, se inclinó y me besó.

Allí, delante de todos, como si no hubiera nadie, como si no le importara.

La música seguía. La gente seguía. El mundo seguía. Pero nosotros estábamos completamente fuera de todo eso. Otra vez.

Clara me miraba desde lejos. Y en su mirada había algo nuevo. Preocupación.

Y cuando vi que a unos metros estaba Jake, quieto, observando con la mandíbula apretada y los puños cerrados, supe que todo estaba a punto de estallar.

Capítulo 27

Kelly

Conocía esa mirada. La había visto antes, demasiadas veces.

En competiciones. En hombres que perdían el control. En situaciones que siempre acababan mal.

Pero nunca… Nunca había sido dirigida a mí de esa forma.

Jake caminaba hacia nosotros. Lento y seguro, pero con algo contenido bajo la piel. Algo que no me gustó.

—Kelly —dijo al llegar, ignorando completamente a Ethan.

—Jake… —Respondí, enderezándome ligeramente.

—Tenemos que hablar.

Su tono no era el de siempre. No era el capataz tranquilo. Ni el amigo cercano. Era… otra cosa. Más tenso. Más personal.

—Ahora no —dije.

—Ahora sí —insistió.

Ethan no se movió, pero su presencia se volvió más sólida. Como una pared.

—He dicho que no —repetí, más firme.

Jake me miró directamente.

—Y yo no estoy preguntando.

El aire se volvió denso y peligroso.

—¿Hay algún problema? —intervino Ethan entonces, con una calma que no engañaba a nadie.

Jake giró la cabeza lentamente hacia él y lo miró. De arriba abajo. Sin disimulo.

—Sí —dijo—. Tú.

—Jake… —Le advertí.

—No —me cortó—. Esto ya ha ido demasiado lejos.

Mi corazón empezó a latir más rápido.

—No sabes de lo que hablas.

—Claro que lo sé —replicó—. Lo veo. Todos lo ven.

Mis manos se tensaron alrededor de la botella.

—No es asunto tuyo.

—Sí lo es —dijo, dando un paso más cerca—. Porque tú eres asunto mío.

Eso me golpeó fuerte, pero no de la forma que él esperaba.

—No —dije, más bajo, más claro—. No lo soy.

Jake parpadeó como si no hubiera esperado eso.

—Siempre he estado ahí para ti —añadió, más contenido—. Siempre.

—Lo sé —respondí—. Y te lo agradezco. Pero eso no te da derecho a…

—¿A preocuparme? —interrumpió.

—A decidir por mí —corregí.

Ethan no había dicho nada más, pero lo sentía. Su atención. Su tensión. Y algo más. Algo que me recorría la espalda como una descarga.

—Ese tipo —dijo Jake, señalando apenas hacia Ethan— no es para ti.

—Eso no lo decides tú —respondí.

—No —dijo él—. Pero sí puedo ver cómo acabará esto.

Mi mandíbula se tensó.

—No sabes nada.

—Sé suficiente —replicó—. Sé que te va a hacer daño.

Eso… Eso tocó algo. Algo que llevaba tiempo evitando.

—No tiene ese poder —dije, pero mi voz no sonó tan firme como quería.

Jake lo notó. Claro que lo notó.

—Sí lo tiene —dijo más bajo—. Y tú también lo sabes.

—Basta —dije, retrocediendo un paso—. No vamos a hacer esto aquí.

—Ya lo estamos haciendo —respondió él.

—Pues se acabó —corté, y me giré sin mirar a ninguno de los dos.

Porque si lo hacía, iba a perder el control. De una forma u otra.

Pero no llegué lejos. Porque una mano me agarró del brazo. Ethan.

—Ven conmigo —dijo en voz baja.

No era una sugerencia, era una necesidad contenida.

Miré hacia Jake y su expresión ahora era más dura, pero también dolida y contenida a la fuerza.

Ethan me sacó de allí otra vez. Lejos de la música. Del ruido. De las miradas. Pero no lo suficientemente lejos como para que no pudieran vernos.

Y esta vez no me importaba. A ninguno de los dos.

—Esto se está saliendo de control —dije en cuanto nos detuvimos.

—Hace tiempo que lo hizo —respondió.

—No podemos seguir así.

—Entonces dime cómo parar —me pidió.

Y me quedé callada porque no tenía respuesta. Porque no quería tenerla.

—Kelly… —Su voz bajó—. Mírame.

Lo hice. Error. Porque en sus ojos había todo lo que estaba intentando evitar.

Deseo. Sí. Pero también… Algo más. Algo que daba miedo.

—Esto no es solo físico —dijo.

Mi respiración se cortó.

—No…

—No mientas —me interrumpió suavemente—. No conmigo.

—Esto no puede ser nada más —susurré.

—¿Por qué?

—Porque tú no eres de este mundo —dije—. Y yo no soy del tuyo.

—Eso no me importa.

—A mí sí —respondí, y me acerqué un paso. Lo suficiente para sentir su respiración—. Esto… —murmuré— Es lo único que puede ser.

Su mirada bajó a mis labios.

—Deja de mirarme así.

—No puedo.

—Ethan…

No terminé la frase. No hacía falta. Porque ya estábamos cayendo. Otra vez.

—Se me ha ido por completo de las manos —dije.

—A los dos —respondió.

Me besó y después me abrazó, y en ese simple gesto sentí que era él, que sin esperarlo, Ethan era el hombre que mi corazón había esperado durante demasiado tiempo.

Su teléfono empezó a sonar, lo sacó del bolsillo y frunció el ceño. Se disculpó, atendió la llamada, momento que aproveché para regresar con los demás.

Y mientras caminaba, iba sonriendo. Porque por mucho que supiera que aquello era un error, no podía alejarme de ese hombre de traje y corbata.

No cuando empezaba a sentir algo que no debería.

—Kelly.

Me detuve y cerré los ojos un segundo porque sabía quién era.

Me giré lentamente y vi a Jake, de pie, serio pero no enfadado, al menos no como antes. Pero sí estaba dolido.

—Os he visto antes —dijo.

Asentí despacio.

—Lo imaginaba.

El viento movió ligeramente mi pelo, pero ninguno de los dos se movió.

—Eso no va a salir bien —dijo finalmente.

Su voz era baja y sincera.

—Jake…

—Te va a hacer daño —añadió, ignorando mi intento de hablar—. Y no quiero verte así.

Eso me tocó. Claro que lo hizo, porque venía de él.

Sonreí suavemente. No con burla, sino con cariño.

—No tienes que ponerte celoso —dije.

Sus ojos se tensaron.

—No es eso.

—Sí lo es —respondí con calma—. Pero no tienes motivos.

Di un paso más cerca.

—Te quiero —añadí—. Pero como a un hermano. Siempre ha sido así. Pensaba que tú lo entendías igual.

Silencio, y Jake bajó la mirada un segundo. Solo uno.

—Ojalá —dijo finalmente.

Levantó la vista otra vez y en sus ojos vi que estaba siendo más sincero que nunca.

—Ojalá pudiera no sentir lo que siento.

Mi pecho se apretó.

—Jake…

—Lo sé —me cortó—. Sé que nunca va a haber nada entre nosotros. Y lo aceptaré.

Me quedé callada porque no sabía qué contestar.

—Pero eso no cambia que no quiera verte sufrir —añadió.

Eso fue lo que más dolió.

No dije nada, porque no tenía nada que decir. Jake asintió lentamente, como si ya hubiera tomado una decisión.

—Ten cuidado, Kelly —dijo, y después se fue.

Me quedé allí sola. Con el ruido lejano del rodeo. Con el corazón hecho un caos. Con el cuerpo aún ardiendo. Y con una verdad clara, imposible de ignorar.

Esto ya no era solo deseo. Era inevitable.

Capítulo 28

Ethan

Siempre había tenido normas.

Reglas claras. Límites definidos. Decisiones calculadas. Ese había sido mi mundo.

Ordenado. Predecible. Seguro. Hasta que ella apareció.

El teléfono vibraba sobre el escritorio por quinta vez en menos de diez minutos. Lo ignoré, otra vez, porque sabía quién era.

Inversores. Socios. Gente que esperaba respuestas, decisiones, movimientos.

Mi mundo real. El que estaba dejando de lado.

Abrí el portátil y me concentré en lo de siempre. Documentos, contratos, planos del proyecto.

El rancho Callahan convertido en números, porcentajes, proyecciones. Un negocio. Siempre había sido eso.

Pero ahora no lo veía igual.

Cerré el portátil de golpe. El sonido resonó en la habitación más de lo necesario. Suspiré despacio, pasándome la mano por la cara. Frustrado.

Porque no podía concentrarme. No en eso. No cuando mi cabeza estaba en otro sitio.

En Kelly. Siempre en ella.

Su risa en el rodeo. Su cuerpo contra el mío. Su forma de mirarme, como si quisiera echarme y retenerme al mismo tiempo.

—*Esto es ridículo* —murmuré para mí mismo.

Lo era. Totalmente.

Volvió a sonar el teléfono y esta vez lo cogí.

—¿Sí?

—Ethan, por fin —la voz de uno de los inversores sonaba tensa—. Necesitamos cerrar esto ya. Estamos perdiendo tiempo.

Miré por la ventana. El rancho a lo lejos. Tierra. Caballos. Vida.

—Lo sé —respondí.

—Entonces necesitamos una respuesta clara. ¿Seguimos adelante o no?

Y lo que siguió fue un silencio demasiado largo.

Antes, habría respondido sin dudar. Sin emoción. Sin conflicto.

Ahora… No podía.

—Te llamo luego —dije finalmente.

—Ethan —no le dejé acabar, colgué sin más.

Y eso… Eso no era propio de mí.

—Definitivamente estás perdido.

Giré la cabeza y vi que Sophie estaba apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa que decía demasiado.

—¿Desde cuándo escuchas conversaciones?

—Desde que dejas de ser tú mismo —respondió y suspiré.

—No empieces.

—No he empezado —replicó—. Llevo rato observando.

Entró en la habitación con calma, como si estuviera analizando cada paso.

—Has cancelado dos reuniones. Ignorado llamadas. Y llevas diez minutos mirando ese rancho como si fuera una persona.

No respondí.

—Te estás enamorando —soltó, directa y sin anestesia previa.

—No digas tonterías —respondí automáticamente.

Cortante y a la defensiva.

Sophie sonrió.

—Vale. Entonces deja de mirarla como si fuera lo único real que tienes.

Eso sí golpeó fuerte contra mi pecho. Porque no era una exageración. Era verdad. Y lo sabía.

—No tienes ni idea de lo que hablas —dije, más bajo.

—Claro que sí —respondió—. Porque te conozco.

Se acercó un poco más.

—Y nunca te había visto perder el control así.

Apreté la mandíbula.

—No estoy perdiendo el control.

—Ah, ¿no? —arqueó una ceja—. Entonces esto es parte del plan, supongo.

No respondí porque no lo era. En absoluto.

—Esto no es solo físico, Ethan —añadió, más seria ahora—. Y tú lo sabes.

Mi mirada volvió a perderse por la ventana. Hacia el rancho.

Sí. Lo sabía.

—¿Y sabes qué es lo peor? —continuó Sophie—. Que ella tampoco lo está controlando.

Eso hizo que la mirara.

—¿Qué quieres decir?

—Que está cayendo igual que tú —respondió—. Y eso… nunca acaba bien si ninguno lo admite.

—No es tu problema —dije finalmente.

—No —asintió—. Pero eres como un hermano para mí. Y no quiero ver cómo te rompes de nuevo.

Eso me hizo reír. Sin humor.

—No me rompo.

—Todo el mundo lo hace —respondió—. Solo que algunos tardan más.

Aparté la mirada de ella y de nuevo miré hacia el rancho de Kelly.

—Ten cuidado —añadió antes de salir—. Porque esta vez… no estás jugando.

La puerta se cerró suavemente tras ella.

Me quedé solo. Con el silencio. Con mis pensamientos. Con la verdad que llevaba días evitando.

Kelly ya no era una distracción. Ni un error. Ni un capricho.

Era lo único que no podía controlar. Y por primera vez en mucho tiempo no estaba seguro de querer hacerlo.

No sabía cómo había llegado hasta allí.

Ni siquiera recordaba coger el coche. Ni cuánto tiempo había pasado pensando en cada gesto de Kelly, cada sonrisa, cada mirada cargada de algo que no podía nombrar.

Solo estaba allí, frente a la casa de madera, respirando hondo, intentando convencerme de que todo era… racional.

No lo era.

La puerta se abrió antes de que pudiera tocarla.

Ella estaba allí, apoyada en el marco. El cabello recogido en un moño desordenado, el rostro suavemente iluminado por la luz cálida del porche.

—Llegas tarde —dijo con un tono que intentaba sonar molesta, pero que traicionaba un leve temblor.

—Nunca es tarde si la espera vale la pena —respondí, intentando sonreír.

Ella arqueó una ceja.

—¿Eso es un piropo o un intento de excusa?

—Un poco de ambos —dije, y eso provocó una sonrisa.

No era la suya de guerra, no. Era la de Kelly… genuina, aunque fugaz.

La casa estaba silenciosa. Solo el crujido de la madera bajo nuestros pasos y la respiración que parecía demasiado ruidosa en mi cabeza.

—¿Quieres sentarte? —pregunté, señalando un par de sillas junto a la chimenea.

—Si quieres que te diga la verdad… no estoy aquí para sentarme —respondió, con esa seguridad que siempre me desconcertaba.

Me detuve y la miré.

—Entonces… —¿Por qué estás aquí? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

Ella se cruzó de brazos, apoyando la espalda contra el marco de la chimenea.

—Para verte —dijo simplemente.

No debería estar aquí, no así. No debería dejar que mi corazón acelerara el ritmo por un simple gesto suyo. Pero lo hacía.

Caminé hacia ella sin pensar demasiado. Sin reglas. Solo instinto.

—Contigo… no es solo esto —susurré.

—No lo compliques —respondió, pero no se apartó.

Eso era lo peligroso. No se apartó. Ni siquiera un poco.

Nos quedamos allí. Respirando el mismo aire. Con el silencio llenando la habitación. Y entonces algo cambió.

No eran solo los juegos de poder. No era solo deseo. Era miedo. Vulnerabilidad.

Ella lo ocultaba detrás de su sarcasmo, de su humor, de cada movimiento calculado. Pero yo lo veía. Y por primera vez… me importaba demasiado.

—No confío en nadie —dije, rompiendo el silencio.

—Bienvenido al club —respondió ella, con una media sonrisa que intentaba suavizar la tensión.

Nos sentamos juntos, pero en ese momento no hubo contacto físico. Solo cercanía. Intimidad. Algo que no había sentido con nadie en años.

Y hablamos, dejando que cada frase fuera una ventana a lo que cada uno sentía y no decía.

—No quiero que te hagan daño —dijo ella de repente, bajando la voz.

—¿Quién? —pregunté, aunque sabía que se refería a mí.

—Jake…

Me giré hacia ella con la mirada firme, buscando honestidad.

—Esto nos está afectando a los dos —dije suavemente.

Ella asintió, sin mirarme directamente.

—No puedes controlarlo todo —dije—. Yo tampoco.

—Eso lo sé —respondió, y por primera vez, dejó caer la coraza apenas un segundo.

El tiempo se detuvo. No había distracciones. Ni juicios. Solo ella, yo… y lo que estaba empezando a ser más que un simple juego.

—Esto podría complicarse —susurré.

—No me importa —contestó, mirándome a los ojos.

Su mirada era intensa, casi desesperada. Y fue entonces cuando entendí que ella sentía lo mismo.

Nos quedamos así hasta que la noche se hizo más profunda. El frío nos rodeaba, pero no lo sentíamos. Cada respiración compartida, cada silencio, cada mirada, nos acercaba más.

Poco después la acompañé a casa.

El sol caía sobre el rancho, pero yo apenas lo veía. Mi mente seguía atrapada en cada momento con ella, en el calor de sus manos, en la suavidad de su voz.

Llegamos al establo y, mientras ella entraba a por Relámpago, yo me quedé fuera, esperándola. Y allí estaba Jake.

Su expresión era un cóctel de ira contenida y celos que quemaban.

—No vuelvas a acercarte a ella —dijo apenas me vio, con la voz baja, pero cargada de amenaza.

—No eres tú quien decide eso —contesté, manteniendo la calma que apenas sentía.

Su mandíbula se tensó.

—¿No decido eso? ¿En serio? —casi gritó, y sentí cómo todo su cuerpo temblaba con furia contenida.

Me di cuenta de que esto iba a estallar.

—Jake… Intenté calmar la situación, pero él no estaba para palabras suaves.

Se acercó, y no de forma amistosa. Su mano rozó mi hombro, más para intimidar que para tocarme. Mi instinto fue apartarme, pero no lo hice.

Y entonces apareció ella.

—¡Basta! —gritó con fuerza, separándonos con su sola presencia.

Nos miró a ambos, con los ojos brillando de frustración y miedo.

—¿Desde cuándo dejas que te hagan daño? —le dijo a Jake, pero el mensaje también me atravesó.

Porque implicaba que yo, de alguna manera, podía herirla.

Jake respiró hondo. Su expresión cambió de ira a dolor.

—No quiero verla sufrir —dijo, y su voz se quebró apenas un instante.

—Lo sé —respondí—, pero no vas a decidir quién se acerca a ella.

Ella nos miró a los dos, y yo sentí cómo su mirada me atravesaba.

No era solo protección, era desafío, era advertencia: "No la toques. No me toques".

El rancho entero parecía haberse detenido. Cada trabajador, cada caballo, cada sombra parecía observarnos. La tensión era tan intensa que podía sentirla en mis huesos.

—Kelly… Empecé, y ella me sostuvo la mirada, firme, desafiándome a continuar.

—No es solo esto —dijo, y esa frase me golpeó más que cualquier amenaza.

—Lo sé —respondí suavemente, y por primera vez dejé que mis verdaderos sentimientos se filtraran—. No es solo deseo. Es algo más. —Mi voz sonó grave, pero sincera.

Ella no respondió de inmediato, se limitó a mirarme, y esa mirada decía más que cualquier palabra.

Y entonces escuchamos paso, miramos y vi que uno de sus hermanos se acercaba. No estaba solo, y en seguida me di cuenta de que éramos observados.

—Vamos —susurró ella, y tomándome del brazo me llevó un paso atrás, separándonos de Jake.

—Si alguien intenta algo, yo me encargo —dije con firmeza, pero mi voz estaba teñida de preocupación.

—Lo sé —respondió ella, y por un momento nos quedamos quietos, respirando juntos, sintiendo la electricidad que aún nos unía.

Jake no se dio por vencido.

—No puedo no sentir lo que siento —dijo, claramente dolido—, aunque sé que nunca habrá nada entre nosotros.

—Acepto eso —respondí—, pero no voy a alejarme de ella.

Ella apretó mi mano. Su toque era un recordatorio silencioso de lo que importaba. Lo que estábamos construyendo, aunque peligroso, era inevitable.

Observé a Kelly mientras se alejaba unos pasos de Jake. El sol iluminaba su cabello, los contornos de su rostro. No podía evitar pensar que, por primera vez en mucho tiempo, había alguien que me desafiaba de verdad. Y no solo eso: alguien que me hacía sentir vulnerable.

Nos quedamos allí, atrapados entre el deseo, la protección y la tensión emocional.

El rancho estaba lleno de murmullos, pero nosotros solo escuchábamos nuestra propia respiración.

Y en ese momento entendí algo fundamental: No había reglas para nosotros. No había límites que pudieran contener lo que sentíamos.

Solo existíamos ella y yo, en un juego peligroso que ninguno quería perder.

El rancho estaba más silencioso de lo habitual, pero mi mente no podía callar. Cada pensamiento sobre Kelly se mezclaba con la adrenalina que aún me recorría por el enfrentamiento con Jake. Intenté concentrarme en los caballos, en el trabajo, pero entonces lo vi.

Ryan Blake. Lo reconocí por el artículo que me había dejado Sophie.

Mi estómago se tensó. Allí estaba, elegante, arrogante, sonriendo como si todo el rancho le perteneciera. Y lo más importante: hablando con Kelly.

Mi instinto fue acercarme, pero traté de mantener la calma. Observé la interacción desde la distancia, notando la manera en que Kelly mantenía la compostura, pero su postura, su tensión, su respiración me gritaban lo contrario.

—Ese es él —me dije en voz baja.

Me acerqué un paso más, y mi presencia hizo que ambos lo notaran. Ryan se giró y me miró, sus ojos brillando con desafío.

—No sabes dónde te metes —dijo con una sonrisa que intentaba ser intimidante, pero que no ocultaba la arrogancia.

No respondí de inmediato. Mi mirada era suficiente. Firme, penetrante, un mensaje claro: No te acerques a ella.

Kelly me miró entonces. Sus ojos no eran solo de advertencia, sino de sorpresa. No esperaba que reaccionara así, y por un momento vi un destello de complicidad en su mirada.

—Ethan… —susurró, pero no dijo más.

—Déjala tranquila —dije con voz baja, controlada, pero cargada de advertencia.

Ryan arqueó una ceja, divertido por el tono frío y autoritario.

—¿Y si no puedo? —preguntó, provocando un escalofrío en mi espalda.

Me acerqué un paso más, reduciendo la distancia entre nosotros.

—Entonces verás de lo que soy capaz —susurré, y mi mirada se clavó en la suya.

Kelly observaba, y sentí cómo su mano rozaba la mía de forma accidental… o tal vez no. La electricidad entre nosotros se disparó y por un instante todo lo demás desapareció: el rancho, los caballos, el calor del sol… solo existíamos ella y yo, y la tensión que nos unía.

Ryan retrocedió un paso, comprendiendo que no era un rival que pudiera intimidar fácilmente. Kelly, por su parte, parecía aliviada, pero también un poco excitada por la intensidad del momento.

—Eso ha estado cerca —dijo, con una sonrisa apenas perceptible.

—Demasiado cerca —respondí, y la tensión en mi voz la hizo sonrojar ligeramente.

No iba a permitir que le hiciera daño de nuevo, no se acercaría a Kelly y no la humillaría como ya la humilló en el pasado.

Porque, aunque ella no necesitara que la cuidaran, aunque tuviera el aspecto de ser indomable, eso no era más que una fachada que se había puesto hacía años con el único fin de protegerse.

Capítulo 29

Kelly

El pueblo parecía girar a cámara lenta aquella mañana. Todo estaba tan lleno de polvo, risas y conversaciones que me resultaba imposible concentrarme en cualquier otra cosa que no fuera él… y Ryan.

Desde que había regresado, Ryan se movía como si el mundo le perteneciera, y cada vez que me encontraba con él, la memoria de aquel pasado me golpeaba como un puñetazo seco.

—*Siempre te gustó que te miraran… aunque luego no supieras manejarlo* —dijo, con esa sonrisa arrogante que conocía demasiado bien.

Mi mandíbula se tensó. No quería reaccionar. No quería darle el poder de verme dudar.

Pero por dentro, algo se rompía. Algo que había construido con esfuerzo, capa sobre capa de control, comenzó a resquebrajarse.

Intenté mantener la calma.

—Esto no me afecta —me dije a mí misma, caminando más rápido, alejándome de él.

Y ahí estaba Ethan, acercándose con paso firme, con esa mirada que podía derretirme o encenderme de inmediato.

—Kelly —dijo, suavemente, intentando tomar mi mano.

Yo me aparté.

—Esto es justo lo que no quería —susurré, con voz temblorosa.

—No soy él —respondió Ethan, con esa firmeza contenida que siempre me hacía dudar.

—No lo sé —admití, con un hilo de voz, y por primera vez, vi cómo eso rompía algo en él.

Era doloroso para los dos, y sin embargo… la necesidad de estar cerca seguía latiendo entre nosotros, fuerte e inevitable.

Esa noche, no pude más. Mi mente repasaba cada escena, cada susurro, cada risa cruel de aquel pasado que Ryan traía a colación como si fuera un juego. Me derrumbé sola en la habitación de la casa, sintiendo cómo la humillación me llenaba desde dentro.

Pero no podía quedarme en ese pozo de desesperación. Finalmente, me levanté, y algo en mí me impulsó a buscarlo.

Lo encontré en la casa de madera, revisando papeles y planos, con la concentración que lo caracterizaba, pero los hombros tensos, como si estuviera esperando que algo explotara.

—Ethan —dije, temblando apenas—. No quiero volver a pasar por esto.

Él me abrazó de inmediato, fuerte, como si pudiera sostener todos mis miedos con un solo gesto.

—No vas a hacerlo —susurró, y aunque lo decía con seguridad, en su voz había un hilo de vulnerabilidad que me hizo sentir más cerca de él que nunca.

Nos quedamos allí, en silencio, la tensión entre nosotros mezclándose con un alivio momentáneo. Por primera vez, nos permitimos bajar la guardia, sin sarcasmos ni palabras de defensa.

El gran rodeo del pueblo llegó como una tormenta inevitable. Toda la comunidad estaba presente: la familia, los inversores locales, trabajadores… y Ryan, moviéndose entre todos con esa seguridad insolente que me hacía temblar por dentro.

Ethan intentaba mantener mi atención, pero Ryan no dejaba de provocarme, acercándose demasiado, hablando en voz baja, invadiendo mi espacio con la arrogancia de quien sabe que puede desestabilizarme.

—Siempre vuelves a lo mismo: hombres que creen que pueden salvarte —susurró Ryan al oído, mientras yo intentaba mantenerme firme.

Vi cómo algo se rompía en Ethan. Su mandíbula se tensó, los ojos brillaron con un peligro que no había visto antes. Y justo entonces, Ryan soltó una insinuación sobre mi pasado delante de todos los asistentes. Risas incómodas, miradas furtivas. Mi corazón se encogió.

—Cierra la boca —dijo Ethan, frío, peligroso, y su voz cortó el murmullo del público.

Ryan sonrió, sabiendo que había logrado lo que quería: tensionarnos, provocarnos.

Mi furia explotó por encima de cualquier dignidad contenida.

—¡Basta los dos! —grité, furiosa, intentando poner un límite a aquel circo.

Pero el daño ya estaba hecho. Mi pasado volvía a estar en boca de todos. Y yo, humillada, me alejé.

Ethan me observó marcharme, con el corazón en la garganta, sabiendo que había fallado… y sin saber cómo repararlo.

Al día siguiente, no aparecí en el rancho. Nadie sabía dónde estaba. Había huido a una zona apartada, donde solía ir con mi madre, buscando aire, silencio… y espacio para recomponerme.

Los flashbacks me atrapaban: la traición, el juicio público, la vergüenza… todo lo que había intentado enterrar, ahora estaba vivo de nuevo.

"Siempre termina igual", pensé. El dolor era familiar, pero igual de devastador que la primera vez. Finalmente, Ethan me encontró.

—No puedes desaparecer así —dijo, su voz firme, pero con preocupación.

—Mírame —contesté, dejando que el peso de mi dolor se reflejara en mis ojos—. Esto es lo que pasa cuando confío.

Intentó acercarse, pero retrocedí.

—Tú trajiste esto. Tu mundo, tus problemas… todo —dije, su dolor mezclándose con el mío.

No era justo, pero era mi manera de poner barreras.

Ethan no supo cómo responder. Por primera vez, no tenía control, no tenía solución, no había plan que arreglara aquello. Solo podía mirarme y sentir el vértigo de que tal vez me estaba perdiendo.

Cerré los ojos, dejando que la brisa me envolviera, y por primera vez, acepté que la vulnerabilidad tenía su precio.

Cuando me giré, Ethan estaba allí, como si me hubiera leído el pensamiento. No dijo nada al principio, solo se acercó y me observó, evaluando cada gesto, cada respiración. Sus ojos oscuros, llenos de preocupación contenida, parecían atravesarme.

—Kelly… —Empezó, suavemente.

—No digas nada —interrumpí, tratando de controlar mi voz temblorosa.

—Pero debo —replicó él, con firmeza—. No puedes huir de esto. Ni de mí.

El roce de su mano en mi brazo fue suficiente para que todo mi control se desmoronara. Me apoyé contra su pecho, dejando que su calor y fuerza absorbieran mi dolor. Sentí cómo se tensaba también, como si compartiéramos un mismo miedo silencioso.

—No quiero volver a pasar por esto —susurré, casi contra su piel.

—No vas a hacerlo —repitió, y por primera vez su voz no fue del todo segura. Había una vulnerabilidad que lo hacía humano, cercano, peligroso.

Me aferré a él, como si pudiera sostenerme en la tempestad que me había golpeado. Cada segundo con él era un equilibrio delicado entre necesidad y miedo.

A lo lejos, el bullicio del rodeo llegaba como un murmullo, recordándonos que el mundo seguía ahí fuera, indiferente a nuestras emociones. Pero allí, en ese pequeño refugio, éramos solo nosotros.

—Ethan… —dije, con la voz quebrada—. Esto…

Él me miró con intensidad. Su mano se deslizó suavemente hacia mi cuello, rozando la piel con los dedos, y su proximidad me hizo olvidar cada advertencia que me había repetido mentalmente.

—Si tuviera que cambiar la ciudad por un rancho en Texas… —dijo, casi en un susurro, acercando su rostro al mío—, tú serías el único motivo por el que lo haría.

Me alejé apenas, con incredulidad.

—No lo creo —contesté, intentando recuperar el control.

—Entonces deja de mirarme así —replicó, con un hilo de sonrisa que no alcanzaba a suavizar su intensidad.

El silencio cayó entre nosotros. Cada respiración era un recordatorio de que estábamos peligrosamente cerca de cruzar líneas que nunca habíamos imaginado.

Mi mente se debatía entre el deseo y la razón. Sabía que no podía permitirme caer completamente, que mi vida era el rancho, los caballos, los rodeos, y que él… él era otra realidad, de ciudad, de negocios, de planes que nunca encajarían con la mía.

—No podemos… —Susurré, intentando romper la tensión.

—Sí podemos —respondió Ethan, suave pero firme—. Solo hay que quererlo.

Mis manos se tensaron, mis labios se abrieron para hablar y cerrar la brecha entre nosotros, pero las palabras se ahogaron en un suspiro. No había excusa para lo que sentía, y sin embargo, no podía alejarme de él.

Ethan acercó su rostro aún más, su aliento rozando mi piel.

—Kelly… —Susurró—, vuelve a decirlo. Pero hazlo más convincente.

Le miré, con el corazón latiendo desbocado, sin palabras que pudieran explicar lo que estaba ocurriendo. Su sonrisa se amplió apenas, y un brillo de complicidad y peligro brilló en sus ojos.

—Sal de aquí —dijo de repente, con voz baja, cargada de intención.

Me quedé inmóvil un segundo, evaluando. Mi razón gritaba que dijera que no. Pero mi cuerpo, mis emociones… mi necesidad de él me impulsaron a aceptar.

Salimos del rodeo, dejando atrás el ruido y las miradas indiscretas, y nos dirigimos hacia las tierras de Ethan. Cada paso estaba cargado de tensión, anticipación, de un deseo contenido que parecía imposible de frenar.

Cuando llegamos, la privacidad nos envolvió. Por primera vez, no había público, no había distracciones, solo nosotros y el peligro de lo inevitable.

Su proximidad me hizo olvidar todas las advertencias que había repetido mentalmente durante años. Ethan me sostuvo contra él, y el primer beso que compartimos fue lento, intenso, lleno de necesidad, de deseo reprimido y de emociones que ya no podíamos negar.

—Esto… esto es demasiado —susurré entre besos, mi voz temblando.

—No existe demasiado —replicó él, con los labios pegados a los míos, y su mano recorriendo mi espalda con firmeza y cuidado—. Solo nosotros.

El mundo desapareció, y todo lo que existía era este contacto, esta conexión que se había ido construyendo en cada roce, cada mirada, cada susurro.

Cuando finalmente nos separamos, mi respiración era rápida, y sentí cómo la intensidad de lo que acabábamos de compartir me desbordaba.

Sonreí, con esa mezcla de culpa y satisfacción que sabía que no debía sentir, y comprendí que esto… esto se me estaba yendo de las manos.

Aun así, no podía alejarme de él.

Capítulo 30

Ethan

El amanecer llegó con un cielo gris, pesado, como si presintiera la tormenta que me aguardaba en la ciudad. Me levanté temprano, no por disciplina, sino porque no podía cerrar los ojos. Cada pensamiento sobre Kelly me golpeaba como un martillo; no era solo que la extrañara, era que sentía que la había perdido antes de que pudiéramos siquiera definir lo que éramos.

Entré a la sala de reuniones con los inversores con la sensación de estar caminando hacia una emboscada. Los contratos ya estaban sobre la mesa, impecables, brillando con la autoridad que tanto detestaba. No había espacio para negociación: cláusulas agresivas que afectaban directamente el entorno, que comprometían la integridad del rancho, que ponían en riesgo todo lo que Kelly y su familia habían construido.

—Este no era el acuerdo —dije, dejando que la dureza en mi voz llenara la habitación.

El silencio me golpeó de vuelta. El inversor principal, un hombre de traje oscuro que nunca sonrió, levantó la vista con calma.

—Esto es negocio —respondió, con la tranquilidad de quien sabe que tiene las cartas ganadoras.

Quise gritar. Quise tirar los contratos por la ventana y marcharme, pero no podía. Todo mi mundo estaba construyéndose sobre decisiones calculadas, y aun así, por primera vez, sentí una grieta en mi propio sistema. No era solo el rancho, no era solo Kelly… era todo.

Mientras firmaba acuerdos y aprobaba decisiones que me revolvían por dentro, podía sentir que algo en mí estaba cambiando. Sophie, siempre perceptiva, notó la tensión inmediatamente.

—Si haces esto, la pierdes —dijo, con voz firme, pero sin juicio.

La miré, incapaz de ocultar la verdad que ni siquiera me atrevía a admitir a mí mismo.

—Ya la estoy perdiendo —respondí, y por primera vez mi tono sonó afectado, vulnerable.

El golpe fue duro. No estaba acostumbrado a que mi mundo emocional interfiriera con mi mente fría y calculadora. Siempre había funcionado como un reloj: decisiones, resultados, control absoluto. Pero Kelly… Kelly había abierto una fisura que no podía ignorar.

Poco antes de volver a Boston me dijo que no podía seguir conmigo si yo no iba a cuidar el legado de mi abuelo, eso que para ellos era tan importante. Me dijo que si seguía adelante con ese proyecto del hotel, lo nuestro se acababa en ese momento.

Y fui un soberano imbécil porque no dije nada, simplemente me quedé callado y ella sonrió, aceptando mi silencio como respuesta de que no abandonaría el proyecto.

Lo que más me dolió fue escucharla decir que al final Jake tenía razón y que yo le había hecho daño.

Y entonces llegó la noticia: uno de mis socios había filtrado información comprometedora, incluyendo detalles sobre Kelly y el conflicto con el rancho. La historia ya circulaba: "Empresario enfrentado a familia local", decía la prensa.

La humillación de la que había querido protegerla la golpeó de nuevo, y esta vez, no podía ponerme entre ella y el mundo.

—Esto se acabó —gruñí, mientras arrojaba un contrato sobre la mesa.

Pero ya era demasiado tarde. El daño estaba hecho. Intenté llamarla, buscarla, pero Kelly se negó.

—*No quiero formar parte de tu guerra* —dijo, fría, contenida.

—*Nunca quise que lo fueras* —contesté, intentando no dejarme arrastrar por la impotencia.

—*Pero lo soy* —replicó ella, y el silencio que siguió fue más pesado que cualquier amenaza externa.

Esa noche me serví un whisky y me quedé en el salón rodeado de planos del hotel que ahora parecían vacíos, irrelevantes. Todo mi mundo material estaba intacto, pero todo lo que me importaba realmente se había escapado de mis manos.

Al día siguiente, después de regresar de Boston, desperté con la sensación de vacío que se había instalado en mi pecho. Todo parecía igual: la luz del sol colándose por la ventana de la casa de madera, los planos extendidos sobre la mesa, la sensación de control que siempre había definido mi vida. Pero algo había cambiado, y lo sabía con cada fibra de mi ser.

Decidí que debía hablar con Kelly. No podía quedarme en mi mundo vacío mientras ella se alejaba. Me dirigí hacia el límite de las tierras, el mismo lugar donde todo había empezado, donde la primera chispa se había encendido y donde ahora sentía que podía perderla definitivamente.

Cuando la encontré, estaba allí, sola, contemplando el horizonte con una postura rígida, como si tratara de contener no solo el dolor, sino la decepción, la rabia y la vulnerabilidad que yo había traído a su vida. Me detuve a unos metros, dudando si acercarme o simplemente dejarla allí.

—No puedes desaparecer así —dije, intentando que mi voz no sonara implorante, aunque cada palabra se sentía como una súplica.

Ella me miró, fría, con esos ojos que siempre habían tenido la capacidad de atravesarme:

—Mírame. Esto es lo que pasa cuando confío —respondió, y sentí que cada sílaba me golpeaba directamente en el pecho.

Me acerqué un paso, luego otro. Su cuerpo tensó la distancia entre nosotros, y su mirada me dijo más que cualquier palabra. Sabía que estaba furiosa, pero también sabía que había algo más, un miedo que yo había provocado.

Intenté acercarme más, pero ella retrocedió apenas un centímetro. No era suficiente para alejarse, pero sí lo suficiente para recordarme que no podía forzarla a quedarse.

—Tú trajiste esto. Tu mundo, tus problemas… todo —dijo, y por un momento me sentí desnudo, impotente. No era solo su dolor; era la evidencia de que no tenía control sobre lo que más me importaba.

No supe cómo responder. Siempre había tenido soluciones, estrategias, planes. Pero esta vez… no había plan que funcionara. No podía arreglarlo con dinero, con contratos, con promesas vacías. Esta vez, la vulnerabilidad era mía, y no estaba acostumbrado a sentirla.

—No soy él —dije finalmente, bajando la voz, intentando que ella comprendiera que no era Ryan, ni ningún hombre de su pasado.

Kelly me miró con atención, como si estuviera evaluando la sinceridad de mis palabras.

—No. Pero el final puede ser el mismo —susurró, y el peso de su frase me atravesó.

Ella giró sobre sus talones y comenzó a alejarse. Yo quise detenerla, correr tras ella, decirle que estaba equivocado, que no me iría, que no la dejaría. Pero incluso mis impulsos más fuertes chocaban contra su determinación. La vi desaparecer entre los árboles, y su silueta se volvió cada vez más pequeña hasta que solo quedó el sonido del viento y el silencio que dejaba su ausencia.

Me quedé allí, solo, en medio de las tierras que ahora parecían más grandes, más vacías. Cada plano, cada decisión de negocio, cada éxito profesional se sentía insignificante comparado con la sensación de haberla perdido. No podía controlarlo. No podía imponer nada. Y, por primera vez en mi vida, entendí que algunas cosas no se logran con poder, dinero o inteligencia: algunas cosas se rompen y basta.

Regresé a la casa de madera con la mente en blanco y el corazón pesado. Todo mi mundo exterior estaba en su lugar, pero por dentro, había grietas que no podía ignorar. Intenté sumergirme en trabajo, en llamadas, en decisiones agresivas que siempre me habían definido. Firmé contratos, aceleré proyectos, tomé decisiones que, en otra circunstancia, me habrían dado satisfacción. Pero esta vez, cada acción se sentía vacía.

El vaso que Kelly había usado la última vez seguía sobre la mesa. La manta que había dejado caer estaba arrugada en el sillón. Pequeños detalles, recuerdos diminutos, se convertían en agujas que me recordaban lo que realmente importaba.

Sophie apareció a mi lado, como si pudiera leer mi mente.

—Esto no eres tú —dijo, con suavidad y firmeza al mismo tiempo.

—Esto es exactamente lo que soy —respondí, pero mi voz no sonó convincente ni para mí.

Por primera vez, no había estrategia. No había control. No había reglas. Solo fisuras.

Esa noche, me tumbé en la cama, incapaz de dormir. El silencio me presionaba, y cada pensamiento sobre Kelly me golpeaba con fuerza.

Ganar no debería sentirse así, pensaba mientras el eco de su risa, de su mirada y de su distancia me perseguía sin descanso.

Capítulo 31

Ethan

Al amanecer, el rancho parecía silencioso, casi irreal. El rocío cubría la hierba y el viento arrastraba un frío que calaba hasta los huesos. Yo caminaba entre los establos y los corrales, pero no veía los caballos, no escuchaba el crujir de la madera bajo mis botas. Solo pensaba en Kelly, en la forma en que se había alejado, en cómo su decisión de cortar había abierto una fisura que no sabía cómo reparar.

La llamada del primer inversor llegó mientras revisaba los planos del proyecto. Su tono era imperioso, agresivo, y la forma en que me hablaba como si nada más importara me recordó que mi mundo profesional seguía funcionando, indiferente a mi caos emocional.

—Ethan, necesitamos que firmes los contratos hoy. No hay margen de demora —dijo, sin siquiera saludar.

Colgué antes de contestar. Sabía que su presión no haría que mis problemas desaparecieran, y además… cada decisión que tomaba lejos de Kelly se sentía vacía, como si todo el éxito del mundo no pudiera llenar el hueco que ella había dejado.

Intenté concentrarme en los documentos, en los números, en los plazos, pero cada cláusula agresiva, cada cambio unilateral me golpeaba como un recordatorio de que su mundo y el mío estaban chocando de manera inevitable. No era solo el negocio. Era ella, siempre ella. La presión de los inversores no hacía más que amplificar la ausencia que sentía.

Me quedé en silencio, dejando que la oficina se llenara de la tensión de mis propios pensamientos. Sophie no dijo nada más, pero su mirada me hizo consciente de algo que hasta ese momento había estado negando: no podía controlar todo, no podía arreglarlo todo, y por primera vez, alguien me veía tal y como estaba: vulnerable, desbordado.

Decidí salir. Necesitaba caminar, necesitaba aire, necesitaba sentir algo más que la presión de los inversores. Caminé por los límites del terreno, recordando cada gesto, cada roce, cada palabra de Kelly. Recordé cómo se había apoyado en mi pecho, cómo su aroma se había quedado pegado a mi piel, cómo su voz podía hacerme sentir peligroso y a la vez vivo.

El teléfono volvió a sonar; era otro socio. Esta vez, las noticias eran peores: alguien había filtrado información sobre nuestro conflicto con el rancho, sobre Kelly, sobre cómo el proyecto estaba interfiriendo con su mundo. La noticia era pública ahora, y la tensión no era solo privada. El daño ya estaba hecho, y no había forma de retroceder.

La soledad que sentí en ese momento era física, como si cada músculo de mi cuerpo se hubiera tensado para contener un dolor que no podía compartir. Intenté acercarme, decir algo más, pero ella ya se había retirado, dejándome solo en medio del caos que yo mismo había permitido.

Por primera vez, comprendí que no podía imponerme sobre su mundo. No podía usar mi poder, mis recursos, mi control para obligarla a quedarse. Solo podía esperar, y eso era insuficiente.

La noche llegó y con ella el silencio absoluto de la casa. Todo estaba en su lugar, pero nada tenía sentido. El vaso que ella había usado seguía sobre la mesa, la manta seguía arrugada y la risa de Kelly, aunque solo en mi memoria, me golpeaba con fuerza. Cada detalle parecía un recordatorio de que la había perdido, aunque no físicamente.

Me tumbé en la cama, incapaz de dormir, y pensé en cada gesto, en cada roce, en cada mirada que había compartido con ella. La necesidad que sentía ya no era solo deseo; era algo más profundo, más inquietante. La idea de perderla, de que nunca pudiera confiar plenamente en mí, me asfixiaba.

Mis manos buscaron algo, cualquier cosa que me conectara con la realidad. El teléfono, los planos, la mesa… pero nada tenía sentido. La única certeza era que estaba vacío sin ella, y que no podía seguir adelante sin intentar recuperarla, aunque no supiera cómo.

La madrugada llegó con un viento frío que entraba por las rendijas de la madera. Me levanté, caminando por la casa, repasando mentalmente cada estrategia posible, cada palabra que podría decir, cada gesto que podría usar para acercarme de nuevo a ella. Pero incluso mientras trazaba mentalmente planes, sabía que nada de eso reemplazaría la verdad: Kelly no estaba aquí por mí, estaba aquí por ella misma. Y cualquier intento de controlar la situación solo la alejaría más.

En ese momento, entendí algo fundamental: no se trataba de ganar, de controlar o de tener éxito. Se trataba de comprender, de esperar, de aceptar la vulnerabilidad que hasta ese momento había negado. Y por primera vez, no tuve miedo de admitirlo, aunque eso me doliera más que cualquier fracaso profesional.

El día siguiente llegó gris y pesado, con nubes bajas que cubrían el cielo del rancho como un presagio. Me desperté antes del amanecer, con la sensación de que la casa estaba demasiado grande, demasiado silenciosa, demasiado vacía. Todo lo que antes me había dado confort ahora me recordaba su ausencia: el sillón donde ella se sentaba, la luz que entraba por la ventana del porche, incluso el aroma de la madera parecía diferente, menos acogedor.

Me obligué a levantarme, a vestirme y enfrentar los correos, llamadas y documentos que me esperaban. Los inversores habían intensificado la presión. No solo querían acelerar el proyecto; algunos habían filtrado información sensible, manipulando la narrativa para pintarme como alguien que chocaba con la comunidad local y que interfería en la vida de Kelly. Cada palabra que leía, cada email que abría, me golpeaba como si no solo estuvieran atacando mis negocios, sino directamente a ella, a lo que ella representaba.

Sophie tenía razón. Estaba perdiendo a Kelly. No solo porque había decidido alejarse, sino porque yo había permitido que los problemas externos, las presiones, me consumieran de tal manera que me olvidé de lo más importante: ella.

Intenté concentrarme en los contratos, en las cláusulas, en los números. Pero cada línea de texto me recordaba que ella no estaba allí, que no podía controlar ni su mundo ni el mío. Me detuve en un punto: una cláusula que estipulaba la entrega inmediata de tierras y recursos del rancho a terceros. Mi corazón se tensó. No podía permitir que esto pasara, no sin su consentimiento, no sin su presencia.

Llamé a mi abogado, revisé todo, confronté a los socios. La tensión creció rápidamente, y por un momento me sentí atrapado entre el mundo que siempre había controlado y la vida que había encontrado con Kelly, esa que me hacía sentir vivo y al mismo tiempo vulnerable.

Decidí salir del despacho. Necesitaba aire, necesitaba pensar, necesitaba encontrarla. Caminé por los límites del rancho, observando la tierra que tanto amaba y que ahora parecía más ajena que nunca. Cada árbol, cada corral, cada sendero me recordaba a ella. Su risa, su energía, la forma en que sus manos se aferraban a las mías mientras cabalgábamos… todo estaba allí, en mi memoria, y me golpeaba con fuerza.

Fue entonces cuando la vi. A lo lejos, sentada sobre una roca junto al río que cruzaba las tierras del rancho. La luz de la mañana se reflejaba en su cabello, y el viento jugaba con su ropa. Se veía frágil, pero al mismo tiempo fuerte, como siempre había sido. Mi corazón dio un vuelco.

Me acerqué despacio, sin correr, sin alterar su espacio. Cada paso era una batalla interna: sabía que debía hablar con ella, intentar explicarme, pero también sabía que cualquier palabra equivocada podía alejarla para siempre.

—Kelly —dije, mi voz baja, contenida, intentando no asustarla.

Ella giró la cabeza lentamente, mirándome con esos ojos que siempre parecían leerme completamente. No dijo nada al principio. Solo me miró, evaluándome, como si decidiera en ese instante si podía confiar en mí de nuevo.

Mi pecho se tensó. Por primera vez, no tenía control. Por primera vez, me sentí impotente ante algo que no podía resolver con dinero, con influencia, con planes o con poder. Solo podía estar allí, aceptar su dolor, sentirlo junto a mí.

Por un largo momento, permanecimos en silencio. Solo el río, el viento y nuestras respiraciones compartiendo el espacio.

—No puedo… no puedo controlarlo todo —admití finalmente, bajando la mirada—. No puedo arreglar esto solo.

Ella suspiró, y por primera vez no hubo sarcasmo ni barreras. Solo un pequeño gesto de vulnerabilidad: una exhalación, un temblor sutil en los hombros.

—Ni yo tampoco —susurró.

Esa frase, tan simple, rompió algo dentro de mí. Fue un reconocimiento mutuo de que ambos estábamos heridos, que ambos habíamos intentado mantener el control, que ambos habíamos fallado en algo que ahora importaba más que cualquier otra cosa.

Sin decir una palabra más, me acerqué lo suficiente como para que nuestras manos se rozaran. Fue un contacto mínimo, pero cargado de intensidad. Ella no se apartó. Nuestros ojos se encontraron, y en esa mirada supe que no había vuelta atrás: lo que sentíamos era demasiado fuerte, demasiado real, y la distancia entre nosotros era ahora solo física, no emocional.

—Ethan… —dijo, apenas un hilo de voz.

—Lo sé —la corté, acercándome un poco más—. Pero no puedo alejarme.

Ella me miró, dudando, evaluando cada palabra, cada intención. Y por primera vez, no hubo sarcasmo, no hubo barreras. Solo una verdad compartida, cruda y peligrosa: necesitábamos estar cerca, incluso si eso nos podía destruir.

El sol comenzó a subir, iluminando nuestras figuras junto al río. No había certezas, no había promesas, solo la realidad de lo que sentíamos y la tensión de lo que estaba por venir.

Capítulo 32

Kelly

Me desperté con la sensación de que todo estaba mal, aunque aparentemente nada había cambiado. El sol se filtraba entre las persianas del dormitorio, pero no había luz que iluminara mi ánimo. Cada rincón del rancho me recordaba a él, a lo que había perdido y, sobre todo, a lo que todavía no entendía que había dejado de tener control.

Decidí ocuparme del trabajo. El establo me esperaba y con él Relámpago, mi caballo inseparable, que desde el primer día había percibido todo mi ánimo. Su presencia era un consuelo silencioso, aunque no suficiente para llenar los vacíos que Ethan había dejado en mí.

Monté a caballo, buscando concentración, intentando ahogar los pensamientos que insistían en volver a él. Pero mis manos temblaban ligeramente, y mi respiración se aceleraba sin razón aparente. Cada movimiento de Relámpago parecía recordarme que no estaba completamente presente.

—¡Kelly! —gritó alguien de pronto desde la entrada del establo—. ¡Cuidado!

Fue Jake. Su cara mostraba preocupación, sus músculos tensos. No podía evitarlo; sus ojos se encontraron con los míos y por un instante se hizo evidente lo mucho que ambos sabíamos: yo estaba allí físicamente, pero mi mente estaba en otra parte.

Un instante después, Relámpago resbaló ligeramente en el suelo húmedo. Sentí que caía, pero antes de que pudiera reaccionar, Jake estaba a mi lado, firme y seguro, atrapándome con fuerza.

—No estás aquí —gruñó, con una mezcla de enfado y miedo.

—¡Claro que estoy aquí! —contesté, gritando, aunque supe que mis palabras eran inútiles, que ambos sabíamos la verdad.

No podía mantener la fachada. Mi corazón latía demasiado rápido y mi mente era un torbellino. Aquel momento fue una bofetada que me recordó lo frágil que me había vuelto desde que todo había empezado.

Bandit se acercó corriendo, olfateando mi estado emocional, restregándose contra mis piernas, insistiendo en que no estaba sola, aunque yo me sintiera completamente aislada. La lealtad del animal me hizo estremecerme.

Horas más tarde, mientras el sol bajaba y el establo se enfriaba, apareció mi padre. Su presencia era un recordatorio de mi familia, de lo que había sido y de lo que intentaba proteger. Se sentó a mi lado, mirándome sin palabras por un momento, como si supiera exactamente lo que debía decir.

—Tu madre no huía de lo que sentía —dijo finalmente, con suavidad, pero con la firmeza que siempre lo caracterizaba—. Enfrentaba cada situación, aunque doliera.

Esas palabras me rompieron por dentro. No había lágrimas hasta ese momento, pero ahora brotaron sin control. No podía contenerlas. Por primera vez desde que todo había empezado, lloré abiertamente, dejando salir la tensión acumulada, el miedo, la frustración, la impotencia y el dolor.

—No… no puedo —susurré, entre sollozos—. Todo duele demasiado.

Mi padre me abrazó, simplemente eso. No hubo sermones ni consejos. Solo su presencia, un ancla en medio de la tormenta emocional que me estaba arrastrando.

Cuando finalmente me recompuse un poco, subí al cerro que me permitía ver la tierra desde la distancia. Allí estaba: la maquinaria, los camiones, las estructuras metálicas que comenzaban a surgir en el horizonte. Cada detalle era un recordatorio de lo que estaba perdiendo. No era solo tierra, no era solo espacio; era parte de mi historia, de mis raíces, de lo que yo había defendido toda mi vida.

El impacto visual fue brutal. Sentí un vacío que no sabía cómo llenar. Todo parecía avanzar sin mí, incluso aunque yo estuviera presente, incluso aunque mis manos pudieran tocar la tierra. La sensación de impotencia era abrumadora.

Jake apareció nuevamente, acercándose con cautela, como si pudiera leer mis pensamientos. Sus ojos mostraban preocupación, y su voz, aunque suave, estaba cargada de una sinceridad difícil de ignorar:

—Podríamos intentarlo nosotros —dijo, con un matiz de esperanza y miedo.

Me giré hacia él y lo miré con ternura y dolor, negando suavemente con la cabeza.

—No sería justo para ti —contesté, intentando protegerlo, aunque sabía que esa protección no me ayudaba a mí.

El silencio se extendió entre nosotros. Jake asintió, entendiendo, pero sin poder evitar la tristeza que brillaba en sus ojos. Aceptó la decisión, aunque doliera.

Mientras el sol se ocultaba detrás de las colinas, me senté sobre una roca que dominaba parte del rancho. Bandit se tumbó a mi lado, apoyando la cabeza sobre mis piernas. Su presencia era reconfortante, pero incluso su lealtad no podía llenar el vacío que sentía. Cada bocanada de aire me recordaba que no podía escapar de lo que estaba pasando, ni de lo que sentía… ni de lo que había perdido.

Miré hacia el horizonte, hacia los enormes camiones y la maquinaria que empezaban a fragmentar la tierra de mi infancia. Era como observar un territorio que me estaba siendo arrebatado lentamente, y no había manera de detenerlo. No podía luchar contra el mundo, ni siquiera contra las decisiones de otros, aunque quisiera.

Mientras meditaba sobre todo esto, recibí noticias de Clara y Noah. Habían ido al centro del pueblo a organizar un pequeño encuentro social, y la química entre ellos era evidente incluso a distancia. Clara había logrado que Noah sonriera de manera auténtica, y eso me hizo sonreír también, aunque de forma melancólica. Me alegraba por ellos, pero también me recordó todo lo que yo había dejado de vivir en el plano emocional.

Más tarde, vi a Sophie y Liam. Reían juntos, muy cerca, con sus manos rozándose accidentalmente, y parecía que la conexión entre ellos era algo natural, fácil. Mientras los observaba, sentí un punzante recordatorio de lo complicada que era mi propia situación. Mi corazón estaba roto, mi mente llena de dudas, y cada intento de acercamiento emocional hacia Ethan o hacia cualquier otra persona terminaba en miedo y confusión.

Aun así, no podía desconectarme del mundo que avanzaba frente a mí. La construcción del hotel estaba en pleno apogeo. Cada día que pasaba, veía más estructuras y maquinaria surgiendo sobre la tierra que había conocido desde niña. Sentí una mezcla de fascinación y dolor: fascinación por la magnitud del proyecto, dolor porque sabía que, aunque no lo quisiera, era un símbolo de todo lo que estaba cambiando y que yo no podía controlar.

Jake volvió a aparecer a media tarde. Esta vez su acercamiento fue diferente: más directo, más firme. Se plantó frente a mí, mirándome con seriedad, y yo no pude evitar sentir un pequeño escalofrío.

—Kelly… —dijo con voz suave pero cargada de intensidad—. No tienes que enfrentar todo esto sola.

Lo miré y, por un instante, quise dejarme llevar, confiar en él, abrir mi corazón y apoyarme. Pero algo dentro de mí me detuvo.

—Jake… —murmuré, bajando la mirada.

—Si eliges enfrentar esto sola, sufrirás más. Y no quiero verte sufrir.

Hubo un silencio entre nosotros, un silencio cargado de emociones no expresadas. Sabía que sus palabras eran sinceras, que estaba ofreciendo su protección, y por un momento deseé poder aceptarla sin reservas. Pero la parte de mí que había aprendido a ser fuerte y a no depender de nadie seguía en guardia.

Después de que Jake se marchara, me quedé sentada allí un buen rato, contemplando el cielo que cambiaba de color con la puesta de sol. No podía dejar de pensar en Ethan, en lo que habíamos compartido, en lo que había comenzado a sentir por él. Cada recuerdo, cada roce, cada mirada se repetía en mi mente como un eco constante que no podía ignorar.

Sabía que no debía acercarme a él, que no debía permitir que lo que sentía se desbordara. Y, sin embargo, algo dentro de mí me empujaba a buscarlo, a sentir su presencia, a tocar su mundo aunque fuera peligroso para mí.

Bandit se levantó y se frotó contra mi pierna, recordándome que al menos alguien en este lugar dependía de mí y me necesitaba. Me levanté también y caminé hacia las tierras cercanas al bosque, buscando el silencio, buscando un lugar donde pudiera ordenar mis pensamientos sin la presión de los demás.

Mientras caminaba, recordé fragmentos de mi pasado: momentos de traición, de humillación, de pérdida. Cada recuerdo me golpeaba con fuerza, pero también me recordaba la razón por la que debía seguir adelante, por la que debía mantenerme firme, por más que mi corazón doliera.

El crepitar de las hojas bajo mis pies y el murmullo del viento eran casi un bálsamo. Por primera vez en semanas, sentí que podía respirar un poco más libremente, aunque el vacío seguía allí, recordándome que el mundo continuaba avanzando, y yo con él, aunque no tuviera control.

Capítulo 33

Ethan

Nunca había sentido que mi mundo necesitara un sacudón tan directo. La puerta de la casa de madera se abrió sin previo aviso y ahí estaba Evie Callahan, firme, imponente, con cada paso calculado y una mirada que podía atravesar cualquier fachada que yo hubiera construido.

—Eres listo, rico y terco. Mala combinación —dijo, avanzando hacia mí sin pedir permiso, como si yo no existiera para interponerse en su camino—. Y mala para ti, sobre todo.

Intenté mantener mi habitual máscara de seguridad, esa coraza de control que me había acompañado toda la vida, pero sus ojos no me permitieron esconderme. Me evaluaba, como si leyera cada línea de mi rostro, cada gesto, cada respiración contenida.

—Evie… Empecé, pero ni siquiera tuve tiempo de terminar.

—No la perdiste por el proyecto —interrumpió, y su frase me golpeó como un puñetazo invisible. Era literal, imposible de ignorar—. La perdiste porque no luchaste por ella cuando tocaba.

Me quedé sin palabras. No por falta de argumentos, sino porque esa frase había perforado mi coraza hasta llegar al fondo de algo que siempre supe: tenía miedo de perderla, pero mi orgullo, mi rigidez y mis hábitos de control me habían paralizado en el momento crítico. Evie me estaba mostrando la verdad que yo mismo había evitado enfrentar durante semanas.

—¿Cómo… cómo sabes eso? —logré articular, aunque mi voz sonaba extrañamente débil para alguien que siempre controlaba todo.

—Porque sé leer a la gente —respondió, con un ligero encogimiento de hombros y una sonrisa que no alcanzaba sus ojos, pero sí me alcanzó a mí—. Porque te conozco mejor que nadie, Ethan. Y porque sé que cuando amas, no puedes esconderte detrás de tus negocios.

Me quedé inmóvil. La casa parecía más pequeña, como si el aire se hubiera comprimido a nuestro alrededor. No era solo Evie: era su verdad, su certeza, lo que decía de mí. Cada palabra se mezclaba con el recuerdo de Kelly: su risa contenida, su mirada desafiante, su forma de huir cuando no podía sostener la intensidad.

—Kelly no huyó por debilidad… huyó por miedo a repetir su pasado —agregó, y esa frase resonó en mi cabeza como un tambor que golpea sin parar—. Por miedo a que alguien más le hiciera daño como antes, por miedo a que el mundo la rompiera otra vez.

De repente, todo encajó. Cada silencio, cada rechazo, cada gesto de defensa que Kelly había mostrado frente a mí ahora tenía sentido. No era que no confiara en mí; era que había aprendido a no confiar en nadie, a protegerse, y yo, sin darme cuenta, había activado viejas alarmas.

—Si vuelves… no vuelvas a medias —me advirtió antes de girarse hacia la puerta y dejarme solo—. Y deja de construir hoteles donde deberías construir una vida.

Me quedé allí, solo, con el eco de su voz colgando en el aire, más pesado que cualquier decisión de negocio. Por primera vez, no pensaba en inversiones, ganancias o proyectos; pensaba en Kelly, en su miedo, en su vulnerabilidad y en cómo no había hecho lo suficiente para sostenerla.

Los días siguientes fueron un caos mental. Cada vez que intentaba concentrarme en mis correos, en los planos del hotel o en las reuniones pendientes, la voz de Evie resonaba detrás de mis párpados: "No la perdiste por el proyecto…"

Intenté ignorarla, sumergirme en trabajo como siempre, pero era imposible. Cada decisión me parecía vacía, cada contrato, sin sentido.

No era solo miedo a perderla; era algo que no podía controlar: necesitaba tenerla cerca, saber que estaba bien, que su mundo no se estaba desmoronando por mis errores. Por primera vez, entendí que el poder y el control no eran suficientes para llenar el vacío que sentía.

Pensé en cada momento que compartimos, en cada roce, cada mirada, cada silencio que decía más que cualquier palabra. Y entendí que lo que estaba perdiendo no era solo a Kelly, sino la posibilidad de construir algo verdadero, algo que no se basara en reglas ni en estrategias, sino en la realidad de lo que éramos.

Fue entonces cuando tomé decisiones radicales, decisiones que habrían sido impensables en cualquier otra época de mi vida. Cancelé reuniones, detuve la construcción del hotel, rompí acuerdos con inversores que estaban presionando y dañando el proyecto. Asumí pérdidas millonarias, pero por primera vez no me importó. No era dinero lo que me movía: era la verdad, la posibilidad de reparar, aunque fuera un poco, el daño que sentía que había causado.

—Esto… —Susurré mientras firmaba cancelaciones y mensajes de desistimiento— No es lo que se esperaba de mí.

Mi madre llamó poco después. Su voz estaba cargada de emoción, y por primera vez sentí que no era mi madre juzgando mis decisiones empresariales, sino una madre viendo que su hijo había elegido lo correcto después de que se lo conté.

—Este sí es mi hijo —dijo, con un hilo de voz tembloroso, como si estuviera emocionada hasta los huesos—. No el que construye imperios a costa de todo, sino el que sabe qué es lo que realmente importa.

Asentí, incapaz de articular una respuesta coherente. Era extraño sentir orgullo mezclado con alivio y miedo a la vez. Porque no solo estaba eligiendo un camino diferente para mí; estaba eligiendo enfrentarme a lo que sentía por Kelly, a sus miedos, a los míos.

Durante la llamada, cada palabra de mi madre se entrelazaba con los recuerdos de Kelly: la forma en que me miraba cuando pensaba que no la veía, la firmeza de su voz cuando decía "no", la manera en que podía desarmarme con un solo gesto. Cada detalle se convirtió en un recordatorio de que mis decisiones ya no podían basarse en negocios, sino en personas, en emociones, en conexiones reales.

Esa noche, después de apagar el teléfono, me quedé solo en la casa de madera. El silencio parecía más pesado que cualquier reunión, más fuerte que cualquier ruido de la ciudad. Me senté frente a los planos, los vi como si fueran hojas en blanco, inútiles, vacías.

Pensé en Kelly, en sus cicatrices invisibles, en su miedo a confiar de nuevo. En Evie, con su claridad brutal y su mirada que lo atravesaba todo. Y pensé en mí mismo: un hombre que siempre había tenido todo bajo control, pero que, por primera vez, estaba completamente desnudo emocionalmente, sin reglas ni máscaras.

Y en ese momento comprendí que nunca había estado más vivo, ni más perdido, ni más dispuesto a arriesgarlo todo por alguien.

Porque esta vez no se trataba de invertir, de construir, de ganar. Se trataba de amar, de elegir diferente, de romper mis propias reglas para crear algo que valiera la pena.

Capítulo 34

Kelly

Nunca había esperado volver a ver a Ryan Blake. Había enterrado su recuerdo en lo más profundo de mi memoria, como un capítulo doloroso que creía superado. Creía haberlo dejado atrás, haber cerrado la puerta y trancado con llave cada herida que él me había causado. Pero allí estaba, caminando por la plaza del pueblo como si el tiempo le hubiera dado un cheque en blanco para seguir siendo el mismo arrogante, encantador y manipulador que recordaba.

Cada paso suyo parecía calculado para que todos los ojos se posaran en él, y en su sonrisa había la misma frialdad que me había hecho estremecer durante años.

—Kelly —dijo, con esa sonrisa cínica y venenosa que siempre me helaba la sangre—. Siempre fuiste útil.

El golpe fue directo, pero no fue miedo ni dolor lo que me recorrió. Fue rabia, pura, concentrada, hirviendo en cada poro de mi piel. Cada mentira que me había contado, cada manipulación que había hecho para impulsarse en el circuito de rodeos usando mi nombre, cada traición y cada secreto que había compartido solo para beneficiarse… todo volvió de golpe, y no me dejó espacio para nada más.

—Ya no tienes poder sobre mí —dije, con voz firme, más fuerte de lo que me sentía por dentro. Lo miré a los ojos, y por primera vez vi cómo su sonrisa empezaba a resquebrajarse. Esta vez no había miedo, no había vulnerabilidad, solo determinación.

El murmullo del pueblo desapareció. Cada mirada que se posaba sobre mí parecía sostenerme, pero no necesitaba aprobación. No era humillación ni venganza; era claridad. Por fin, mi pasado dejaba de dictar mi presente.

—Ryan Blake —continué, con la voz resonando con un eco de poder interior que no sabía que poseía—. Esto se terminó.

El silencio que siguió fue absoluto. Un silencio que me permitió sentir cada latido de mi corazón, cada respiración contenida y cada músculo en tensión. Sabía que todos habían escuchado, que todos habían sentido la fuerza que emanaba de mí. Finalmente, la plaza dejó de ser un lugar de recuerdos dolorosos; se convirtió en un escenario donde reclamaba mi vida.

Después de enfrentar a Ryan, sentí la necesidad de poner palabras a todo lo que había sentido durante meses. Necesitaba espejos que reflejaran mi fortaleza, que me recordaran que podía superar incluso lo que parecía insuperable. Me dirigí a mi abuela y a Clara, quienes me esperaban en el porche de la casa, con la serenidad y la firmeza que solo ellas podían transmitir.

—Ahora ya no tienes excusas —dijo Evie, su voz firme pero suave, mirándome directo—. No es el pasado lo que te detiene, Kelly. Es lo que hagas a partir de ahora.

Respiré hondo, dejando que sus palabras calaran en lo más profundo de mí. Cada cicatriz, cada duda, cada miedo acumulado durante años se subordinaba a mi voluntad de avanzar. Evie tenía esa manera de hablar que removía algo dentro de mí, que me recordaba quién era realmente y de qué era capaz.

—No dejes que nadie más escriba tu historia —agregó Clara, colocando su mano cálida sobre mi hombro. Su contacto era simple, pero reconfortante, y sentí cómo me anclaba al presente—. Tú decides.

Asentí lentamente, sintiendo que un peso enorme se desvanecía de mis hombros. Por primera vez en mucho tiempo, no era víctima ni prisionera de lo que otros habían hecho. Tenía control, aunque fuera frágil y tembloroso al principio. Cada lágrima no derramada, cada miedo reprimido, cada cicatriz quedaba subordinada a mi voluntad de reconstruirme y avanzar.

—Gracias —susurré, más para mí misma que para ellas—. Gracias por recordarme quién soy.

Y entonces me permití sentir la rabia transformarse en fuerza. La furia por lo que Ryan había hecho se convirtió en un motor para mi libertad. Cada palabra que había callado, cada manipulación que había sufrido, cada injusticia que había soportado se convirtió en combustible para mi determinación.

Y entonces lo vi.

Ethan apareció en el rancho como una visión que me dejó sin aliento. No llevaba traje ni corbata, sino que iba vestido como un vaquero auténtico: botas de cuero gastadas, pantalones ajustados que acentuaban su fuerza y una camisa de cuadros abierta ligeramente en el cuello que dejaba ver su piel bronceada por el sol. El sombrero de ala ancha descansaba sobre su cabeza, dejando ver su mandíbula marcada y la intensidad de su mirada, una mirada que podía atravesar cualquier fachada.

Mi corazón se aceleró. Un vértigo recorrió mi pecho y sentí cómo todas las emociones que había reprimido durante meses se mezclaban en una explosión contenida: miedo, deseo, rabia, amor, incredulidad. Por mucho que hubiera intentado racionalizar mis sentimientos, verlo así me recordó por qué todo era tan difícil, tan intenso y tan inevitable.

Todos los presentes lo miraban, porque su presencia imponía respeto, pero yo solo podía concentrarme en él. Cada movimiento suyo era consciente, medido, deliberado. Cada gesto, cada inclinación de su cuerpo parecía estar diseñado para comunicarnos sin palabras. Respiré hondo y salí a su encuentro, sintiendo cómo cada paso que daba hacia él era una declaración silenciosa de todo lo que había sentido y ocultado.

El silencio entre nosotros era absoluto, pero más elocuente que cualquier conversación. No había necesidad de palabras; nuestras miradas hablaban por nosotros, contaban años de dolor, distancia, miedo y deseo.

—He parado el proyecto —dijo finalmente, mirándome directamente, sin evasivas.

Me quedé sin aliento. No era solo una decisión empresarial, sino un acto profundamente personal. Cada músculo de mi cuerpo se tensó, cada pensamiento giraba alrededor de lo que eso significaba.

—¿Por qué? —pregunté, tratando de mantener la calma, aunque mi voz delataba mi incredulidad.

—Porque no quiero ganar si eso significa perderte —respondió, y esta vez la sinceridad en sus palabras no dejaba espacio a dudas ni evasivas.

El silencio que siguió no fue incómodo. Era denso, cargado de entendimiento. Cada uno de nosotros sabía lo que el otro había vivido, lo que se había perdido, lo que estaba en juego. Era un momento de verdad, sin máscaras, sin evasivas.

—Eso no lo arregla todo —dije finalmente, consciente de que la ira, la duda y la desconfianza no desaparecían con una sola acción.

—Lo sé —replicó con firmeza—. Pero no voy a irme esta vez.

Se acercó despacio, sin prisa, cada paso deliberado, cada movimiento medido. Sentí que cada fibra de mi ser se derretía bajo la intensidad de su presencia, que cada miedo que había acumulado comenzaba a disiparse.

—No te prometo que no me equivoque —susurró—. Te prometo que no voy a huir.

Cada palabra fue un bálsamo y un desafío al mismo tiempo. Mi miedo a repetir errores, a dejar que alguien se fuera de mi vida otra vez, se mezclaba con la certeza de que él estaba dispuesto a sostenernos, incluso con imperfecciones, incluso con riesgos.

Respiré hondo, dejando que toda la tensión se concentrara en mi pecho. Finalmente, di el paso que había estado evitando durante meses y lo besé.

No hubo urgencia ni desesperación. Solo decisión, verdad y entrega. Cada roce, cada suspiro, cada contacto era un acto consciente de amor y confianza.

—Esta vez no corras —susurré mientras apoyaba la frente contra la suya.

—Esta vez me quedo —contestó con firmeza, y cerré los ojos dejándome llevar, finalmente segura de que podíamos construir algo verdadero, sin prisa, sin miedo.

El resto del día se deslizó entre momentos tranquilos, risas silenciosas y conversaciones pequeñas que parecían eternas. Cada gesto, cada mirada, cada toque reforzaba la conexión que habíamos recuperado y decidido sostener. Por primera vez en meses, sentí que podíamos avanzar sin que el pasado nos arrastrara.

Pensé en Ryan, en todos los escándalos que nos habían separado, en las humillaciones que había soportado sola. Cada paso hacia Ethan era también un paso hacia mí misma, hacia mi capacidad de confiar y amar sin cadenas ni condicionamientos.

Más tarde apareció mi abuela, sonriendo de ese modo tan suyo.

—Veo que la juventud también sabe cuándo jugar sus cartas —comentó—. Pero recuerda, Kelly, la vida no perdona los descuidos. Ahora no tienes excusas.

Asentí, comprendiendo que todo el pasado, todo el dolor y la rabia, ya no tenían control sobre mí. Lo que contaba era lo que hiciera a partir de ahora.

Ethan me tomó de la mano con la naturalidad de quien sabe que nada más importa en ese instante: ni el rancho, ni los problemas, ni los escándalos. Solo nosotros.

—Vamos —dijo suavemente—. A construir nuestra vida, sin hoteles, sin muros y sin defensas.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía respirar.

Epílogo

Ethan

Cinco años después…

El sol aparecía despacio sobre los pastos extendidos del rancho, y mientras lo veía desde el porche de nuestra casa de madera, supe que nada de lo que había vivido, nada por lo que había luchado, perdido o ganado, estaba fuera de lugar. El lugar que una vez fue solo tierra y trabajo duro era ahora nuestro hogar, un centro de vida, de memorias y de crecimiento.

El rancho había cambiado, como nosotros. No era solo una extensión de pastos y establos como lo era años atrás. Habíamos transformado la vieja idea del proyecto hotelero en algo más profundo: un espacio de turismo rural sostenible, integrando actividades propias de la vida ranchera con experiencias respetuosas con el entorno, exactamente lo que mucha gente buscaba en ranchos auténticos de Texas, que combinaban la historia ganadera con respeto por la naturaleza y la cultura local.

Cada mañana, al cruzar el porche y sentir el aroma del pasto recién humedecido por el rocío, me acordaba de nuestras decisiones de años atrás. No habíamos elegido el camino más fácil, pero sí el que hacíamos nuestro.

Cerca, nuestros correteaban entre los corrales, riendo mientras Bandit, que ya era viejo pero incansable, los seguía con ese entusiasmo que nunca perdió, recordándome a la primera vez que lo vimos ladrar junto a Kelly después de una tarde de lluvia.

Respiré hondo y sentí el peso de la responsabilidad, de la historia vivida y de lo que aún nos quedaba por escribir.

Mientras me dirigía hacia los establos, pasé por las vallas donde colgaban fotografías antiguas del rancho: momentos de rodeos, trofeos, caballos en pleno salto y recuerdos de cada etapa importante. También las fotos de nuestra boda: Kelly con un vestido blanco corto y botas de vaquera blancas, y yo, con mis vaqueros y sombrero, rodeados de amigos, familia y atardeceres dorados.

Aquella ceremonia fue simple, sincera y muy nosotros, sin pretensiones, con risas espontáneas y mirada de futuro. Fue el día en que, para siempre, comenzamos a construir algo más grande que nosotros mismos.

Desde entonces, habíamos aprendido que el amor no se trataba de perfección, sino de constancia. No éramos una pareja sin defectos, estaba muy lejos de serlo, pero teníamos raíces fuertes, como las de cualquier rancho auténtico que perdura con los años.

Desde el rancho, seguía implicado en inversiones, pero con una vida equilibrada. Había aprendido a delegar en Boston con personas de confianza que conocían mi filosofía, integrando nuestro estilo de vida rural con el ritmo urbano financiero sin que ninguno chocara con el otro. Me hacía feliz saber que podía combinar ambos mundos sin sacrificar el otro.

La transformación del viejo proyecto de hotel en un centro de turismo rural integrado con la naturaleza era un sueño realizado. Hicimos énfasis en prácticas sostenibles: recorridos a caballo, interacción con la ganadería, aprendizaje sobre la vida ranchera y pequeños alojamientos que respetaban el entorno, como muchos ranchos en Texas estaban haciendo con éxito, manteniendo el impacto mínimo y ofreciendo experiencias auténticas.

Los visitantes venían no solo por un paisaje bonito, sino por la experiencia de vivir un día en ranchos reales, aprendiendo sobre caballos, ganado o simplemente observando atardeceres desde lo alto de una colina.

La vida familiar también era intensa y cálida. Teníamos dos hijos. Adam, el mayor, de cuatro años, con una energía imposible de contener, y una hija de dos años, Nelly, con la misma determinación que su madre.

Adam, agarrado al cuello de su caballo imaginario, galopaba por el campo como si conquistara el mundo, igual que su madre lo había hecho conmigo desde el primer día.

Clara seguía siendo nuestra veterinaria de confianza y, además, una gran amiga. Ella y Noah estaban más juntos que nunca, en una relación tranquila y sólida, casados y con sus propios hijos, Cintia, de cuatro años, y John, de tres, que eran la alegría de su hogar.

Sophie y Liam, tras algunas idas y venidas, tenían una unión fuerte y divertida, con esa chispa que se veía en cada situación que compartían. Su hijo mayor, de cuatro años, a quien llamaron Patrick como su abuelo, era la viva imagen de Liam, mientras que el pequeño Jack, de tres, no paraba y era como un huracán.

En cuanto a mi madre y Patrick… bueno, su amor era maduro, calmado, profundo, un recordatorio constante de que el amor podía envejecer con dignidad y cariño, como un vino que mejoraba con el tiempo.

Porque sí, a pesar de que Patrick siempre había amado a su difunta esposa y aseguraba que nunca habría otra mujer en su vida, tuvo que aceptar que su vieja amiga Margaret significaba mucho más que eso para él y ni siquiera se había dado cuenta cuando eran un par de jóvenes que hablaban de sus sueños.

Y yo era feliz al ver a mi madre serlo, al verla sonreír y cuidar de sus nietos, de todos, puesto que así se mostraba con ellos, como una abuela amorosa y protectora.

Y luego estaba Evie, siempre Evie, con comentarios mordaces y esa mirada que desafiaba al mundo entero, incluso cuando se quedaba en silencio observando cómo sus bisnietos corrían por el campo.

Era verano, y el atardecer pintaba el cielo de naranja, rojo y dorado. Estábamos reunidos fuera: los niños jugaban, Bandit acostado bajo un árbol, Evie contando alguna anécdota imposible que involucraba toros, una bota de vino y una carrera nocturna por el establo.

Yo miraba todo desde la sombra del porche, sintiendo una plenitud cálida que me era difícil describir con palabras. Había aprendido que la vida no era una línea recta, que las curvas eran inevitables, como en los senderos ganaderos, y que lo que contaba era la historia que construías pese a todo.

Kelly apareció a mi lado, con una sonrisa suave, dejando que el silencio compartido fuera una conversación en sí misma.

—¿Sabes? —me dijo, mirando a nuestros hijos jugando—. Ese niño es indomable.

Sonreí, y por un momento todo se detuvo.

—Indomable como tú —respondí, sin pensarlo demasiado.

Kelly sonrió, esa sonrisa que siempre me había desarmado, y se inclinó para besarme.

Mientras nuestras manos se entrelazaban suavemente, sentí cómo todo lo que habíamos vivido, desde la primera tensión en el rancho hasta cada día de construcción juntos, se alojaba en ese instante.

Recordé cómo nos habíamos encontrado la primera vez: tensión pura, miradas desafiantes y esa chispa imposible de ignorar.

Habíamos recorrido un camino lleno de desafíos, heridas, pérdidas y decisiones difíciles y, aun así, estábamos allí, juntos.

Y supe, con certeza, que nuestra historia no terminaba. Solo seguía.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu
